

Diario, reescribir parte de Diana en objetivista

La pasada noche prendí una lumbre y así dormí, mas esta mañana despertome el alba sobresaltado, pues el Sol nacía por el Oeste

Talandel, 15 V (1280?)

Estimado Señor, tengo buenas noticias sobre su hija. Acabamos de encontrarla en el puerto.

Se disponía a tomar un barco que zarpa va con rumbo desconocido. Estaremos allí a lo más tardar esta tarde.

Para servirle, Ion ap Hremanen, delegado sexto del Ilustre Magistrado de la Potestad.

Talandel, 15 V (1280?)

Me ha vuelto a encerrar. Ha dicho que no me vuelve a pasar ni una. Ya la próxima vez me echa. ¿Qué más me da que me eche, qué leches me importa? Yo lo que quiero es ver mundo yo lo que quiero es explorar quiero saber que hay más allá de esta ciudad apestosa y grande quiero vivir aventuras quiero saber es si lo que dicen las historias es verdad.

Quiero viajar.

No me interesa ni el negocio familiar, ni los barcos, ni el mercado, ni el dinero ni nada lo único que quiero es vivir las historias que escuchado. Lo único que quiero es eso ser libre me siento como prisionera en mi propia casa me siento prisionera entre sedas, me siento mal.

Desde que murió mamá, parece que ya no me quiere. Se ha vuelto arisco e intransigente. Ya no me abraza, ya no me mima como antes. Ya no quiere jugar conmigo, ni siquiera salimos a pasear. Sé que me ha puesto un guardaespaldas no por seguridad, sino porque no quiere perderme de vista. Su único deseo es que sea como ella, como mi madre. Siempre tranquila, siempre sonriendo, siempre preciosa. Como una flor que nunca se marchita y que se queda eternamente en un jarrón finamente labrado. Como una estatua antigua y regia que es la sombra de tiempos pasados. Pero además, tengo que maquillarme cada día de una manera diferente, cada día unas lentillas de colores exóticos, cada día un vestido nuevo, cada día un nuevo peinado.

No soy una persona. No soy su hija. No soy nada más que el mayor trofeo de Sirio ap Taleä, el hombre con el abolengo más rancio y la genealogía más intrincada e *ilustre* de toda esta maldita ciudad. O eso es lo que él quiere creer. Porque ni soy su trofeo ni él es tan ilustre ni tan importante.

Yo soy mía. Y voy a hacer lo que quiera. Voy a viajar. Voy a ver el mundo.

No necesito familia.

Talandel, 16 V 1

Anoche lo hice, era el momento perfecto. Como llovía, nadie me escuchó romper la ventana. Fue divertido. Me sentí como nunca antes, los pelos de punta, la piel erizada, los escalofríos al saltar, el nudo en el estómago al caer al suelo, la lluvia mojándome la melena, la euforia de huir de aquella casa.

Es verdad que sentí un poco de nostalgia dejándola atrás, pero estoy seguro de que era por mamá y no por Sirio. Corrí como el viento por las calles, como si me persiguiesen – que era algo probable–, sin rumbo. Era libre. Soy libre.

He encontrado un árbol en el parque que hay cerca del puerto que está hueco y me he escondido aquí. Voy a esperar a que deje de llover y se haga de noche para preguntar en alguna taberna por el siguiente barco que zarpe. A donde sea. Me da igual. Quizá vaya a Even y vea las nueve torres. Dicen que hay que verlas al menos una vez en la vida, y que allí todo es mucho más libre y alegre, que la gente no se preocupa tanto por los negocios. Estoy seguro de que papá nunca me habría llevado si se lo hubiese pedido. Seguro que le molesta.

Talandel, a (3)

Otra vez. Acabo de ver al tío raro del sombrero mientras iba a la fuente. Seguro que lo ha vuelto a mandar mi padre.

Esta vez no me ha encerrado. No me ha gritado.

Me ha echado de casa para siempre. Me ha dicho que no ya soy hija suya. Que ya no soy Diana ap Taleä.

La verdad, no sé qué sentir. ¿Alivio, quizá?

Me ha dicho que no llegaré nunca a ser nada. Que voy a manchar el nombre de mi madre. Que ojalá me pudra y me deseque en algún callejón del puerto.

Ojalá se pudra él. Nunca me ha querido. Nunca ha querido a nadie más que a sus barcos. No le importa nada más que su fortuna y su linaje.

Quiero vengarme.

No. Quiero que me quiera. Quiero que vuelva a ser mi padre.

Solo necesito un poco de cariño. Reírme con él.

Qué más da. Quiero huir.

Voy a largarme y no va a saber nada de mí.

Jamás.

Talandel, (4)

Ayer no sabía qué hacer. He vivido siempre en esa casa. He dormido escondida, en un callejón de los arrabales, que olía a sal y agua sucia. Me siento sola. No tengo a nadie ¿Tan difícil era que mi padre me quisiera? ¿Tan difícil que me dejara tener algún amigo?

¿Cómo voy a vivir ahora? No sé hacer nada. No sé navegar, no sé comerciar, no sé absolutamente nada de nada. Solo sé retórica y matemáticas inútiles.

No conozco a nadie. No soy nadie. Me doy asco.

Ojalá no hubiera nacido.

Talandel, (5)

No he parado de llorar en toda la noche. No he podido. No siento que nada valga la pena. No le importo a nadie.

¿De qué sirve mi linaje, ese del que se vanagloriaba mi padre? ¿De qué me sirve la *belleza inalterable* más que para recordarme que soy una reliquia del pasado, un error de la naturaleza, una pieza de museo?

¿De qué me sirve el nombre, si no es para que se quieran aprovechar de mí? ¿De qué me sirve la melena, sino para que las estrellas me delaten? ¿De qué me sirve la voz si no es para que me codicien?

Nada valen las finas sedas, ya rasgadas y llenas del polvo de los adoquines. Quiero huir, pero no sé a dónde. Quiero ver mundo pero no le encuentro sentido. Quiero cortarme cada uno de los largos cabellos que me adornan como si fuese una muñeca, pero no me atrevo.

Quiero traer a mi madre de detrás del maldito Velo. Quiero traspasarlo, pero me puede el miedo de no encontrar nada más que una negra soledad más oscura que las calles polvorientas de esta vieja ciudad que prolonga mi agonía sin sentido, sin que nadie se pare nunca a preguntarme por qué no puedo parar de llorar, aunque sienta que mi voluntad se quiebra, perdida ya toda mi orgullosa dignidad.

Pero ni quiero ni puedo, ni jamás sería capaz de volver arrastrándome a aquellas puertas de mármol blanco y prístino, ni de arrodillarme a suplicar, ni a llorarle sobre las botas, ni a mirarle sin temblar. Ni podría vivir otra vez enjaulada entre sedas y algodones, agonizando mientras tapan mi amargura los perfumes de las flores que mueren, marchitándose como yo en sus valiosos jarrones de plata y cristal.

Talandel, (6)

No lo soporto más. Estoy sucia de vivir en la calle, estoy perdida, estoy destrozada.

Nadie me mira mientras me arrastro por las calles. Nadie se preocupa por mí. Nadie me sonríe como solían hacer.

Voy a ir al puerto. Ya me da igual. Voy a colarme en cualquier lado, aunque sea de polizón. Aunque vaya al desierto. Aunque se hunda. Solo necesito escapar, olvidar, dejar de sentir.

Quizá en algún otro lugar por lo menos pueda fingir. Que soy una persona normal. Que tengo un sitio en el mundo y un destino.

A lo mejor alguien me quiere. A lo mejor hay esperanza.

Talandel, (7)

Iba a subirme al barco. Iba a subirme. Lo juro.

Por qué tenía que ser suyo.

Por qué tenía que tratarme así.

¿No bastaba con echarme discretamente, aunque fuese?

Un padre que se precie jamás haría lo que ha hecho.

Que soy una aberración. Que no llevo su sangre. Que me pudra en el fodo del mar. Que no use jamás su nombre. Que si golfa, que si desagradecida, que si niñata, que si vaga, que si muerta de sed.

Y ha tenido el valor de amenazarme de muerte delante de toda la ciudad. Que si volvía a encontrarme en uno de sus barcos me iba a rajar la garganta con el cuchillo con el que me engendró mi madre a escondidas.

Ya no siento rabia.

Le odio, con todas mis fuerzas.

Ya no le temo. Debería temerme a mí.

No me importa lo que diga de mí. Pero, ¿cómo es capaz de hablar así de ella? ¿Cómo es tan siquiera capaz de insinuar aquello? ¿No la quería tanto? ¿No estuvo llorando su muerte casi un año entero? ¿No fue él quien casi me dejó huérfana por negarse a beber durante una semana entera?

Y pensar que sentí cariño y pena por un hombre así. Por un ser mezquino y ruin, a quien sólo le importaba haber perdido una joya genealógica.

Asco.

Pero no se va a librar. Jamás. Ha cometido el error de dejarme un corte de recuerdo. Todavía me duele la mano. Va a sufrir.

Lo juro.

Por la sangre de mi madre, que corre sola por mis venas.

Talandel, (8)

Una chica me ha curado la mano. Se llama Ana.

Vio todo lo que me hizo Sirio y se acercó después a ayudarme. Ha sido bastante amable.

Me ha invitado a venir con ella a este sitio, una especie de taberna vieja en el puerto. No soy estúpida. Sé qué es este lugar.

Pero por primera vez en bastante tiempo alguien me ha tratado bien. La dueña parece amable y me ha dicho que tengo una voz bonita.

Creo que me voy a quedar aquí.

Talandel, (9)

He estado hablando con Ana de quedarme aquí. Me ha contado en qué consiste el trabajo. Al parecer no es un sitio de mala muerte como pensaba. Es verdad que aquí todas las chicas son *cambialo, son camareras*, pero no se trata solo de eso.

Son ladronas. Y comerciantes de información. Al fin y al cabo, en esta ciudad siempre se comercia con algo. El estatus se mide en agua y rosas, en plata y barcos. No en sangre. Todo el mundo puede ser alguien a este lado del mar, siempre dijo el engendro de mi padre.

Por supuesto, he aceptado. No me importo lo más mínimo tener que susurrarle al oído a algún mercachifle de tres al cuarto. No suelen tocar, según la Señora. Antes de eso están durmiendo, y sus secretos y sus bolsas se han esfumado.

Pienso desplumar hasta el último de estos mamarrachos que tratan a sus hijas como trofeos y a sus hijos como marionetas. Pienso quitarles su orgullo y su gloria, el objeto de su codicia.

En el fondo, aunque actúe por rabia y por desprecio, no obro mal. Es de justicia que pierdan lo que les enloquece. Es lo que haría un erudito o un filósofo, lo que anunciaría al mundo desde una torre de cristal.

Pero las cosas al final siempre se hacen en lo llano, en un barrio perdido, húmedo, en una habitación maltrecha de tablas viejas y mohosas, sobre un camastro con sábana de lino otrora blanco, amarillo de los años.

Robar a un mercader es un acto de merced. Extirpar la enfermedad es en sí buscar la cura ¿Qué más da que no sea lo que busquen?

Volverán, humillados a sus casas, y aún ruines y mezquinos los recibirán con abrazos y halagos. Quizá así vean lo que tienen. Quizá así olviden el mal de este mundo. Pues si fuese yo filósofa en una de esas augustas academias diría sin error que el peor de los males de este mundo es el maldito dinero que inventaron en esta ciudad.

¿Y yo lo quiero?

No, que se lo queden. Que beban, que bailen, que hagan fiestas y que lo gasten. Que dilapiden ellas las fortunas en una noche que costaron horas a los niños sin ver a sus padres.

Yo no quiero, yo no sirvo, yo sólo soy rabia odio y venganza.

Talandel, (10)

Hoy he tenido mi primer *cliente*. Confieso que he tenido miedo. Me miraba con lujuria, me oía sin escuchar, sólo se centraba en la cadencia de mi voz. Casi tiro las copas cuando he vertido el agua de mar y el sauce.

Se ha dormido al instante. Parecía que estaba muerto, y casi entro en pánico, hasta que ha empezado a roncar. Que asco. Que solo vivía para el negocio, ha dicho.

Pues ya no.

Talandel, (11, algunas semanas después)

No he podido escribir en algún tiempo.

Me doy miedo, cada vez voy cogiendo más soltura en esto, no sé quién soy.

Cada vez pierdo más la fe y la confianza en la gente. Todos me parecen odiosos, marionetas a las que manipular. Yo no era así.

Trabajo, trabajo y trabajo. Ya me dan igual los niños, la libertad y todos esos sueños de niña estúpida. Son eso, sueños. Fantasías.

Me da igual lo que hagan los puteros cuando se despierten sin dinero y sin las cartas que fueran lo bastante idiotas como para llevar encima.

Que se jodan.

Talandel, (12)

Uno de los de hoy me ha contado una historia muy interesante. La Magistratura le ha embargado tres barcos a Sirio. Algo de un contrato incumplido o deudas. No sé, no me importaba

El caso es que mi padre ha ofrecido a la desesperada una suma exagerada a quien le venda otros tres barcos en menos de tres días.

Tiene el dinero en algún lado.

Y se lo voy a robar.

Talandel (13)

He conseguido reunir un pequeño equipo HEIST

Diana en Even

La tormenta es terrible, el océano ruge agonizante con un ruido atronador, sordo y profundo, salido de las profundidades más oscuras de los negros fondos del mar. Las olas acechan por ambos lados al barco, que parece pequeño, a la deriva, perdido en la

masa de aguas negras y convulsas. La lluvia cae sobre la cubierta como metralla, amenazando con romper las tablas y las velas, y el viento sopla sin misericordia, empujando el cascarón a su antojo.

Diana se ha acurrucado bajo la cubierta, muerta de miedo, de frío, temblando, tiritando y llorando. Acuna contra su pecho el diario, pues teme perderlo, y guarda en la bota el puñal blanco, que lastra su existencia. Este es su castigo, este es el destino que la espera. Morir ahogada mientras el agua salada carcome su piel y sus huesos. Luchar con el inmenso mar, en pago por sus pecados y la avaricia. Sufrir, boqueando mientras se hunde, recordar y arrepentirse, avergonzarse de haber intentado impartir justicia.

Y teme, tiene miedo, el horror le impide pensar. Es su sentencia, y es de justicia, que acabe todo lo que ella debió haber acabado el día que encontró muerto a su padre, cubiertos los suelos de sangre roja como el fuego y el sol. Debía haberse cortado las venas allí, debía haber reparado su honor. Pero no tuvo valor, ni lo tiene ahora para afrontar la inminente muerte que la acecha allá abajo, en las profundidades negras y azules que encierran las olas del mar.

Hecha un ovillo lora y padece. Y las olas sumergen, poco a poco el navío, del que ya no quedan más que tablas flotando a la deriva, sin rumbo, sin destino, sin dueño ni señor. Y ella acaba, desmayada del dolor, con la ropa ajada y el diario entre los brazos, en una playa de aquella isla, la última del Oeste, de arenas blancas cubiertas de nieve.

Y, entre sollozos, bajo la luna del primer día de invierno, se levanta, y la melena, encrespada, reluce como un halo de plata pura a la luz de las estrellas. Y camina sin rumbo, perdida toda esperanza y sin saber el destino, los pies descalzos hollando las nieves impolutas. A lo lejos ve la luz de la Ciudad, de Even y sus nueve torres que se alzan al cielo como escaleras al infinito, imponentes, esperanzadoras y bellas.

Las lágrimas caen una tras otra, desconsoladas y perdidas, de sus ojos de plata y violeta, al manto blanco que cubre el suelo frío y húmedo. Un paso tras otro, se dirige a la luz, a la ciudad, como un barco pone rumbo a un faro cuando está perdido en la niebla. Pero llega, una vez, la tormenta. Y los copos de nieve caen, primero suaves y dulces, consolándola, posándose sobre las hebras de plata que adornan sus facciones, y después furiosos, terribles, golpeándola con la fuerza del destino, y borran las luces del horizonte.

Diana desespera, y empieza a dar vueltas sin sentido, vagando como un fantasma de lo que ha sido, con un vestido gris y azul, ajado y fino, que ondea al viento furioso como estandarte de la decadencia de su casa. Y delante aparece la silueta gris y negra de un árbol grande y robusto, antiguo, imponente y colosal, al pie de un acantilado, pero ella ya ha dejado de ver a través de la cortina de lágrimas casi heladas que manan de sus ojos.

Y así la encuentra Febo, deambulando, temiendo, penando tristemente sobre la nieve virgen. Y sus miradas se cruzan y es como si ya se hubiesen cruzado antes, en otro mundo, en otro tiempo. Un recuerdo brumoso les embarga y les oprime el corazón mientras sus destinos quedan unidos en uno solo, atados para la eternidad. Los ojos de Diana, como el mercurio, se deslizan en los de Febo, del verde del musgo y el oro del mediodía. Se avergüenza de todo y huye, volviendo sus pasos sobre el manto blanco, sin mirar atrás ni adelante, huyendo penosamente hacia ningún lugar. Quiere huir a toda costa, quiere ser olvidada, quiere olvidar el pasado y quiere perder su propia identidad.

Quiere olvidarse de quién es y morir en una playa tranquila cuando el mundo haya visto pasar ya muchos años. Quiere huir hasta que sus fantasmas no la persigan.

Nota un tirón en la manga rota del vestido. Nota calor, nota los dedos del chico. Y tira, pero no se suelta. Y se da la vuelta, para contemplar una mirada sincera que refleja, en las pupilas casi negras, sus ojos y su rostro torturados. Y descubre en él la inocencia que ella perdió tiempo ha, y la bondad. Y sus miedos y la pena y el dolor la destrozan por dentro, desgarrándole el alma, rompiéndola como se rompen al caer las gemas de cristal, sin piedad, como no la tuvo ella al vengarse de su padre en aquel lugar y aquel momento que le parecen ahora tan lejanos.

Y se detiene aunque quiere correr. Y abraza al chico, aunque quiere zafarse. Y llora, aunque quiere gritar.

El chico la rodea, tímido, con los brazos, y deja que las lágrimas le empapen el hombro y la melena, y Diana cae rendida, después de dos días, por fin, duerme. Suavemente y con ternura la arrastra debajo del Sauce, y, mientras ruge la galerna, duermen, juntos entre las raíces y bajo las ramas del árbol más antiguo del mundo.

Diana despierta poco antes del amanecer, cuando la luna ya muere en el horizonte y las estrellas se desvanecen en el firmamento, y se descubre allí, rodeada por la nieve en un acantilado, tumbada a los pies de un sauce enorme y apoyando la cabeza sobre el pecho de un desconocido.

Se asusta, primero. Después le da asco el muchacho. Después ella misma, cuando recuerda la noche anterior. Es débil, no sirve para nada, ni siquiera para encontrar el camino recto a una ciudad que brilla como un faro. Se odia, se odia absolutamente, y odia el mundo. Ojalá pudiese quemar todo y arrasar los mares y secarlos, y reducir a cenizas y polvo toda la tierra. A quién quiere engañar. No es capaz de nada. es un alma en pena, un fantasma. No es capaz de cortarse las venas, no es capaz de clavarse un puñal en el pecho y acabar con lo que ha empezado. Es una cobarde.

No es capaz de quedarse allí, aunque una voz en el rincón más oscuro de su conciencia grita que es lo que debería hacer. Que debería confiar en el chico. Que debería darles las gracias y esperar a que se despertase. Pero de eso tampoco es capaz. Huye, como siempre. Le da igual que la nieve helada le queme las plantas de los pies, le da igual que el viento frío le haga tiritar. Le da igual tropezar, paso tras paso, y resbalar, y caerse. Le da igual todo.

Así, vagando casi contra su voluntad, acaba desmayándose de frío entre los arbustos del pequeño bosque que se alza debajo del acantilado, sollozando, destrozada y sin esperanza.

No sabe cómo, pero de alguna manera, Diana ha conseguido llegar hasta las puertas de Even, la Ciudad de la luz. Ante ella se alza un arco solitario de piedra blanca que parece surgir de la propia tierra, como árboles petrificados que enroscan sus ramas en lo alto, buscándose, amándose. Ella simplemente lo mira unos segundos, preguntándose por qué hay una puerta en una ciudad sin muros, para qué si nunca han ido a la guerra.

La traspasa renqueando, herida, en el alma y en el cuerpo, sin miramientos, sin pasión, sin un ápice de la emoción que una vez sintió por poner un pie tras ella. En el fondo deambula sin rumbo, y esa parte de ella desea con todas sus fuerzas toparse otra vez con aquel chico o con alguien. Cualquiera que no la conozca y la mire sin maldad, sin interés. Incluso si la miran con un poquito de pena.

[16/11]

No sabe a dónde ir. No tenía planes más allá de llegar aquí y quedarse. Así que sigue andando y andando, y se pierde por las calles empedradas de blanco que han sido la morada de sus ancestros desde que el mundo es mundo, aunque eso, a ella, nunca se lo han contado.

Ruborizada, avergonzada y tímida, sostiene entre sus manos una taza de cacao caliente, la cabeza gacha y los hombros encogidos. Delante de ella, un señor mayor, con el pelo corto y gris le sonríe, y sus ojos brillan compasivos bajo unas cejas pobladas.

– Perdone, señorita– dice el Señor de Arcade, con voz amable y educada– Repítame su nombre.

– Diana– contesta la chica. Es la primera palabra que pronuncia tras el naufragio– Diana, nada más.

El sabio la mira sonriendo.

– Bienvenida, pues, señorita Diana, a la Noble Academia de Arcade.

Diana sonríe entre las sábanas, aunque es una sonrisa triste y casi sardónica. En otro tiempo, quizá habría estado emocionada, ilusionada, esperando el día siguiente.

Ahora no. Se alegra, si se puede alegrar de algo, de haber encontrado un refugio. Nada más. No le interesa nada. Solo quiere mantenerse sea como sea con vida, subsistir, porque la mera idea de la muerte le provoca tanto pavor que al oír su nombrarla el corazón se le desboca y se le corta la respiración.

La noche se ha asentado finalmente, y la luna ya ilumina el firmamento cuajado de estrellas. Todavía hace frío, y el fuego en la hoguera crepita alegremente mientras la conversación y el chocolate corren con las risas, perdiéndose en la espesura del claro. Diana lo ve todo como desde fuera, como si todo pasase ante sus ojos sin que ella fuese partícipe de su propia vida. Sabe que debería participar, que debería integrarse. Que si no lo hace, va a volver esa sensación, que esos recuerdos van a retornar.

Tiene que estar activa, tiene que centrarse en el mundo y no dejar hablar a la en las brumas de su mente que la empuja al fracaso y al abismo. Pero no puede. Se siente incapaz de ser feliz mientras ve cómo sus nuevos *amigos* son felices. No es capaz de

impostarlo no tiene sentido. Se siente inútil y falsa, un personaje, una máscara de alguien horrible que huye.

Y con todas sus fuerzas quiere dejar de ser esa Diana. Quiere dejar de ser la ladrona, la hija de Sirio, la asesina de su padre y la buscadora de venganza cínica y cruel. Tiene que ser Diana la que naufragó, la que busca un lugar como el de las historias, la viajera, la alegría, la... En qué está pensando. No puede elegir quién es como quien elige que traje se pone cada mañana. Ella es. Es Diana ap Taleä, y robó hasta la última gota de la sangre de su padre. Por venganza. Y es cínica y directa, y no le importa nada. Y en el fondo sabe que atrae las desgracias.

Muy por debajo del dilema, Diana, Diana la niña, diana la inocente, Diana, la hija de su madre, tiene miedo de todo, y se oculta, agazapada, y se esconde. No quiere participar por miedo a hacer daño, porque tiene vergüenza de sí misma y porque ya no sabe cómo salir ni cómo interactuar con las personas sin fingir y sin actuar. Y eso daría igual cualquier otra noche, en cualquier otro momento. Pero hoy el aire del bosque es fresco y húmedo, y las risas claras y sinceras, y los ojos brillantes, y no puede.

Poco a poco se va apagando el jolgorio, y la lumbre se atenúa y ya solo brillan en la noche las flores, blancas y verdes, iluminadas por las brasas candentes y rojas, y el reflejo de las estrellas. Entre las respiraciones profundas y ronquidos y el correr del agua del arroyo se oye, de repente, un crujido. Y Diana ve, entre brumas y troncos de árboles viejos, una luz, blanca, clara y cristalina, como un destello juvenil, correr entre la floresta. Como un hada, como el destino. Y entonces, entonces siente la necesidad imperiosa de seguirlo. Y ya no es Diana la cínica, y es Diana la niña, la de verdad, y entusiasmada, echa a correr despreocupada y sin cuidado por el claro aquel destello dispuesta a perseguirlo hasta el final de la isla y del mundo si hiciera falta.

Y tropieza, sin querer, con él. Con Febo. Con aquel muchacho con el que se topó el día que el mar la dejó en las orillas cubiertas de nieve, sola y asustada. El chico que no preguntó pero que la consoló hasta que ella huyó de él sin siquiera decirle su nombre.

– Perdón– susurra, agachándose.

– No pasa nada, no te preocupes.

El chico hace le hace una seña para que se siente a su lado, sonriendo. Le inspira confianza automáticamente. No sabe por qué, pero no tiene vergüenza, y le transmite paz. Se sienta a su lado, mirando las estrellas como él. El silencio se hace un hueco entre ambos, y por primera vez en mucho tiempo, Diana no tiene la necesidad de llenarlo.

– Es precioso– dice. Es apenas un suspiro, una verbalización directa, no de sus pensamientos, sino de las emociones puras que siente. Un exabrupto. Se refiere a todo en general. A la ilusión del momento: una plácida noche de finales del invierno, no muy fría, en un bosque iluminado por la luz de las estrellas, tumbados junto al fuego, entre amigos. La luna llena que se refleja en los pétalos de las flores, el correr del arroyo entre las piedras, y a lo lejos la blancura de las luces que titilan en la ciudad.

– ¿Qué es precioso?

La vocecita de Febo, aunque susurro, le sobresalta. La mira con esos ojos extraños, curioso como un niño pequeño e inocente, y las vetas doradas brillan del rojo de las brasas calientes. Diana sonrío. De alguna manera se ve reflejada en la mirada del chico,

como aquella noche de ventisca, y aquello la calma. Quizá es solo una impresión, pero parece como si él la entendiese. Completamente. Y en el reflejo vislumbra los destellos de su melena plateada, suelta a la brisa del bosque, y deja de sentirse una impostora.

– El bosque, el cielo, la paz que se respira... Este ambiente, ¿no crees?

– Sí. No sé, nunca me he parado a contemplarlo. Como vivo aquí...

Se escucha un ronquido. La poca tensión que quedaba entre ambos se desvanece, y la formalidad se resquebraja. Febo se ríe, bajito, intentando sofocar las carcajadas con una mano. Diana se contagia. Y no sabe cuánto tiempo lleva sin reírse de esa manera. Sincera, divertida, por una tontería. Por un momento se le olvida quien es, y vuelve a ser simplemente una adolescente que está haciendo amigos.

– Creo que nuestros amigos no están de acuerdo contigo– dice Febo entre risas, y casi ni se le entiende.

– Eso es porque tienen mal gusto. Además, no me van a rebatir– contesta, siguiéndole el juego.

– Bueno, en el fondo, acabas acostumbrándote. Nos acostumbramos a todo...

El silencio vuelve a caer, aunque la sonrisa no se le borra de la cara. Siguen mirando al cielo, disfrutando de la noche alrededor. Se le acompasa la respiración. Ojalá haberse acostumbrado a todo aquello, a esa infancia sin problemas, sin obligaciones y sin dolor. A esa libertad. Envidia y admira a partes iguales a esta gente, que en comparación con el otro lado del mar, es pobre, y sin embargo, no necesitan nada más de lo que tienen. Y lo tienen todo, desde que nacen hasta que mueren.

Envidia su despreocupación para con el dinero y el crecimiento, y la acumulación y la política. Admira su tesón y su determinación para con sus sueños y su vocación, su libertad y su optimismo alegre. Ojalá poder dejar de huir y quedarse aquí. Ojalá mimetizarse con la gente y convertirse en una más... En el fondo, ¿qué se lo impide? Quizá, simplemente es decidirlo. Simplemente quedarse. Arrepentirse...

En el fondo sabe que no lo merece. Quizá no pueda pagar con la vida su crimen.

Pero puede pagarlo viviendo en un tormento eterno, en una huida constante. Mientras recuerde, sabe que no podrá perdonarse. Y mientras no se perdona, jamás será libre.

– Tenéis suerte... Parece un sueño.

Febo cambia la expresión. Nota la oscuridad que ha cruzado sus ojos. Siente que es algo serio, casi solemne, como una sentencia.

– Tenemos suerte– dice, remarcando que incluye a Diana en el plural.

Se pellizca la mano suavemente, observando su alrededor, y respira.

– Ojalá... ¿Por qué te has pellizcado?

El chico se pone nervioso, y sonríe.

– Es una manía... Hay veces que no distingo los sueños de la realidad...

Diana se ríe. No hablan más. No hace falta.

Febo va cayendo en un sopor tranquilo, y en el último momento, Diana le acaricia suavemente.

– Ojalá pudiera acostumbrarme a este sueño...

Las calles de Even brillan en la mañana, fresca y reluciente, blancas, a la luz del sol del Oeste. Diana camina tranquila, evadida en la lectura. Es lo único que le hace viajar, olvidarse de quién es realmente, lo único que acalla las voces quejumbrosas de su interior. El aire limpio y renovado después de una noche de lluvia le aclara las ideas, y se podría decir que está contenta, si estar contenta es perder la identidad propia y la propia voz de la conciencia durante apenas unos minutos.

Febo camina, alegre, feliz, eufórico, hacia ella, sin saberlo, pues la muchacha todavía ha de cruzar la esquina que los separa. Y cuando lo hace, chocando sin querer con el chico de la sonrisa, esta se rompe, como el penacho de cristal que lleva entre los brazos y que tanto ha mimado. Cae al suelo de baldosas blancas y viejas, estallando en un instante en una infinidad de esquirlas de cristal.

El chico se arrodilla en el suelo, tan deshecho como la pieza que acaba de perder, alcanzado por un rayo, entre lágrimas y sollozos, golpeado por la furia y la frustración y la rabia, gritando entre los adoquines ajados por el paso del tiempo, limpiándolos del polvo de los siglos. Y Diana, volviendo en sí desde otro mundo lejano, lo contempla con terror. La ansiedad vuelve a ella, la carcome por dentro, quemándola. Es una inútil que solo sirve para hacer daño. Abraza a Febo, sin saber si hace bien o mal, si debería hacerlo o si es presuntuoso por su parte. Tiene la culpa. De todo. Otra vez.

El instinto de huir vuelve, pero el chico la sostiene entre sus brazos y llora en su hombro. No tiene escapatoria. Tiene que afrontarlo. No hay vuelta atrás.

– ¡Joder!

Él está petrificado, no puede moverse, no es capaz. Solo puede llorar y llorar, y seguir llorando mientras ve cómo su trabajo reluce, irisado, sobre el suelo duro y frío de piedra, y recuerda la marcha de su abuela.

Y la chica necesita hacer algo, necesita actuar, necesita moverse. Con delicadeza, saca un pañuelo de gasa blanca y plata, y recoge en él cada trozo de cristal, cada lasca y cada astilla, por pequeña que sea. Se corta, y le da igual, y la sangre fluye, más morada que roja, de sus dedos, manchando el blanco puro de la calle. Le guarda el pañuelo envuelto en la chaqueta al muchacho con cuidado. Siente pena por él y odio por ella. No se soporta.

– ¿Estás bien?– pregunta, más que nada por cortesía.

El chico le mira, remarcando lo obvio, y, sin contestar, se vuelve en la dirección contraria, aumentando el paso a cada momento, y acaba corriendo colina abajo, hacia el Oeste. Diana le sigue, con miedo.

Y lo encuentra sollozando solo, acurrucado entre las raíces de aquel árbol bajo el que lo encontró la primera vez, hecho un ovillo, destrozado. Se sienta cerca, pero lejos. Sin mirarle, sin tocarle, sin hablar. No se atreve. No se siente digna de consolarle. No es capaz.

Al rato, le devuelve la mirada, acuosa, de verde y oro, casi mágica. Está dolido, enfadado, triste y necesita consuelo. Por un instante Diana puede leer al chico como un libro abierto, claro, cristalino, inocente y puro. Lo envidia. Sus labios se curvan en una mueca de pena, y la melena le cae descuidadamente ante los ojos y entre la nariz, destellando en tonos cobrizos, y allí, iluminado por la luz dorada que se cuela entre las ramas y las hojas del sauce, Febo le parece por un momento un ser del bosque.

– Lo siento muchísimo...– es lo único que Diana acierta a decir.

El chico empieza a hablar. Y ya no para.

– Era... Un retrato de mi abuela. Hace casi un mes que desapareció, y no la hemos encontrado todavía. No sabemos qué ha sido de ella. Era la persona con la que más unido estaba de mi familia... Solí contarme historias, la quería mucho...

Rompe a llorar, y sus palabras se vuelven susurros y sollozos casi imperceptibles. Está destrozado, y Diana apenas empieza a entender lo que ha hecho. Se acerca tímidamente al chico. Le acaricia el hombro, con cuidado, casi con miedo. Le abrazó, y por inercia, empezó a acariciar la melena del chico, lentamente. Él parece calmarse.

– Lo siento... Lo siento– repite una y otra vez la muchacha, como un mantra.

Empieza a nevar, y los copos blancos y fríos los envuelven lentamente. Diana se odia más que nunca, y no entiende muy bien por que le ha afectado tanto ver a aquel chico destrozado, después de haber visto a tanta gente, y haberse visto a ella misma en situaciones peores. Quizá es porque veía la inocencia en su mirada. Quizá es porque no creía que se lo mereciese.

De Eider

En el agua oscura se empiezan a entrever unas figuras difusas. Un chico joven carga unas cajas que parecen pesar hacia la entrada de una casa extraña. Su expresión es triste, acentuada por la parsimonia con la que arrastra los pies sobre el suelo negro.

– ¡Mamá, ya está todo! – grita entrando en la casa.

– Perfecto cariño– le contesta una voz, dulce, desde el interior–, ahora si quieres te ayudo a decorar tu habitación nueva.

– ¡No quiero!– corta el chico malhumorado, corriendo hacia unas escaleras y cerrando la puerta de la que debe de ser su habitación tras de sí. Se sienta en el borde de una pequeña cama, acurrucado sobre sí mismo, y parece sollozar.

Una mujer entra en la habitación, cerrando suavemente la puerta y se arrodilla a su lado. Le toma de las manos. Le hace levantar la mirada y le seca las lágrimas con el pulgar.

– ¿Qué pasa, cariño? ¿Por qué estás triste?– sonríe con ternura.

– ¿Por qué nos teníamos que mudar?– dice entrecortadamente, con un hilillo de voz.

– Ya lo sabes. A mamá le ofrecieron un trabajo mejor aquí.

– ¿Y qué? ¿No era suficiente con el otro? ¿En serio estábamos tan mal de dinero?– siguió quejándose– ¿Qué pasa? ¿Yo no importo, ni mis amigos? ¿Y si vuelven a pegarme? ¿Y si vuelven a reírse de nosotros? ¿Y si...

– No te preocupes– dice la mujer poniéndole un dedo en los labios– todo va a salir bien. Y no llores, que estás muy feo.

– ¡Déjame!

– Eider, cariño, tranquilo. Madrid es una ciudad más grande, aquí la gente es más tolerante. No te preocupes, vas a hacer amigos muy rápido, ya verás. Además, tenemos una sorpresa para ti. Luego te lo enseño en la cena, ¿vale? – intenta tranquilizarle la mujer.

Eider asiente inseguro, mientras su madre se marcha de la habitación.

– Mami– musita, cuando esta está cerrando la puerta.

– Dime, cariño.

– ¿Se nota? ¿Tú crees que se van a dar cuenta?

– No te preocupes. Seguro que se enamoran de ti.

La madre de Eider se marcha cerrando la puerta blanca suavemente. Él parece ya más tranquilo, y empieza a desempaquetar con cierta parsimonia todo su equipaje. Cuando ha colocado casi toda su ropa en los armarios, abre una caja más pequeña, de la que saca algunos juguetes viejos y un dibujo. En él aparecen dos niños, uno rubio con los ojos amarillos y otro castaño con los ojos verdes. Debajo de cada uno de ellos, en una letra infantil, están escritos sus nombres: Ério y Febo.

Eider se queda un rato observando el dibujo, casi en trance. Lo cuelga, bien visible, sobre la pared, mientras una lágrima le corre por la mejilla, y, secándola, sale de su habitación.

Eider camina lentamente sobre un camino de piedra gris y manchado en una ciudad monstruosa y abarrotada. El cielo está cubierto de nubes casi negras pero todavía no ha empezado a llover. Va pensando en su antiguo hogar, en todo lo que ha dejado atrás y en todo lo que está por venir. Tiene miedo, mucho miedo. Está aterrorizado.

Sin mirar adelante, se adentra en un túnel, siguiendo el mismo camino que la marabunta de gente que se agolpa en aquellas calles negras por las que viajan a velocidades increíbles naves de metal. Se adentra en un mundo subterráneo, húmedo e iluminado por luces frías y artificiales, y sube en un artilugio insólito que viaja, como una barca, entre las galerías que profanan la tierra.

No mira a nadie, no mira a nada. Piensa que le miran y que le odian, aunque nadie se ha fijado en él todavía. Repasa un pequeño cuaderno de cristal brillante durante un rato, intentando evadirse.

El artilugio se ha parado, y Eider está cada vez más nervioso. No ha dicho una palabra desde que saliera de casa.

Sube las escaleras del túnel, con el corazón en un puño y un nudo en el estómago, casi a punto de vomitar, y se planta frente a un edificio enorme, de ocre rojo y gris con

ventanas pequeñas y un jardín rodeándolo, un palacio imponente y ominoso, una cárcel, piensa el chico.

Con paso inseguro cruza una verja alta y se interna en aquella pequeña arboleda descuidada y salvaje. Ahora sí que le miran, y empieza a colapsar de la ansiedad. Corre rápido hacia dentro, traspasando unas puertas de plata reluciente que no casan con el rojo de las paredes, atravesando pasillos de piedra pulida y subiendo escaleras hechas como de arena de mar condensada.

Se ha perdido. Está desconsolado, pero no se atreve ni siquiera a llorar. Se siente solo, más solo que nunca, y desea con todas sus fuerzas huir de allí, a algún lugar que solo él puede soñar. No se atreve a preguntar por el camino. No se atreve a abrir la boca. Se van a reír de él. No, eso no le importa. Le van a pegar. Está seguro.

Consigue encontrar la habitación mientras deambula, perdida ya toda esperanza, a través de los pasillos interminables. Una puerta abierta, con la inscripción correcta sobre el dintel de madera ajada y carcomida.

Eider entra intentando no hacer ruido. No lo consigue, y todo el mundo en el aula se vuelve para mirarle. Empieza a tener calor. Casi está a punto de ponerse a temblar de pánico. ¿Si todo estaba bien, por qué he tenido que volver aquí?

– Hola– se dirige a él, con voz grave y hastiada, el maestro– Eres el nuevo, ¿verdad? Llegas tarde.

Eider no sabe si es mejor contestar o callarse, pero el hombre interrumpe sus pensamientos.

– Eh, chaval, contesta, que no tenemos todo el día.

– Me... Me he perdido– consigue murmurar.

– Ya, ya– suelta sin cuidado el profesor– Ven y te presentas. Siéntate por donde veas, que al final ya te cambiaré yo donde vea.

No puede más. No sabe ni cómo ha conseguido mover las piernas y plantarse delante de todo el mundo. Está temblando, pero a nadie le importa. Tiene la cara roja, pero todo el mundo le está mirando. Trata de calmarse. Es imposible.

– Yo... Me llamo Eider. Soy de Bilbao...

Nadie le hace caso. Nadie se ríe. Nadie hace bromas. Nadie, nadie, nadie le pregunta nada.

No le importa a nadie, así de primeras. Genial.

Deja de temblar un poco, aunque sigue en tensión. Busca un asiento libre entre la multitud. Al lado de la ventana hay una mesa vieja y pequeña. La chica de al lado tiene el pelo azul. Decide sentarse allí. Parece un espacio seguro

Se sienta e intenta relajarse. Saca lo que trae en la mochila. Varios libros de hojas blancas y dobladas sin cariño. No parecen importarle mucho, pues deja de prestar atención a todo. Empieza a llover, y se queda ensimismado contemplando cómo caen las gotas de lluvia sobre una ciudad interminable, repicando, repicando suavemente contra el cristal de la ventana.

– Oye. Oye. ¡Ey, tú, chico nuevo!– le increpa una voz. Es la chica de al lado, la del pelo azul– Es el recreo. Cierran las clases.

Eider asiente, y guarda todo en su mochila. Vuelve a recorrerle un escalofrío. Vuelve a tener miedo.

Sale lentamente de la habitación, deambulando por los pasillos. Ha parado de llover, pero un montón de gente se agolpa en otro aula esperando su turno para que le den bebidas y otras cosas extrañas que se meten en la boca. Él encuentra un rincón tranquilo y saca su propia cosa extraña. Empieza a darle mordiscos y se lo traga.

– ¿De qué es el bocata?

Eider pega un bote en el sitio, sobresaltado, y empieza a toser.

– Ay, te he asustado– dice riéndose la chica. Es bajita, como él, con el pelo por los hombros y unos ojos castaños y saltones– Lo siento– sonrío.

– No pasa nada, no te preocupes. Es de queso. La verdad que no está muy bueno.

— ¿Qué?– le mira, extrañada– Ah, el bocadillo. En realidad solo quería hablar contigo... Como estabas aquí solo...

– No te preocupes. Es que no conozco a nadie.

– ¿Cómo te llamas?

– Eider.

– Yo Ana. Ven– dice, agarrándole de la mano– Te voy a presentar gente.

Por fin se tranquiliza. Deja de temblar y de estar alerta. El miedo se reduce a un rumor sordo. Deja escapar una sonrisa, tímida, pequeñita, tierna. Se convence de que no le va a pasar nada malo.

Y respira.

Eider está sentado a la mesa con su madre. Le pasa una mano por el pelo, acariciándole con ternura. Él deja escapar un ronroneo involuntario.

– ¿Qué era eso que queríais darme?– pregunta, revolviéndose un poco.

– Ah, espera un poco ¿no? Eres un ansias– contesta ella riéndose.

Él está impaciente. Y feliz desde que llegaron de Bilbao. Se siente bien.

– Anda, mami. Dime por lo menos qué es. Porfa– dice, mirando a su madre de la manera más adorable que puede.

– Ay, no me hagas lo del gato con botas. Venga, te lo digo. Pero se estropea la sorpresa...

– Venga...

Ella coge un sobre de un montón de hojas y se lo da. El chico mira el sobre, estupefacto. Ha perdido el habla. Al borde de las lágrimas mira a su madre, sin poder creérselo.

– ¿Esto es en serio? ¿La compañía Nacional de Danza?

Ella le observa con una sonrisa, casi riéndose, y le abraza.

– No te emociones tanto, tonto... Es solo que te han aceptado para hacer una prueba. ¿Ves cómo no era tan malo venir a vivir a Madrid?

– ¿Cuándo?

– En un año. Tienes un año para convertirte en el mejor bailarín de toda España.

Eider sube las escaleras flotando, sin creérselo todavía. Está radiante de felicidad. No se han reído de él. No le han pegado. No le han humillado.

Y va a cumplir un sueño. Se acurruca en la cama, tranquilo, flotando, abrazando la almohada mientras suspira. Y se fija en el dibujo que cuelga sobre su cabeza y sonrío. Ojalá estuviera él aquí, piensa mirando los ojos verdes de Febo, de color desvaído y acuoso.

No puede dormir durante mucho rato, mientras la lluvia cae fuera, cubriendo las calles de Madrid de una capa brillante y resbaladiza, repiqueteando en su ventana por la que se cuela la luz de la luna llena.

Se arroja un poco, no mucho, porque es Septiembre y todavía no hace casi frío. La sábana le hace sentirse a salvo, como si alguien le abrazase suavemente mientras disfruta del silencio de la noche.

Poco a poco va cerrando esos ojos grandes y ambarinos que reflejan la luz de las farolas, y su respiración se acompasa, lenta y dulce, con el caer de las gotas sobre el tejado. Y tras un bostezo lento, lánguido y parsimonioso, se duerme.

Sigue lloviendo cuando se despierta desperezándose, con los ojos aún entrecerrados. Es muy temprano, aunque ya ha salido el sol. Aunque no está entusiasmado por volver a clase, ya no le da miedo. Se siente bien. Más o menos feliz. Y sonrío.

Desayuna solo, como todas las mañanas, mete los libros y un bocadillo en la mochila, y sale hacia los túneles. Hoy va contento, escuchando música y tarareando muy bajito, sin prestar atención al mundo a su alrededor, y todo pasa a la velocidad del rayo.

Cuando quiere darse cuenta está otra vez sentado en un rincón comiéndose el bocadillo. Esta vez no está solo. Ana está sentada a su lado, mirándolo curiosa, en silencio. A Eider le pone nervioso. El día anterior le había presentado a alguna gente que iba a su clase, pero no parecía que fuesen muy amigos suyos. Era la típica persona que conocía a todo el mundo pero no era amiga de nadie. O eso piensa él. Se está poniendo rojo, y no sabe cómo decirle a la chica que no le mire tan fijamente. ¿Intenta sacar tema de conversación? Lo mismo así deja de ser tan incómodo.

– Oye Ana, ¿y tus amigos?– intenta.

– Pues no sé. Por ahí supongo. A lo mejor están en la biblioteca– contesta sin apartar la mirada de sus ojos.

Eider se siente todavía más incómodo, como si aquellos ojos marrones lo supiesen todo. Como si fuera un libro abierto en el que leer, sin secretos, sin intimidad.

– Ah...

– Oye, este finde hay una fiesta, ¿te apetece venir?– le suelta de la nada, sonriendo. Él la mira casi con incredulidad, y el miedo vuelve– No te rayes, tampoco va a ser muy bestia. Algún cubata, un poco de música, unos bailes... Lo de siempre.

Eider no sabe qué contestar ¿Va en serio o le está vacilando? Empieza a preguntarse, inseguro, qué hacer, qué decir, qué palabras ¿Sonríe y le dice que mejor no?

Vuelve a mirarle a los ojos. Apenas han pasado unos segundos, pero nota como la chica se impacienta. Parece que va a ir. Sí o sí.

– Es que... No bebo– intenta. En realidad no es mentira. Ha probado el alcohol una o dos veces, como mucho. No le gusta, pero, según sus amigos, es muy divertido cuando lleva el *puntillo*.

– Anda, no mientas ¿De Bilbao y no bebes? No me lo creo– se ríe a carcajadas– Si no, te consigo un zumo. De piña, que el de melocotón es muy empalagoso– empieza a divagar.

Eider baja la cabeza un poco. La chica le inspira confianza, no sabe por qué. Esa chispa, esa energía, ese optimismo le son familiares. Le cae bien.

– Va, ¿entonces qué, vienes o no vienes?– le pregunta, un poco irritada.

– Bueno...

– Anda, dame tu teléfono– le corta, impaciente, y cuando el chico lo está sacando, se lo quita de entre las manos, le coge el dedo, lo desbloquea, y apunta el suyo en su agenda.

Eider está flipando.

– Mándame un mensaje luego para que te añada. El sábado a las once, ven cenado. Ya te mando la ubicación, tú no te preocupes.

Cuando entra casa ve otro abrigo más en el perchero. Su madre por fin ha llegado de Bilbao. No sabe muy bien qué sentir. Nunca se ha llevado tan bien con ella.

– ¡Hola!– grita mientras deja la trenca junto a los paraguas. Ya ha dejado de llover– ¿Hay alguien?

– ¡Eider, tienes el pelo calado!– dice su madre mientras le abraza y se lo revuelve. Es su manera de saludarle– ¿Por qué no te has puesto la capucha? Vas a pillar un trancazo, que aquí el aire es muy seco. Y luego seguro que no puedes ir al instituto, ni al conservatorio, y a lo mejor me lo pegas. Y encima lo vas a dejar todo perdido, y yo vengo cansadísima de trabajar y encima me toca limpiar lo vuestro. Anda, haz el favor de subir al baño y secarte las greñas esas. No, mejor subo contigo que no sabes y se te pudre...

– ¡Ama, ya vale!– le corta el chico– Tranquila, que solo está un poco mojado, no me voy a morir.

Odia cuando se pone así. No le para de sacar pegas a todo y no deja hablar a nadie. Por lo menos hoy no se ha tomado tan a malas que la interrumpen. Quizá porque lleva una semana sin verle. A saber.

– Bueno, haya paz– intenta tranquilizarse su madre– Vamos a sentarnos y me cuentas.

Esta parte sí le gusta. Le encanta. Es verdad que con Mami se entiende mejor en casi todo. Pero cuando Ama está de buen humor le gusta que le cuente las cosas mientras se acurrucan en el sofá y le acaricia y le mima. En el fondo es un mimoso, y lo sabe.

– Va, dime, ¿qué tal los primeros días de insti? ¿Has hecho algún amigo?– pregunta suavemente, intentando no sonar muy preocupada. Es consciente de los miedos de su hijo y está incluso más aterrada de que le pase algo que él mismo, pero necesita disimularlo. Alguien tiene que ser fuerte.

Eider está un poco intranquilo, pero rápidamente se relaja mientras los dedos de su madre recorren su melena y juegan con ella.

– Bueno... Bien. Más o menos– dice, inseguro.

Su madre lo nota.

– Anda, hijo, expláyte un poquito, que ya sabes lo cotilla que soy...– sonrío, pícara. Eider ya sabe lo que viene– ¿Qué tal el *mercado*?

– ¡Ama!

– ¡Hijo!– contesta riéndose– Siempre igual. Te voy a meter en un convento a este paso. Tú ya sabes que en esta casa somos tolerantes... Si nos traes una chica, tu madre y yo no te vamos a decir nada– dice, y se empieza a desternillar de la risa

– ¡Ama!– vuelve a quejarse el chico, mientras su madre se ríe.

Eider hace un mohín e intenta apartarse de su madre un poco. Odia el *tema*. Sin embargo, se ve interrumpido por el zumbido del teléfono. Su madre lo pillá al vuelo, lee la pantalla, y contesta.

– ¡Eider! *No me has llamado*– suena la voz de Ana.

[3/11]

El chico lo ve venir. Y se empieza a poner rojo, muy rojo, y muy nervioso. Su madre le mira y se empieza a reír.

– No soy Eider cariño. Soy su madre ¿Qué querías?, que no está

– *Hola... Nada, quería decirle a su hijo que la fiesta del sábado va a ser en mi casa... Y eso*– dice, un poco cortada, antes de colgar.

El chico intenta quitarle el teléfono a su madre y correr hacia la habitación, muerto de la vergüenza, pero ella le agarra antes.

– Vaya, vaya, y parecías tonto– se ríe– Cariño, creo que esa chica te está tirando los tejos. Y le tienes puesto un corazón en el nombre... Bueno, cuenta, ¿qué es eso de la fiesta? ¿Pensabas decírmelo? ¿O es que no quieres ir?

- Nada, que me ha invitado a una fiesta. La conocí ayer en el recreo. Es maja.
- Bueno, pero, ¿tú quieres ir?
- No sé- dice nervioso- A lo mejor son un poco bestias. Empieza a las once...
- Un poco pronto, me parece. Bueno, luego se lo digo a Mami. Pero creo que es mejor que vayas. Que tienes diecisiete años, tío, y casi no sales.
- ¡Mamá!
- ¿Qué?- contesta entre carcajadas- Yo a tu edad era un desastre. Da gracias, que no sabes las artimañas con las que tenía que convencer a tu abuela.
- No tienes remedio...
- Va, pero dime en serio ¿Te mola esa chica?- pregunta con voz de cotilla.

De eso está seguro, pero, ¿por qué tiene que estar siempre queriendo saberlo todo? es exasperante... Claro que no le gusta. Si la conoce desde hace un día. Además...

- No, no me gusta. Y punto. Y seguro que ya a ella tampoco, ¿cómo le voy a gustar si me conoce desde ayer? - contesta Eider.
- Ah, porque seguro que la chavala tiene buen gusto y sabe reconocer a un tío que vale la pena como tú. Vamos, si te digo lo que tardó en gustarme tu madre, flipas. Luego ya lo demás fue más complicado, porque vaya, es como tú. Así de terca ella y que no ve lo obvio ¿Te he contado como nos conocimos? Estábamos un verano en...
- Ama, mil veces me lo has contado, mil, que te encantan las batallitas- corta el chico. Necesita descansar un rato de tanto bochorno y empalago. Menos mal que está de buen humor- Me voy a tumbar un rato. Que estoy cansado.
- ¿No vas al conservatorio hoy?
- Ama, no empieza hasta Octubre, que no te enteras.
- Ay, si es que no me contáis nada...
- No empieces con los victimismos, anda- dice el chico, aunque empieza a reírse, por lo absurdo de la situación. Le da un beso a su madre en la mejilla y sube las escaleras a su habitación.

Fuera, algunos rayos de sol se cuelan por entre las nubes y hace buen tiempo. Eider abre la ventana y deja que el calor suave de los últimos días de verano entre en la habitación. La brisa de Madrid no huele igual que la de Bilbao. Ni como la del pueblo. Huele más a humo y a coche. A ciudad. A asfalto y a petróleo. Y hay más ruido.

Está nervioso, pero no tiene miedo ¿En serio va a ir a la fiesta? ¿Se va a convertir en un adolescente normal? ¿No le va a costar cuatro años hacer amigos?

Joder. Qué sueño. Por lo menos no va a sufrir tanto como pensaba.

Bosteza un poco, y se tumba en la cama, sin abrirla. Se abraza a la almohada cerrando los ojos, pero no se duerme. Da vueltas, arrugando las sábanas y deshaciendo la cama sin querer, durante un rato largo. Quiere soñar algo tranquilo.

Pero no lo consigue. Al rato se levanta, se desviste y se pone ropa de deporte. Baja las escaleras corriendo, coge una botella de agua al vuelo, y sale de casa a toda prisa al grito de "*Me voy a correr, vuelvo para cenar, no me llevo llaves ni móvil*". No quiere que nadie le moleste. Cuanto más cansado acabe, mejor duerme después.

Empieza a correr al trote, no muy rápido, mientras las calles y los coches pasan sin que les preste atención. Adelanta algún otro *runner* mientras va pensando. Se suelta el pelo. Prefiere sentir el viento en la melena. Se siente más libre. Poderoso. Invencible.

Empieza a sonreír, a medida que la emoción se apodera de él. Se fuerza un poco más. Un poco más. Ahora corre a toda velocidad, lo más rápido que puede. Siente que galopa los vientos, que le llevan hacia algún lugar más allá. Un poco más. Un poco... No puede haber llegado al límite. De un plumazo, la ilusión de velocidad se desvanece, y le falta el aire. No se para, pero baja mucho el ritmo. Se da la vuelta, a paso tranquilo, hacia casa. Ya está. Vuelve a ser normal, un chaval de diecisiete años un poco perdido en la vida en general.

Pero bueno. Sigue contento. No ha sido un mal día.

Devora la cena, cubierto de sudor mientras sus madres hablan sobre el trabajo y sobre la fiesta a la que le han invitado. Él no interviene mucho. Está cansado. En realidad, está casi dormido.

Entra al baño a ducharse y se desnuda. No se mira en el espejo. No tiene tiempo ni ganas. Abre el grifo y se mete debajo de la cortina de agua caliente, casi hirviendo, hasta que la habitación se cubre totalmente de vapor. Casi se queda dormido mientras siente como las gotas calientes le recorren la piel y se llevan el sudor, destensando los músculos poco a poco, relajándole por completo. El cansancio se posa sobre el poco a poco, como si le rodease una nube de algodón calentito. Solo quiere acostarse, acurrucado entre las sábanas.

Sale de debajo de la ducha y se seca despreocupadamente. Se pone un pijama corto de verano, se seca un poco el pelo, que se le pega a las sienes en bucles dorados.

Respira hondo. Tiene que hacerlo. Es el precio a pagar.

Abre una caja de pastillas pequeñas y se traga una, sin pensar. Pone una cara rara. Lo odia. Todo lo que tenga que ver con médicos, medicinas, consultas y hospitales. Si es posible no quiere volver a pisar ninguno. Jamás.

Sale del baño con parsimonia. Pasa por el salón a dar un beso a sus madres, que le dicen que se siente con ellas, pero él dice que está cansado y sube a la habitación.

En algún lugar suenan diez campanadas. "Soy como un niño pequeño", piensa Eider mientras se acurruca entre las sábanas, abrazando la almohada contra el pecho, como a la hora de la siesta. Echa una última mirada al dibujo de Febo, y con una sonrisa pequeña en los labios, se duerme.

[4/11]

Es sábado. Después de una semana cansada y un poco aburrida, Eider remolonea en la cama un rato, revolviéndose como y ronroneando entre las sábanas mientras el sol de septiembre le deslumbra.

Ayer por la noche fue noche de peli. Dios, cómo le gustaba. Se acurrucaba entre sus dos madres que se peleaban en ver cuál de las dos le mimaba más. Al final siempre acababa un poco agobiado, pero se le pasaba en cuanto una de las dos se ponía a acariciarle el pelo. Era su perdición.

Se levantó tarde y de buen humor, así que pasó por la cocina a ver si quedaba desayuno. Mientras se servía un vaso de agua, escuchó a sus madres en el pequeño jardín, y puso la oreja.

– ¿Tú como lo ves?

– ¿Cómo lo veo de qué?

– Paula, se pasó todo el viaje llorando. Cuando llegamos no quería ni colocar sus dibujos. Tuve que estar mucho rato.

– Bueno, ya sabes que es muy sensible...

– No, no es solo eso. No era solo que estaba triste por marcharse. Tiene miedo. Se lo noto.

– ¿Miedo de qué?

– De que le peguen. De que se rían de él como la otra vez. Está muy asustado.

– A ver... Ha pasado mucho tiempo. No le van a hacer nada. La gente ya está acostumbrada a estas cosas cariño.

– Paula, nuestro hijo es muy sensible. Casi es hipersensible, lo sabes. No te lo tomes a la ligera. Sabe llevarlo con entereza, pero lleva viviendo asustado mucho tiempo. Siempre que sale de casa está tenso. Todavía tiene cicatrices. Lo que pasa es que ya no se las ves.

– Cariño, tranquila. No le va a pasar nada. Puede que tenga miedo, pero es más mayor, más seguro, más fuerte. Va a saber llevarlo. Y a las malas, no le van a poder hacer daño. No es precisamente un fideo, y tiene un carisma increíble. Si le tocan un pelo, seguro que salen a defenderle.

– No es eso. Es verdad lo que dices, pero él no se lo cree. Aunque se lo digamos mil veces, aunque haga amigos, aunque se preocupen por él. Es tan profundo que sólo él puede darse...

No quiere escuchar más. No lo aguanta. Odia cuando hacen eso ¿Por qué tienen que hablar de él como si fuese el animal de un documental? ¿Por qué no se pueden simplemente preocuparse sin elucubrar, sin suponer, sin hacer como que saben todo lo que sentía y todo lo fuerte que es?

¿Tan difícil es asumir que tu hijo es incapaz de defenderse? ¿Tan difícil es hacer caso si ves que tiene miedo, en vez de empujarle? ¿Tan difícil es ayudar sin dar consejos inútiles, sin empezar a filosofar y a intentar motivar con esas charlas de *coach* barato?

Joder. Ya le han fastidiado la mañana.

Lo peor es que está volviendo ¿Por qué tienen que recordárselo constantemente? ¿No pueden callarse, no pueden simplemente dejarlo estar, que se vaya desvaneciendo? No quiere enfrentarse a sus traumas. Quiere huir. Lo más lejos posible.

Joder. Encima hoy era la fiesta. Ana le ha estado dando la tabarra con ella toda la semana. Hasta le había empezado a hacer ilusión, pero ahora ha empezado a dudar ¿Y si se emborracha y cuenta algo? ¿Y si es una encerrona? ¿Y si se ríen de él?

¿Y si lo descubren?

No va a ir. Demasiado peligroso. Sabe que Ana le va a dar el coñazo y a lo mejor se enfada. Está contra la espada y la pared. La va a liar.

Joder.

Pasa por el baño a lavarse la cara y se mira al espejo. Unos ojos dorados, una media melena ondulada y una nariz respingona le devuelven la mirada. Él. Eider. Sonríe, sintiéndose un poco mejor. Por lo menos hoy no parece un muerto viviente. A lo mejor es la mandíbula. Cada vez más afilada, ¿verdad? Y recta. Sí, está seguro.

Decide quedarse en el salón, aún a riesgo de oír conversaciones privadas que no quiere escuchar, o de ser atacado por alguna madre con mono de hijo. Pero bueno. El Zelda lo vale. En realidad, el Zelda lo vale casi todo.

En la pantalla empiezan a proyectarse unas figuras de montañas. Suena una melodía. Se le eriza la piel, y nota cómo le recorre un escalofrío mientras se sumerge en el juego.

Todo pasa más rápido cuando está jugando. Algunas cosas se le olvidan. Se le ocurren cosas buenas, y ver a Link correr por las llanuras de Hyrule o huír de las gallinas que le persiguen le trae muy buenos recuerdos. Nostalgia de un tiempo en el que se refugiaba en él. Adoraba al Héroe. Era capaz de superar cualquier prueba, aunque todo le quedaba grande. No tenía otra. Era valiente, era decidido, era firme. No era fuerte. Nunca lo era. Siempre empezaba siendo un chaval asustado, al que le caía sobre los hombros todo el peso del destino, la tarea titánica de continuar con la Leyenda de sus antepasados, de salvar el reino. De pequeño pensaba que su misión era salvar a Zelda. Pero cuando se hizo más mayor y pasó todo, se encontró a sí mismo en la piel de Link: no tenía que salvar a ninguna princesa. Ella ya estaba salvada. Ella sabía lo que hacía. Ella era más poderosa que él. Él solo tenía que asestar el golpe final, tenía que confiar, tenía que atreverse. Tenía que encontrar su valor.

Link siempre fue el modelo de Eider. Siempre había soñado con ser como él. No un héroe. Ser capaz de ser valiente. De mostrar ese amor silencioso e inquebrantable le impulsaba, aventura tras aventura, para poder ver a su princesa, para poder estar a su altura.

Nunca lo consiguió. Al final fue un cobarde, y le tuvieron que salvar. Fue la princesita inútil que espera a que la saquen de la torre. Se odia por eso todavía, aunque no quería admitirlo.

Termina de jugar, emocionado, como siempre. Es el juego de su infancia. Es, simplemente, el juego. Su niñez condensada.

No tiene nada que hacer en toda la tarde hasta la fiesta. Tiene que ir. Tiene que ser valiente. Además, Ama no va a dejar que se quede en casa, eso seguro.

No le aetece correr, ni leer, ni nada. En el fondo sí. Le apetece soñar. Lleva mucho tiempo sin soñar, lo añora.

Sube a la habitación y se enreda entre las sábanas, pero es incapaz de pegar ojo. No sabe que hacer.

Da vueltas por toda la casa, y pone a sus madres de los nervios. Le notan nervioso. Lo está.

Hacen un bizcocho. Según Mami, hacer dulces libera estrés, y es verdad. Cuando se quieren dar cuenta ya oscurece por el Este. Mientras espera para la cena, Eider sube a la habitación otra vez. Decide ponerse a buscar coreografías para matar el tiempo, aunque ha decidido no empezar a preparar la audición hasta que tenga profesor en el conservatorio.

Suenan unos golpes suaves en la puerta. Es Paula.

– ¿Se puede?– dice en un tono suave.

– Pasa– responde, un poco distraído, el chico.

– Vengo en calidad de madre malmetedora y maruja– dice su madre– no me escondo.

Ambos sonrían, y Paula se sienta a su lado sobre la cama.

– ¿Qué quieres?

– ¿Yo? Nada. Ver cómo está mi hijo...

– Anda, dilo, que te conozco– le corta Eider.

– Bueno, vale. Venía para ayudarte a elegir la ropa para esta noche...

[4/11 (bis)]

No sabe ni cómo, pero el chico acaba metido en unos pantalones de cuero un poco apretados para su gusto, y encima negros, que lo odia y una especie de jersey verde oscuro que pica un montón.

Bueno, sí que lo sabe. Que su madre es una lianta, vaya.

Se peina un poco y termina de arreglarse para bajar a cenar. Su madre le mira y pone una cara rara.

– No te pega mucho el estilo malote, cariño...

– ¿Qué estilo malote? ¿Tienes algo contra mis gustos de moda? Pero si va genial– le corta Paula.

Eider se encoge de hombros sin decir nada. Lo mismo si ven que va un poco de malote, nadie le dice nada. A lo mejor está bien y todo.

– Pues esos pantalones– sigue su madre– Los pantalones de cuero son así como de motor, ¿no? un poco como de los (de cuando sean). Por cierto, ¿de dónde los has sacado?

– Pues de mi armario, de dónde va a ser– Eider se atraganta con la tortilla sin querer, pero no le hacen caso– Cariño, la moda es cíclica. Además, no va de malote. Es un estilo más de su edad, desenfadado...

– Sí bueno, lo que tú digas ¿Eider, nene, a dónde hay que llevarte? Que son casi las diez y lo mismo está lejos.

Eider le enseña la dirección en el móvil, y su madre la apunta en el suyo. Recogen la mesa y limpian la cocina entre los tres, y Marta se va a por el coche. Mientras el chico se está calzando las botas en el rellano, Paula lo sorprende.

– ¿Llevas dinero, nene? – le pregunta con una sonrisa que no significa nada bueno.

– Sí Ama. Pero voy a casa de Ana, no creo que lo necesite...

– Toma anda– le corta, poniéndole en la mano unos billetes.

Eider los mira y se pone rojo. Muy rojo.

– ¡Ama!

Paula se empieza a reír.

– Pero no seas tan tímido. Siempre hay que llevar alguno en la cartera, que nunca se sabe. Aunque a lo mejor esta noche no lo necesitas...

«Joder», piensa el chico, mientras lo guarda todo en la cartera «lo que me faltaba».

Marta los espera fuera, en el coche. Cuando montan le pregunta a Eider que si se ha tomado las pastillas. Él miente. La verdad es que no se ha preocupado de mirar cómo reaccionan con el alcohol, pero de siempre, mejor no mezclar.

Claro, que si le dice eso a Marta, lo mismo las tiene. Con *ese* tema es especialmente sensible.

El viaje no es muy largo, pero él está nervioso. No sabe lo que esperar. El *regalo* de su madre tampoco ayuda mucho ¿Y si pasa algo? ¿Está preparado? ¿Eso duele?

En el fondo espera que no pase nada. Está seguro de que no se atrevería a desnudarse con alguien mirando. Excepto que, con la luz apagada... «Calla», piensa.

Mira por la ventanilla mientras suena música de esa que le gusta a sus madres, pop de antes de que naciese y algo de rock. La más *rockera* es Paula, pero Marta no se queda corta.

Entonces suena *su* canción. Eider está harto de oírla, pero en el fondo la aprecia. Es la canción del concierto en el que se conocieron, la que siempre cantan juntas, a grito pelado. Esta vez, pasa un poco de miedo, porque su madre se vuelve loca y casi suelta el volante. Después se ríen. Están locas. Él sonríe.

Con la música a todo trapo, llegan a una casa no muy grande, pero que tiene un jardín espacioso y aparcan.

Se despiden de él con un beso y un abrazo, respectivamente, y se vuelven a montar en el coche.

– Vengo a por ti como a las tres, ¿vale cariño?– dice Marta.

– Bueno, bueno, que lo mismo se queda. Déjale que llame con lo que sea. Venga nene, pásatelo bien– dice Paula guiñándole un ojo mientras ambos, Marta y Eider, ponen los ojos en blanco.

Y ya está. Está solo. En una fiesta.

Venga. Valor.

Eider se acerca a la puerta de la casa, que tiene un porchecito, y llama al timbre. La verdad es que no se oye mucho jaleo...

Ana abre la puerta. No va especialmente arreglada, sino como en un día normal. Unos vaqueros azules rotos, una camiseta de tirantes negra y poco más. Bueno, lleva los labios pintados y algo de maquillaje.

Detrás suyo ve a gente de su clase y a dos o tres que no conoce. Se esperaba otra cosa, y de pronto, se tranquiliza. Nadie va súper arreglado ni parece que estén desfasando mucho. Ve algún cigarro, y hay dos botellas de alcohol en la mesa, pero la gente parece más centrada en hablar tranquila que en la música.

– Joder– se le escapa a Ana.

– Hola– saluda Eider– Buenas noches.

– Ah, sí, sí, bienvenido tío, ¿qué tal?– contesta, ensimismada, ella– Pasa, pasa.

Él entra en la casa. Huele bien. A sitio acogedor y calentito. Ana lo guía hasta el salón, donde están todos. Le presenta a la gente que no conoce y todos parecen majos. Lo está flipando.

Le sirven una copa, no se entera muy bien de qué. Le pega un trago, descuidado, y casi lo escupe. Todos se empiezan a reír. No le molesta, él también se ríe. Ha sido un poco ridículo, la verdad. Se sienta con los demás, frente a la chimenea. Le han dicho que habían buscado nubes pero que no las han encontrado, así que se han puesto a intentar asar gusanitos con unos resultados nefastos. Le entra un ataque de risa.

Se lo está pasando muy bien. Es casi como si fuese un sueño. Es verdad que hay cosas que le faltan, pero si todo va a ser así, no pasa nada. No ha sido tan malo mudarse.

Está en su salsa. Nunca, excepto con sus amigos de Bilbao, había hecho esto ¿Cómo puedo estar hablando tanto si los acabo de conocer? ¿Cómo es que no me dan miedo?

Le cae bien a todos. Especialmente a las chicas, que miran a Ana y le sonrían sin sutilmente. Los chicos también se dan cuenta.

Son casi las dos. Eider se ha bebido solo dos copas, pero está muy achispado. Ha perdido toda la vergüenza que tenía. Algunos ya se han ido, solo quedan Ana, él, tres chicas y otros dos chicos. Las chicas están hablando de algo entre ellas, y los chicos están mirando el móvil. Ana y Eider llevan un rato mezclando cosas raras en los vasos y tirándolos al fuego a ver que pasa, como si fueran niños pequeños. Están muy rojos, la lumbre les quema las mejillas.

En ese momento, Eider tiene una idea genial.

- Vamos a bailar- dice, como si le fuese la vida en ello.
- ¿Ahora?- contesta Ana, sin muchas ganas.
- Sí sí. Pon algo guay, y hacemos un concurso a ver quién baila mejor de todos.

Se levanta, decidido, y empieza a dar palmas para que le escuchen.

- ¡Chavales! Vamos a hacer un concurso de baile- anuncia entusiasmado- Cogemos la primera canción que le salga a Ana en el *spoty* y quien mejor se invente un baile gana.
- ¿Qué gana?- dice uno de los chicos.

Eider se queda pensando un momento.

- Los demás hacemos lo que diga- se le adelanta Ana.
- ¿Lo que sea? - pregunta una chica- No me convence...
- Bueno, quien gane puede decirle a alguien que haga un reto. Pero que no sea muy bestia- le corta Eider, sin vocalizar muy bien.

Ana sonríe con picardía.

- Venga. Empezamos

[5/11]

Los chicos deciden bailar primero. Es una canción de reguetón estándar, nada del otro mundo. A Eider no le entusiasma. Ellos no lo hacen muy bien, pero se lo pasan bien. Se echan unas risas, y después dejan los móviles. «Se han picado» piensa el chico, sonriendo «pero voy a ganar».

Después van las chicas. Han querido hacerlo juntas y después de discutir, un poco borrachos, sobre si las reglas contemplaban esa posibilidad, las han dejado. Les sale *No woman no cry*, y hacen un baile extraño pero divertido. Todos acaban aplaudiendo entre carcajadas mientras, borrachas, intentan imitar a un fumeta.

Le toda a Ana. Le mira, como retándole, de una forma que el chico no sabe interpretar muy bien, con esa media sonrisa suya, irónica y con una segunda intención que no acaba de captar.

Se quita los zapatos y pone los pies pequeños sobre la alfombra del salón. Eider sonríe. A él le encanta bailar así, sintiendo con las huellas el suelo, frío, duro, implacable.

Jamás ha escuchado la canción que empieza a sonar, pero le gusta. Muy suave, una guitarra acústica y una voz cascada, casi rota, raspando las letras. Los acordes son menores pero no es una canción triste de por sí. Es nostálgica, habla de la juventud y de los juegos de niños y de los sitios abandonados que exploraba siendo adolescente.

Es obvio que Ana lo ha amañado y no ha sido suerte, pero Eider es demasiado denso o ha bebido demasiado para darse cuenta. Baila mirándolo solo a él, casi rozándolo, aunque no es una canción para bailar. Es para cantar, y ella está cantándola.

Y es genial. Todos están embobados mirándola. Sobre todo, la escuchan.

La aplauden como si hubiese dado un concierto. Ha ganado.

Mira a Eider con una sonrisa vacilona, retándole.

– ¿Te atreves a intentarlo? ¿O quieres que te diga ya lo que tienes que hacer?

Él sonríe, sin entender nada. No lo habría entendido ni sobrio. No le cabe en la cabeza que le pueda gustar a alguien. Y menos en tan poco tiempo.

– Me atrevo.

Se descalza de las botas, y los pies blancos tocan el suelo frío de baldosas de terracota. Los mira a todos, como si fuesen el palco de honor de un teatro abarrotado, y los saluda.

Empieza a sonar la música, pero le da igual. Solo se fija en el ritmo durante un momento, y se ajusta a un tempo rápido, casi acalorado, que no llega a ser frenético. Genial.

Empieza a moverse rápido, saltando de baldosa a baldosa, y se abre de piernas completamente sobre dos manos. Y empieza a girar. Y salta, y cae de pie, y levanta una pierna casi hasta tocar la lámpara que cuelga del techo, y da una voltereta en el aire. La canción ha acabado, pero el sigue, casi volando sobre la alfombra de lana basta como si fuesen las tablas del teatro más prestigioso del mundo. Sin parar, vertiginoso, sin darse cuenta de que el sudor le resbala por las sienes, ni de las miradas estupefactas de sus nuevos amigos. A Ana se le salen los ojos de las órbitas, se muerde las uñas, nerviosa. Es emocionante.

Y de repente, para en seco.

Y termina.

Todos se quedan callados, sin saber bien lo que acaban de ver.

– Joder, has ganado– susurra Ana muy flojito, sin querer romper el momento.

– Bueno, elijo yo el reto, ¿no?– dice con la voz entrecortada. Todos asienten.

Eider piensa. No se le ocurre nada. No entiende las miradas de Ana, más tímidas que antes. No entiende las miradas de los chicos.

– Vale, lo tengo. Te toca hacer el reto de la canela– señala a la chica.

Ella se queda un poco descolocada, pero sonríe. Casi se cae al suelo atragantada mientras se ríe. Al final, todos acaban haciéndolo, hasta Eider. Son las tres.

Suena el teléfono. Es su madre. Está en la puerta.

Ana lo acompaña, un poco desanimada. Paula sale del coche y la ve, junto a la puerta, abrazando a su hijo para despedirse, que se lo devuelve, achispado. Sonríe. Algo ha hecho el chico, y para bien. Le da un abrazo.

– ¿Estás seguro de que no te quieres quedar?

– ¿Cómo sabes que me ha dicho que si me quiero quedar?

– Quién sabe... Instinto de madre– sonríe ella– Bueno, ¿qué?

– No sé...

– Quédate anda

– Pero... ¿y tú?

– Yo me voy. Ya te cubro con Mami...

Eider está cansado. No es capaz de pensar muy bien, pero tiene sueño. No sabe si se atreve a quedarse en casa de Ana ¿Y si rompe algo? ¿Y si tiene que ir al baño? ¿Y si vomita por el alcohol y se tiene que estar cuidándole?

Su madre lo nota. Es mejor no presionarle.

– Mejor me voy. Además, ya me he despedido...

– Vale cariño, no te preocupes. Seguro que te invita otro día más tranquilo– A veces a Paula le parece que su hijo es más pequeño de lo que parece. Marta tiene razón. Es mejor que vaya despacio.

Montan en el coche, y Eider se duerme casi al instante. Huele a alcohol, pero no mucho. No ha fumado. Se alegra de que su hijo por fin consiga sobreponerse un poco a sus miedos y conozca gente nueva. Ojalá no le pase nada. Ojalá tenga que venir a buscarle a casa de esta chica muchas más veces.

No le despierta cuando llegan. Es un poco tonto, pero le hace ilusión llevarle a la cama y arroparle, como cuando era pequeño y tenía miedo. Sube la persiana hasta el tope, y deja que le bañe la luz naranja de las farolas.

Es precioso. Nadie así tendría que haber sufrido tanto por haber querido perseguir un sueño, por haber querido ser él mismo.

Siempre, siempre, siempre estará orgullosa de su hijo.

Le deja tranquilo en la penumbra, mientras se abraza por instinto a la almohada, susurrando en sueños, meciéndose en el dulce vaivén de las sábanas.

Se despierta un poco mareado. Es muy tarde, más de mediodía. Y recuerda la noche anterior. Sonrojado, se avergüenza de algunas cosas, pero está contento. Se pone unas pantuflas y baja a la cocina. Bebe un vaso de agua. La cabeza le da vueltas.

[5/11 (bis)]

– Cariño, ¿puedes sentarte?

Eider se gira, sobresaltado. Marta ha entrado en la cocina y le mira, con cara de preocupación. Coge una silla y se sienta a su lado.

– Eider, sé sincero ¿Anoche te tomaste las pastillas?

– Sí– dice un poco nervioso. Su madre le mira un poco más enfadada– No. Vale, no me las tomé. Mamá, no pasa nada.

Marta le mira un poco intranquila.

– Nene, sabes que las necesitas. Todavía no has terminado el tratamiento, y hay que llevar una regularidad...

– Mamá, lo sé. Tranquila. Ha sido solo un día, era por el alcohol. No sabía si tenían efectos secundarios.

– [Marta efectos hormonas alcohol]

– Mami, podemos dejar el tema por favor– dice el chico un poco nervioso– Por favor. Por favor– casi susurra.

Está muy nervioso. No le gusta tocar el tema de la medicación. Le provoca ansiedad, una ansiedad obsesiva. No puede respirar bien, no puede pensar, no puede...

– Eider...

– Por favor, para. Me las tomo. Da igual. No puedo. No puedo...

Lo repite en bucle, como un mantra. Obsesivamente. Su madre lo agarra, le abraza, le mece en sus brazos como si fuese un niño pequeño. Siente rabia. Sabe que la culpa de la ansiedad de su hijo no es por las pastillas. No es por eso.

Las pastillas son el objeto en el que se descargan sus miedos, el avatar de todas sus inseguridades y sus traumas.

Ojalá el mundo fuera otro, ojalá no le hubiesen hecho tanto daño.

¿Qué había hecho un niño tan pequeño para merecer tanto dolor? ¿Qué tenía de malo bailar? ¿Qué tenía de malo ser risueño, ser sensible, ser alegre?

¿Qué más daba?

Le había costado convencer a Paula, pero al fin se habían marchado de allí. Siempre había querido que Eider empezase de cero. Que le vieses como él quisiese. Que nadie le conociese.

Que se enamorase, que fuese joven sin preocuparse de salir de casa, que hiciese amigos nuevos y no se conformase solo con tener dos. Lo único bueno que había encontrado el niño en Bilbao. Dos amigos excepcionales, siempre ahí para todo. Para reírse y para comerse los golpes que le querían dar a su hijo.

Eider ya se ha tranquilizado. Los regueros de lágrimas todavía se le marcan, húmedos en las mejillas. Marta le da un beso, y el chico se marcha.

Todo va a ir bien.

[6/11]

Es lunes. Eider está cansado, demasiadas emociones durante el fin de semana. No le apetece mucho ir a clase.

Se levanta sin ganas y se ducha sin prestar atención. Se bebe un vaso de agua fría, mete un bocadillo en la mochila y se marcha.

No le apetece coger el metro pero no le queda otra, no quiere tener que hacerse un hueco entre la gente sin casi poder respirar.

Llega pronto a clase y se sienta al lado de la ventana, observando el cielo de Madrid, cubierto por una nube negra y fina que amortigua la luz del sol naciente.

Durante el resto del día no hace mucho. Está verdaderamente cansado. Se come el bocadillo con Ana y sus amigos. Se va habituando a las conversaciones triviales y a socializar de nuevo. Se va adaptando a la rutina.

Aunque cansado y desganado, está feliz. Prefiere una vida monótona, sin nada que contar, que un infierno de temores en el que tiene que estar siempre alerta por si le esperan a la vuelta de la esquina para pegarle. Prefiere no vivir muchas emociones fuertes, no ser el más popular, aburrirse incluso, a acabar con moretones y con el orgullo y el alma heridos.

Además, tiene el baile. Ya falta poco para octubre, y se va a emplear a fondo. Va a practicar cada día, cada momento que pueda, cada instante.

Nadie le va a parar, nadie va a impedir su sueño. Va a entrar en la Compañía Nacional de Danza, y va a bailar, porque es su destino.

El pensamiento le poene nervioso. Pero esta vez es un nerviosismo que le gusta. Anticipación. Tiene unas ganas locas de empezar, de darlo todo, de conseguirlo. Está contento mientras vuelve a casa, fantaseando y pensando en qué tendrá que bailar, por dónde irá de gira. En los teatros abarrotados y los auditorios, en el público y las luces, en pisar descalzo las tablas del escenario. En las mariposas en el estómago antes de salir a bailar, en la adrenalina, en las fiestas de artistas, en estar con su gente.

Es viernes. Ha vuelto a quedar con Ana.

Han quedado los dos solos, ha insitado en ello. Están dando una vuelta por el centro, paseando por las calles del Madrid de los Austrias, lleno de turistas y de gente. Eider está un poco agobiado. No le gusta estar rodeado de tanta gente, se siente vulnerable, como si le pudiesen hacer cualquier cosa y nadie se fuese a parar a ayudarle. Ana está disfrutando. Va haciendo bromas y hablando de cotilleos del instituto de los que el chico no está al corriente. En el fondo se siente mal, porque no le está haciendo mucho caso. Aunque en cierto sentido, agradece la conversación, porque se siente seguro, acompañado.

No han hablado de nada personal todavía. Nunca. Jamás le ha preguntado sobre de dónde viene, cómo era su vida, que hacía en Bilbao y esas cosas que le preguntarías a alguien que acaba de llegar a tu clase y estás copnociendo. Eso también se lo agradec. Está seguro de que, a su debido tiempo, se lo acabará contando todo.

Está empezando a confiar en ella. No sabe por qué, pero cuando está con ella se siente relajado, sin tener que estar alerta, sin miedo. Quizá es porque es lo opuesto a él: asertiva, locuaz, extrovertida y sin pelos en la lengua, sin un ápice de timidez ni vergüenza.

Se hace de noche. Se sientan en una cafetería a tomar algo. Eider esstá deseando un chocolate calentito, y ella pide una jarra de cerveza. Se ríe de él, y él le contesta que es una borracha. Lo toman casi en silencio, relajados, disfrutando. A Eider le ayuda para calmar su ansiedad.

Cada uno piensa en sus problemas. Él en el fin de semana, en los trabajos de clase y en cortarse las uñas. Ella en él.

Ana ya se ha dado cuenta de que el chico no la ve con los mismos ojos que ella a él. Sonríe, un poco triste, pero sin darle mayor importancia. Parece que está en su mundo y no acaba de entender lo que pasa a su alrededor. O quizá sí, pero ya tiene a alguien. Quién sabe. Aún así, quizá todavía espere un poco, pero está segura de que va a hablar con él.

Vuelven en el tren, haciendo bromas y mirando el móvil. Ya es noche cerrada, y empieza a hacer frío. Cuando bajan, van andando hasta casa de Eider. Él le pregunta que si quiere que su madre le lleve a casa, pero ella contesta que no.

– Bueno, adiós– se despide el chico– hasta el lunes...

– Mañana no puedo, que tengo deberes– le corta ella– pero, ¿te apetece dar un paseo el domingo? Puede ser por aquí, nada del otro mundo. Ya me dices.

Ana sonríe. Avanza los dos pasos que los separan con decisión, le agarra el cuello para bajarle a su altura y le da un beso en la mejilla.

– Buenas noches– susurra la chica.

Y se da la vuelta, hacia su casa, mientras Eider entra en la suya sin saber muy bien qué pensar.

– A esa chica le gustas, nene– dice Paula– Trátala bien.

– ¿Ya le gustas a una chica? Jo, hijo, te adaptas rápido– le vacila Marta, uniéndose a la conversación.

Eider está confuso ¿Qué hace? ¿Y si es verdad que le gusta? ¿Cómo hace para no herirla? ¿Y si le odia? ¿Y si se ríe?

– ¿Y qué hago si no me gusta? ¿Cómo la trato bien?

– ¿Por qué no te gusta?

– Ay ama, no sé. No es *mi tipo*. Creo.

– Si no te gusta, pues se sincero, pero no la trates mal. Sé educado y respeta lo que sienta. No la humilles, no te rías... Ese tipo de cosas.

– Pero tenlo claro.

– Sí, eso, tenlo claro. No vaya a ser que al final sí que te guste y marees a la muchacha.

Eider lo tiene claro. Como el agua. Cristalino.

Esa noche duerme un poco incómodo. Se siente mal por ella. Aunque también está orgulloso de sí mismo. O no. Seguramente no le guste y sean sus madres inventandoselo, que son unas pelicleras. Sí. Es solo su amiga. Cómo le va a encontrar atractivo una chica tan abierta como Ana, a él, tan tímido y tan debilucho. Imposible.

[7/11]

Está nervioso mientras camina. No sabe qué decir. No sabe cómo decirlo. No sabe qué esperar.

Ahí está Ana, sonriendo, como siempre, con picardía. Eider se siente mal.

– Hola– saluda el chico, con voz vacilante, incómodo.

– Buenos días- le contesta ella.

Se hace el silencio mientras empiezan a pasear. Eider la mira de reojo. Sigue sonriendo, alegre. No se preocupa del rumbo, deja que ella le lleve a donde quiera. Poco a poco se tranquiliza. No va a pasar nada.

Entran en un parque, todavía callados. Los árboles brillan a la luz de la tarde, heridas las gotas de la lluvia matutina. El césped crece, sano y verde, sobre la tierra. Huele a mojado.

Ana le lleva hasta un árbol enorme, centenario, y se sienta sobre una raíz que sobresale. Él se queda a su lado, recostado contra el tronco. Ella le mira, sin esconder nada. La ternura se mezcla con el deseo en sus ojos de chocolate, claro y meridiano. Se mueve más cerca, y apoya la cabeza en su torso. Él se deja hacer. Ella respira hondo. Es valiente, pero está nerviosa.

– Eider... Eider– susurra, dándose la vuelta y mirándole a los ojos, esos ojos de color miel profundos con los que ha soñado– Eider, me gustas. Me gustas mucho.

Él no dice nada. No sabe qué responder. Se siente mal por ella. Ojalá le gustase. Todo sería genial.

–Yo...

Ella se yergue suavemente, y le acaricia la cara con dulzura. Sabe que se va a arrepentir. Y lo ve en sus ojos. Él no quiere. Vacila un momento, pero sigue. Lo necesita. Al menos esto.

Sus labios rozan suavemente la punta de la nariz del chico. No es capaz de besarle en los labios aunque lo está deseando. No quiere obligarle. No puede.

– Sé que yo a ti no...

– Lo siento, Ana...

– No te preocupes. No pasa nada. No pasa nada.

– Ana, gracias por ser mi amiga. Me siento muy mal. No quiero hacerte daño, de verdad... Lo siento.

Ana le abraza. Él también la abraza.

– Por que lloras, Eider– pregunta la chica sonriendo– Me has dado calabazas tú a mí.

– Porque pensaba que me ibas a odiar.

Ana lo entiende ya. O cree que lo entiende. Y le abraza más fuerte. Y se promete que va a estar a su lado hasta que lo necesite.

Se quedan un rato así, junto al árbol. Eider se calma poco a poco, y la aprecia todavía más. Se separan, y Ana le seca las lágrimas con suavidad.

– No te puedo gustar, ¿verdad?

Eider asiente. Está todo dicho. Y se decide. Tiene que confiar en ella. Tiene que ser valiente. Ella se ha atrevido aunque sabía que no era recíproco. Tiene que contárselo. Tiene que ser ahora.

– Ven. Te quiero enseñar una cosa– le dice el chico.

Ella le mira con curiosidad, pero no le pregunta. Él se arma de valor mientras caminan de vuelta a su casa. Está hecho un manojo de nervios. Ana le agarra, vacilante, la mano. Él la acepta, agradecido.

La invita a pasar. Ella lo sigue sin decir nada. Se sienta junto a él en la cama de la habitación. El sol de la tarde ilumina con luz dorada las paredes y las sábanas. Las motas de polvo revolotean en el vacío, centelleantes como pavesas de un fuego lejano.

Eider coge una foto del corcho, y se la enseña. En ella, Ana ve a una niña pequeña, de unos diez u once años jugando en la playa con dos mujeres jóvenes.

– ¿Quiénes son?– pregunta la chica.

– Esas son Paula y Marta– dice el chico, señalando a las mayores– mis madres.

Respira hondo, enfrentándose en un instante a todos sus miedos y a su pasado. Intenta tranquilizarse. Ana le espera, mirándolo con ternura, dulce, tranquila.

– Esa... Ese– se corrige él– Ese... soy yo.

Las lágrimas le caen por las mejillas, pero no lo nota. Ya está. El alivio lo llena, la adrenalina, la euforia. Se siente bien. Se siente sincero. Eider mira al niño de la foto con cariño, y la coloca en su sitio. Levanta la mirada, y siente la mano de Ana sobre la suya. Sus ojos están llenos de cariño, de apoyo, de amistad, y de ternura. Y nota que ella le sigue encontrando atractivo, por alguna razón que sigue sin comprender.

Ella le abraza, y le deja llorar en su hombro. No pasa nada. No le importa. Ha decidido que va a apoyarle, incondicionalmente. Da igual todo, da igual que jamás le vaya a gustar, da igual que jamás vaya a besarle. No puede dejarle solo. Sabe que no va a dejarle solo. Sabe que no es algo efímero. Sabe que no es cualquiera.

Maldice su suerte, pero a la vez se alegra. Quizá, en otras circunstancias, este chico se habría enamorado perdidamente de ella. Pero esta vez la necesita. Se siente halagada mientras las lágrimas de Eider se enganchan en su pelo. Quizá para él significa más que cualquier beso, que cualquier caricia. Quizá es más importante tener un ancla, alguien en quien confiar, que una novia.

Se va haciendo tarde y la luz se vuelve gris y azul en la lejanía, dejando paso a las farolas. Eider se separa de ella sin decir nada. Le da un beso en la mejilla.

Ambos bajan a despedirse. Paula ha llegado a casa. Y nota el surco que han dejado las lágrimas sobre el rostro de su hijo. Él ya no tiene fuerzas casi para hablar, ha sido una tarde intensa.

– Hola, soy Paula– le tiende la mano a la chica– Debes de ser Ana... Hablamos hace unas semanas.

Ana sonríe y le estrecha la mano. Eider y ella se despiden con un abrazo, y se marcha. Sin dudarle, Paula envuelve a su hijo en una manta y le acaricia. Él se deja caer en el sofá.

– Ama– musita– Se lo he contado.

Ella le abraza.

– Esa chica te quiere. Apréciala. Se lo merece.

Eider está triste por ella. No entiende por qué ha sido buena con él. La ha rechazado, y encima, le ha contado sus problemas. Es una carga para todos.

Quizá debería intentarlo. A lo mejor se lo debe, ¿no?

Pero no quiere mentir. Es peor. Se odia. No puede hacer nada bien, ni siquiera corresponder a la gente que le quiere. Ha atraído a una chica normal a una espiral de problemas que no le incumbe y que no tiene por qué ayudarle a sobrellevar.

Odia este mundo ¿Por qué es tan cruel? ¿Por qué no pudo ser todo diferente? ¿Qué le ve Ana?

No puede consigo mismo. Necesita dormir, necesita dormir y no despertarse. Es una carga, un peso muerto, un inútil.

Su madre observa como cae en una espiral dentro de sí mismo y se asusta. Lo intenta acunar, lo intenta mecer en sus brazos. Susurra su nombre, le acaricia, pero él sigue llorando, solo, fuera de su alcance, solo en la oscuridad.

A ella solo le sale odiar. Con todas sus fuerzas. Siente rabia e impotencia porque su niño, seis años después, siga teniendo que lidiar con esos fantasmas del pasado. Se le han metido en la cabeza y no van a salir ¿Cómo se puede ser tan cruel? ¿Cómo es posible insistir, machacar tanto a alguien como para que acabe creyendo firmemente que es un despojo, un deshecho, un ser incompleto e inservible? ¿Cómo se puede doblegar tanto a alguien para que llegue a seguir pensando siete años después que es totalmente imposible que alguien le quiera, que es horroroso, débil y nadie debería preocuparse por él ni mirarle dos veces?

Sabe que odia mirarse al espejo. Que odia lo que ve. Que piensa que todo el mundo ve una chica. Que le ven débil, que es aburrido e insufrible.

Mataría con tal de que se diese cuenta de todo. Ojalá esa chica le haga verse como lo que es. Un chico dulce y cariñoso, bueno, leal, tierno. Bello. Sensible. Valiente. Superviviente.

Ojalá le defienda si vuelven esos demonios odiosos. Ojalá le apoye. Ojalá no le deje.

[7/11]

Eider lleva varios días apagado, sin ánimo, sin confianza. Desde que habló con Ana ha aumentado su inseguridad y su malestar por no sentir lo mismo que ella. No quiere hablar con nadie.

En el recreo, varios chicos le buscan. Se ha corrido la voz de que pasó la mayor parte del fin de semana a solas con ella. Hacen bromas soeces y le alaban como a un héroe. «¿Te la tiraste?», «¿Qué hicisteis?», «Y parecías tonto». Se supone que eran amigos de la chica. Algunos estuvieron en la fiesta. A Eider le repugnan. Intenta largarse, pero le siguen molestando.

– No hicimos nada. Es mi amiga.

Ellos se ríen, no le creen. Siguen de coña, y el chico se empieza a enfadar.

– Vamos, hombre, no digas tonterías. Los tíos no pueden ser amigos de las tías– dice uno de ellos, uno de los que estaba el otro día en casa de Ana.

– Ah, ¿sí? ¿Y qué hacías tú el otro día en su casa?

Se ríe.

– Pues, ¿tú qué crees? A las fiestas se va a pillar cacho, no a hacer amigos... Si tú también pillaste bien.

– Qué iba a pillar yo– le contesta Eider molesto– Si no conocía a nadie.

– ¿Y qué? Más interesante.

– Mira, dejadme en paz, no he hecho nada con ella ni lo voy a hacer– termina, dándose la vuelta para marchar. El chico le agarra.

– Bueno, entonces tenemos vía libre, ¿no?

– ¿Vía libre de qué? Como si la chavala fuese mía. Pregúntale a ella si te gusta.

El chico se encoge de hombros.

– Oye, ya por curiosidad, ¿te ha rechazado o algo? Es que no entiendo que aun tío no le guste Ana con...

– Mira, cállate ya y déjame en paz. Y no le preguntes porque te va a mandar a tomar por culo. Gilipollas– Eider explota. No soporta a los tíos así de prepotentes. Sonríe. Se siente bien. Hasta que el chaval se le encara.

– ¿Qué dices? Que creo que te he escuchado mal.

– Que no le vas a gustar en tu vida, animal– se envalentona.

– Pero si las tías se pegan por mí.

– Sí, no te jode. Por ver quién se pone más lejos de ti.

– Te van a preferir a ti, *escuchimizao*– dice con sorna.

– Pues a lo mejor. Vamos, que seguro– se ríe. Es divertido picarle. Se siente fuerte.

– Anda, si pareces maricón con el pelo ese y sin barba. A...

La hmereceostia resuena en el pasillo. Los chicos miran a Eider sorprendidos, y el otro se ha callado del bofetón. No ha sido muy fuerte, pero la palma se le ha quedado marcada. Está eufórico. Nadie le va a insultar así nunca más.

– A mucha honra– dice mientras se va.

Mientras se marcha, se desinfla poco a poco. Le entra el miedo ¿Qué ha hecho? Van a ir a por él. Se agobia, le entra la ansiedad y corre hacia fuera, al borde de las lágrimas. Es estúpido. Todo iba bien, por qué no ha pasado de largo. No tenía que haber pegado al chaval.

Se encuentra de frente con Ana. No puede involucrarla, le va a hacer daño. No se merece nada de ello, no tiene culpa. Así que huye. Pero no va a ser fácil escaparse de ella. Le agarra de la manga de la chaqueta. Él tira, pero ella tiene más fuerza. Se sientan en un banco.

– ¿Qué pasa? ¿Por qué estás tan nervioso?

– Nada, no es nada. No te preocupes...

– No mientas. Cuéntamelo ¿Te han hecho algo?

Eider respira hondo, intentando calmarse. No lo consigue.

– He pegado a un chico. A ese del otro día en tu fiesta...

– ¿A Raúl?– le interrumpe

– Sí, a ese. Creo.

– ¿Por qué? ¿Os habéis peleado?

– Estaba preguntando sobre qué habíamos hecho, estaban haciendo bromas... Me estaban molestando mucho. Que si por qué no me gustas, que si estás muy buena, que si si tenía vía libre, que los chicos y las chicas no pueden ser amigos.

– ¿Y por eso le has pegado?

– No. Le he dicho que era gilipollas y que no iba a gustarte nunca. Y él ha empezado a discutir y le he picado. Y me ha llamado ma... ma...

Se traba. No es capaz de repetirlo. Demasiado dolor, demasiados recuerdos horribles. Rabia.

Nota como Ana le abraza. Se calma.

– No hace falta que lo repitas. Se lo merecía ¿Qué le has hecho?

– Nada, le he pegado un bofetón. Ni siquiera ha sido fuerte. No sé, me he metido en un lío, la he cagado. Va a venir a por mí. Soy idiota. No te juntes conmigo, no digas que eres mi amiga. No quiero que te hagan daño, no...

Le pone un dedo en los labios. Ya se ha dado cuenta de que el chico habla demasiado cuando se pone nervioso. Sobre todo cuando tiene que ver con ese tema. Es su válvula de escape.

– No. No voy a dejar de ser tu amiga. Que venga el tonto ese si se atreve.

Hay gente que le mira mal mientras va por los pasillos. Sobre todo chicos. No son muchos, pero él sabe que eso da igual. No sería capaz de defenderse contra nadie.

Tiene miedo, mucho miedo. Incluso más que al principio. Ahora la amenaza es mucho más real y concreta. No ha vuelto a ver al chaval. Mejor. Menos mal que no está en su clase.

Dobla una esquina y se le para el corazón por un instante. Enfrente. Raúl pasa a su lado y le empuja con el hombro.

– Te voy a joder la vida, maricona.

Eider se pone blanco. El miedo le come por dentro. Todo está volviendo. Todo. Corre al baño, las arcadas le remueven el estómago. Consigue no vomitar por el camino. Está aterrorizado.

Cada vez escucha más cuchiceos a sus espaldas. La gente le mira y le señala ¿Qué se habrá inventado?

No puede soportarlo otra vez. No. Por favor.

No es capaz de decir nada en su casa esa tarde. No puede volver a hacer que sus madres pasen otra vez por lo mismo, no es justo. Tiene que valerse por él mismo. Tiene que enfrentarse a Raúl, tiene que acabar el solo con todo. Tiene diecisiete años, no diez. Tiene que arreglarlo.

Por lo menos Ana le apoya. Cuando está con ella nadie se atreve a mirarle. Es su tótem, su ángel de la guardia. Ojalá pudiera enamorarse de ella. La quiere cada día más, con locura. La admira. Es como Link. Valiente, decidida, amable, buena. También tiene que conseguir solucionar todo por ella. Para que no le salpique.

Por ahora nadie le ha hecho nada. Puede vivir con los cuchicheos y con las amenazas. No le importa, está acostumbrado. Pero sabe que no va a poder soportar que le peguen. Que se rían de él en su cara. Que... No, no puede ni pensar en ello.

[8/11]

Casi no ha podido dormir en una semana. Las ojeras se alargan en su cara y la afean.

Es el primer día de octubre, y su primer día de conservatorio. Está emocionado, frenético, y a la vez muerto de miedo.

Durante la mañana no ha pasado nada, pero él está alerta. Cuando sale de clase, se relaja un poco. Coge el metro hacia el centro, a su clase de ballet. No nota que le siguen. Se baja en la parada, y en un recoveco en los túneles cubiertos de azulejos, lo acorralan.

Grita y llora. Entra en shock. Frente a él se planta ese chico, Raúl, con una sonrisa sardónica, mala, en los labios.

– A dónde vas, maricón. Ahora no eres tan valiente– escupe riéndose.

Eider no contesta. No puede. No consigue hablar. Está mudo, muerto de miedo, aterrorizado. La cabeza le da vueltas, y su respiración se torna pesada, anticipando los golpes. Es una tortura.

Y vomita sobre Raúl.

Se pone hecho una furia y no responde. Se ensaña. Le tira de los pelos, le araña. Sus secuaces huyen asustados. De un rodillazo en la entrepierna tira a Eider al suelo. Le da en el hueso tan fuerte que se queda sin aire. El otro no se da cuenta.

Viene gente. Raúl se asusta y huye. Y Eider se queda hecho un ovillo en el suelo, intentando recuperar el aliento, sollozando, gimiendo ¿Por qué otra vez? ¿Acaso no era suficiente?

Al rato, se levanta. Sucio, llorando y tambaleándose llega a su clase. Ya ha empezado. De malas maneras no le dejan pasar. La paliza no ha sido muy fuerte, pero esto lo acaba destrozando. No puede más.

Se encierra en su cuarto corriendo. No hay nadie en casa. Nadie le escucha llorar, nadie le escucha maldecir, nadie le abraza. Nadie le acaricia mientras las lágrimas se secan.

No puede contárselo a nadie. Será peor. No quiere preocupar a sus madres. No quiere que Ana se meta en peleas. Se lo merece, en el fondo. Tenía que haberse quedado solo. Sin llamar la atención. Ser invisible es la única manera, la única forma de que te dejen en paz.

Ojalá no existir. Ojalá.

Sus días se han vuelto anodinos. No hace nada que destaque. No habla. No se deja ver más que en clase. Da un rodeo enorme, asegurándose de que no le sigan para ir al conservatorio. No le da tiempo casi a comer.

Las ojeras son permanentes, casi negras, y largas como regueros de lágrimas. Ana no consigue sacarle nada. Sus madres tampoco. Se ha cerrado en banda y no quiere hablar. Vuelve a ser un niño indefenso, asustado, aterrorizado. Por suerte, los ataques han cesado. Raúl no ha vuelto a molestarle. Ya ha conseguido lo que quiere.

Oye la puerta abrirse. Es Ana. Marta la ha dejado pasar. No solo eso. La ha llamado, desesperada.

Eider la mira, como muerto. Sus ojos vidriosos han perdido la luz y el brillo de la alegría risueña que tanto le gustaba a la chica. Siente odio, un odio candente, visceral. Se asusta de sí misma ¿En qué momento se ha convertido ese chico en alguien tan importante en su vida? No lo sabe y no le hace falta. Siempre ha sido más de sentir y dejarse llevar que de reflexionar. No puede tolerar que hagan daño a alguien tan puro. Se le rompe el corazón al verlo, anulado, totalmente impotente, drenado de su ser.

Actúa por impulso. Se acerca mucho a él. Nariz con nariz. Sus ojos marrones se sumergen en la miel dorada de los suyos. Le acaricia suavemente el cuello. Sabe que se está pasando, pero no puede parar. No quiere.

– Te quiero– le dice, conteniéndose como puede– Te adoro. No sé por qué. No sé cómo. Pero no voy a dejar que te toquen un pelo. No voy a dejar que te borren la sonrisa. No voy a dejar que tengas miedo de ellos. Me da igual todo.

Las lágrimas le corren por las mejillas. Ella no es capaz, por segunda vez, de besarle. Quizá eso lo arreglase todo, piensa. Quizá es cuestión de tiempo.

– Ana... Vete– susurra– Vete. No quiero hacerte daño. No quiero que pases por esto.

No se va a ir. No. Nunca. Jamás.

Nada mejora, pero tampoco empeora. Eider empieza a dormir mejor, pero sus miedos no cesan. Casi no queda con Ana, y se entrega por completo al baile. Pasa horas incontables bailando o estudiando las coreografías de grandes maestros, o corriendo y entrenándose. Parece más sano, y sus madres empiezan a tranquilizarse. Aunque en el interior cada vez es peor. Se ve peor en el espejo. Muy femenino. Casi no es capaz de verse desnudo. Cada vez se presiona más y más, aunque duela. Oculta pequeñas lesiones: un dedo torcido, un tirón, una caída. Más, más, más. Le da igual el dolor, mientras sea él quien se lo inflige. Piensa que le hará más fuerte. No sabe lo equivocado que está.

Se obsesiona. Si habla, no habla de otra cosa. Come lo justo como para no desmayarse. Deja de tomar las pastillas a escondidas. No sabe por qué. No tiene la fuerza suficientes como para recordar. No es capaz de sobreponerse al terror que le producen. Y cada vez es peor.

Está en los vestuarios. Lo odia. Odia ver como los chicos de su clase se cambian, tan tranquilos. Como se aceptan. Sin problemas. Sin preocupaciones.

Se siente mal. Le duele la barriga, horrores. Tiene ganas de vomitar. Lleva todo el día así, pero no se va a ir a casa. No puede destacar.

Se levanta para cambiarse pero se marea. Casi se cae. Un chico le agarra, y acto seguido le suelta.

– ¡Ostia!– dice mirándole asustado.

Eider mira hacia abajo. Sangre. No muchísima, pero la suficiente como para gotear del pantalón.

Se cae. Es demasiado como para soportarlo. Ni siquiera se puede ver desnudo. Ahora, con poco que piensen, se darán cuenta. Él se va a enterar. Está perdido.

Huye. Llorando desconsolado, huye, corriendo, sin mirar, sin rumbo, sin importarle. Quiere largarse. No puede más.

Ella lo ve, y corre detrás de él. Le da igual la clase y el profesor gritándole. Le da igual todo.

Le abraza, intenta calmarle. Le acaricia. Le acuna.

Es incapaz. No entiende lo que pasa.

Se sientan en un banco.

– Ana...Ana– dice entre sollozos– Ana... Me ha bajado.

Ella le abraza aún más fuerte.

Le lleva al baño y le ayuda a cambiarse. Le presta una compresa. El chico está llorando, no puede parar. Ella es incapaz de procesar todo. Actúa automáticamente, sin fijarse. Si se parase a pensar no podría hacer nada.

Le lleva a casa, hecho un manojo de nervios y lágrimas. Marta está en casa. Eider se queda en el sofá, casi hiperventilando. Le está dando un ataque de ansiedad. Su madre está muy asustada, muy nerviosa. Ana se la lleva un momento aparte.

– Le ha bajado la regla– dice, incómoda– No sé cómo. Tenía educación física...

Las dos se imaginan lo peor.

– ¿Cómo le ha bajado? Se supone que no...

Marta entra en el baño, hecha una furia y con un miedo atroz, a partes iguales. Revuelve los cajones, frenética. Y encuentra las pastillas. Una caja casi llena. Desde casi hace un mes.

Marta se derrumba ¿Por qué está pasando esto? ¿Por qué las ha dejado? ¿Por qué no ha dicho nada? ¿Por qué se empeña en no pedir ayuda?

Ana la intenta ayudar, pero Marta colapsa. Le grita. Le dice que es su culpa, que no se acerque a su hijo. Que no le meta ideas en la cabeza. Ana se asusta. Marta está fuera de sí. Una parte de ella sabe que no tiene razón, pero necesita desahogarse. La echa de malas maneras, después de que haya traído a su hijo. Ana se siente rabiosa. Las lágrimas se le saltan mientras aporrea la puerta. Tiene miedo por Eider ¿Por qué?

Le odia. Odia a Raúl. Maldito sea. Todo es su culpa.

Se va a asegurar de que no le vuelva a poner un dedo encima a Eider en su vida. Tiembla de rabia. Se ha roto.

Se ha encerrado en su habitación. No quiere ver a nadie. Lleva dos días así. Han llamado del instituto. Tiene que volver.

Le sacan casi a rastras, pero sus madres están igual. Rotas, dolidas, hechas un lío y un manojo de nervios ¿Qué van a hacer ahora?

Eider se ha vuelto a tomar las pastillas, pero tiene que empezar otra vez de cero. Se odia.

En el instituto le miran raro. Todo el mundo. Ya ha dejado de pasar desapercibido. Pero nadie le habla, nadie se ríe, nadie cuchichea. Parece que les da lástima.

Ana le rehúye. Está nerviosa. No sabe si acercarse. Es mejor que no, que no acabe involucrado. Le podrían hacer daño.

Lo único que le salva en la oscuridad gris y pálida de octubre es el ballet. Allí nadie sabe nada. Ha dicho que cogió una gripe, y nadie le ha preguntado más. No se ha hecho amigo de nadie todavía, pero nadie se preocupa en exceso por él. Le dejan disfrutar a su aire.

En casa le siguen mimando, pero están tensas, alerta. No se fían tanto de él. Saben que está mal, pero no son capaces de llegar a él. Se ha encerrado en una burbuja impenetrable, aislado del resto del mundo. Parece que no le importa nada. No tiene a nadie. Se va a dormir sin ganas y se despierta renqueando y arrastrándose. No atiende en clase, ni siquiera parece entender lo que dicen los profesores.

[9/11]

Corre, huyendo, asustado. No sabe qué pasa ¿Por qué le persiguen? ¿Qué ha hecho? Grita, pero nadie le escucha. Se han asegurado de pillarle a solas mientras salía a hacer deporte. Son demasiados. Seis.

No ha hecho nada. No ha dicho nada. No existe ¿Por qué?

No hay salida. Las piernas le fallan y el corazón le aprieta. Parece que va a explotar. Le sangra la nariz.

– Buenas tardes, marimacho– la primera patada llega antes de que Raúl termine la frase. De lleno en las costillas. Eider se queda sin respiración– Ya no eres tan valiente ¿eh?

Quiere decir que no ha hecho nada, quiere gritar. No puede. Apenas puede respirar, boqueando, tirado en el suelo mojado.

No intenta defenderse. Se hace una bola y deja que le peguen. Otra patada. En la pierna. No ha dolido tanto. Parece que los demás chavales no están tan seguros. Le escupen, eso sí. Le llenan el pelo de tierra y agua sucia. Le pisan las manos.

A los pocos minutos se aburren o se asustan, no lo sabe. No le importa. No ha sido la peor paliza de su vida. Le ha hecho despertar de su letargo.

Magullado y un poco mareado, vuelve a casa. Se mete en la ducha corriendo sin que le vean. Si se lava bien no le quedarán más que dos o tres moretones.

Y mientras el agua cae sobre él, caliente, reconfortante como un abrazo, rompe a llorar. Es un llanto desgarrador. No llora porque le hayan pegado. Llora por la desdicha que siente. Por cómo se odia a si mismo. Por cómo desprecia su cuerpo. Llora porque no sabe hacer otra cosa. Porque es lo único que puede hacer. Llora para salvarse.

Las lágrimas se confunde con las gotas de la ducha, pero se cuelan, saladas entre sus labios. No puede más. se ha vuelto a romper. Todo lo que estaba pegado, pieza a pieza, flojito, con mucho cariño, se rompe en lascas irregulares y feas, en mil pedazos informes. Quiere huir. Quiere que le dejen en paz, quiere dejar de existir de una puñetera vez. Quiere venganza. Quiere morir. Y que le entierren, o que le quemen, o que le tiren al mar. Le da igual. Quiere largarse y que le recuerden llorando, como él ha estado desde que tiene uso de razón. Y que le pongan flores, y que la gente esté triste.

Quiere que le vean en las esquinas de la casa, que escuchen su voz en sueños, que el olor de la tierra mojada les evoque su sonrisa, siempre melancólica, siempre medio triste.

Quiere que sobre todos los que le han hecho daño caiga el peso de su muerte, y que los que le quieren ejecuten su venganza. Quiere que lloren, que sufran, que los maten en vida.

Frenético, paranoico, decidido. Sale de la ducha, aún mojado. Rebusca entre las pastillas. Las de dormir. Sale del baño y le dice a su madre que se va ya a la cama. Para siempre. Y llorando como nunca ha llorado, se tiende en la cama, cubierto sólo por una sábana blanca, fina y suave, y se traga de una vez, sin pensar, la caja entera de pastillas.

Es de noche. Una noche sin luna, bajo un cielo cuajado de estrellas blancas y plateadas, mucho más brillante que cualquier cielo que el muchacho haya visto nunca. La brisa es cálida, suave y agradable, como la de una noche de verano en el norte. En el aire flota la fragancia de las campanillas que se mecen lentamente en el césped del acantilado. Eider se sorprende recostado, casi dormido, bajo las ramas colgantes de un gran sauce, viejo y antiguo, imponente. Recuerda el lugar de manera difusa, no sabe muy bien de qué ¿Está soñando?

Entonces le ve. Está seguro de que antes no estaba allí, pero cuando vuelve a posar la mirada sobre las flores, un chico está tumbado sobre ellas. Se acerca con cuidado, curioso. Aún siente los golpes.

Se sienta a su lado y le observa, conteniendo la respiración. Es él. La melena casi por los hombros, cobriza y reluciente, con mechones de blanco puro. La piel suave y bronceada. La [nariz respingona y graciosa]. Las pecas. Los labios casi rojos. Está seguro de que es Febo. Su amigo imaginario. Su sueño.

Abre los ojos, y a Eider le da un vuelco el corazón. Es él. Hacía tanto tiempo... Agrietados ligeramente por vetas doradas, los iris son de un verde oscuro y profundo, casi negro, y le atrapan. Sonríe, y es como si llevase sin sonreír una eternidad. Es un gesto sincero de pura alegría, de esperanza, de amor. Se siente como si hubiese renacido. Siente que todo vuelve a tener sentido. Que todo es como antes. Así es como empezó todo. Si él está a su lado, es capaz de cualquier cosa. Es su ancla, su último refugio. Todo lo que desea es su cariño, todo lo que necesita es oír su voz en ese mundo seguro y soñado. Todo está bien si al final del día está él, esperándole en la cama tras la puerta del sueño. Siente como su corazón late un poquito más deprisa, un poquito mejor. Siente como se levanta la opresión del pecho y la losa sobre sus hombros, siente cómo se le curan las ojeras y los golpes. Siente cómo el otro lado pierde importancia y el rubor se instala en sus mejillas. Y recuerda.

Recuerda que se descubrió por primera vez a sí mismo en aquel lugar, cuando Febo le dio un nombre y le trató como un chico. Recuerda que allí fue la primera vez que pensó que un chico era guapo. Recuerda que allí fue la primera vez que quiso besar a uno.

Y recuerda que de pronto, cuando todo parecía ir bien en ambos lados, Febo dejó de aparecer. Y todo se torció.

– Ério– llama el chico desde el suelo, sorprendido– ¡Hola!

En su rostro se dibuja una sonrisa amplia, resplandeciente, y se levanta en un instante. Eider salta del sitio y se abalanza sobre él, sin cuidado, sin pensar. Solo quiere tenerle entre sus brazos. Ambos ruedan por el suelo entre carcajadas.

Febo ayuda al chico a levantarse, y Eider nota cómo ha cambiado en tanto tiempo. Ha crecido, pero es más bajo que él. Aún así, sus proporciones parecen las de una estatua griega, perfectas. Sus facciones se han vuelto más agudas, menos aniñadas, pero todavía son dulces. La mandíbula es redondeada y suave, el cuello sugerente, y las clavículas se aprecian bajo la camisa que lleva. Está delgado, más delgado que él, y va descalzo. Es extraño. Parece mayor, pero de manera diferente a la que él esperaría. Menos *duro*. Es como si conservase cierto candor de la niñez. Cierta pureza casi andrógina.

Le parece el chico más atractivo que ha visto en mucho tiempo. Quizá es por toda la historia que lleva a las espaldas o por sus sueños de la infancia, pero Eider está fascinado. Es perfecto.

Se sientan sobre la pequeña colina que hay bajo el Sauce, muy juntos. Febo roza al chico con las yemas de los dedos y le produce un escalofrío. Él se asusta. Le ha dado calambre. Eider se ríe.

– Te he echado de menos– susurra Eider, casi para sí mismo.

Febo le escucha y sonríe.

– Yo a ti también ¿Qué tal estás?

– Genial– el chico está embobado. Se acurruca contra el hombro del otro, mimoso. Febo le empieza a acariciar, instintivamente, y es suave y tierno. Cuando sus dedos se enredan en la melena, Eider deja escapar algo parecido a un ronroneo.

[10/11]

– Ério, ¿por qué desapareciste? ¿Por qué?– la voz cadencia de la voz del muchacho es como una canción. O eso es lo que piensa Eider. Una melodía triste, melancólica, se aprecia tras las sílabas susurradas en la noche.

Él se enternece. Es una escena mágica, preciosa, indescriptiblemente placentera.

– No lo sé. Quizá olvidé el camino– sonríe, y es una sonrisa de disculpa y a la vez triste. Cuánto sufrimiento se hubiese ahorrado, cuán feliz habría sido de no olvidarlo. Y no lo había recordado. Un pensamiento vago pero punzante la acuciaba, como el aguijón de un mosquito, pero no conseguía concretar qué. Lo había olvidado.

Todo queda en silencio mientras Febo le sigue acariciando. Cada roce le produce un escalofrío y una oleada de placer electrizante. Si pudiese pasaría la vida aquí. No hay nada más que le importe. No hay otra razón que justifique la existencia.

– Ério– susurra muy bajito, casi como en un suspiro. Su voz es muy peculiar. Más grave que la suya, pero no tanto como cabría esperar. Es un poquito raspada, pero a la vez suave, ondulante. Parece entonar casi siempre, como si estuviese afinada en ciertos tonos por los que pasa para pronunciar una frase. Es... armónica. En comparación, cuando él habla suena plano, robótico, inexpresivo. O eso cree él– Ério... ¿Dónde estás? Soñando, me refiero. Porque sabes que esto es un sueño.

Eider se mueve, un poco nervioso, bajo su mano ¿Por qué sus sueños le hacen esas preguntas? No quiere recordar. No quiere contar nada. No quiere hablar de él.

– En una cama– dice riéndose.

Febo nota que está nervioso. Entiende que no le gusta hablar del tema. Con expresión casi decepcionada, calla.

Eider se calma un poco. Y se deja hacer. Necesita que le mimen. Necesita que él le mime. Lo único en lo que puede pensar es en la mano que le recorre la melena, el pecho que respira bajo el suyo, los ojos verdes que ve cuando cierra los suyos y la calidez del cuerpo de Febo. Quiere recuperar el tiempo perdido. Desea con toda su alma en ese instante que el tiempo pierda todo el sentido. Necesita dejarse llevar, perderse, desaparecer en el placer, entre los brazos del chico más guapo del mundo, aunque en realidad sea un sueño.

Sin saber cómo, se despierta. Ha olvidado que se intentó suicidar apenas la noche anterior. Lo ha olvidado deliberadamente, lo ha sellado en su mente como un recuerdo oscuro y secreto, inexistente. Es sábado. Hace un día maravilloso. El sol se cuele, dorado, por entre las cortinas, y le ilumina, anunciante. Sus bucles dorados resplandecen, sus labios húmedos de lágrimas y sus ojos acuosos brillan bajo los rayos de la mañana.

Lo primero que hace es mirar al dibujo. Ahí está. Su sueño. Su amigo perdido. Su ancla. La razón que necesitaba para volver.

Está lleno otra vez de energía, como cuando era niño. Siente calidez en el pecho, y una emoción vieja, de antes, de tiempos más felices. Respira hondo. Varias veces. No tiene miedo, no está angustiado, no tiene ansiedad. Se siente bien. Pleno.

Durante el día sale a hacer deporte. Baila, Juega. Está feliz, y se lo contagia a Marta y a Paula. Parecen aliviadas. Su niño parece ser otro, el que era antes, hace tanto tiempo. Se alegran. Piensan que Ana ha hecho algo.

Eider queda con ella más tarde. La chica llega a su casa, un poco nerviosa. Marta se disculpa.

Dan un paseo largo, hasta que cae la noche. Ella está extasiada. Cada vez le quiere más, aunque intenta no pensar en ello. Es irremediable. El buen humor del chico y su sonrisa se contagian, y cada día le encuentra más atractivo. Sus ojos son magnéticos, chispeantes, tremendamente profundos. Parece que la melena tiene más volumen, y la lleva mejor peinada. Se le nota tranquilo. Feliz. No sabe por qué, pero se alegra. No sabe cómo, pero espera que siga así.

Eider está contento al lado de Ana. Sabe que se preocupa por él. Sabe que se merece lo mejor. Sabe que es una buena amiga. Intenta darle todo lo que puede. Intenta ser cariñoso. La mima. Le hace reír. En el fondo, le confunde. No sabe si actúa bien ¿Quizá le está dando esperanzas? Da igual. Es su forma de ser. Mimoso y risueño.

Se recuesta, indolente y tranquilo, contra el grueso tronco lleno de nudos del sauce. Sin pensar. Le basta con descansar después de un día largo mientras disfruta de la calma eterna de esa noche interminable en el mundo de sus sueños. No necesita nada más en la vida. Está contento, feliz. Por fin tiene un sitio al que escapar, por fin hay un lugar seguro donde nadie le molesta, donde es libre, donde es Dios.

Ahí está. Su melena se mece ligeramente al vaivén de la brisa, destellando como el cobre bajo las estrellas. Sonríe. Esto era lo que estaba buscando.

– ¡Febo!

El muchacho avanza hacia Eider, intranquilo. Él lo nota. Sus ojos están más oscuros que de costumbre, su mirada no brilla con la misma fuerza. Su sonrisa no acaba de levantarse. Las ojeras y la humedad de sus mejillas delatan que ha estado llorando. A Eider se le parte el corazón y le embarga la ternura.

– ¿Estás bien?

Febo no contesta y desvía la mirada.

– Sí...

– No me mientas, por favor. Estás triste. Te lo noto en la mirada

No espera a su respuesta. No importa. Sin decir nada más, le abraza. Le siente temblar bajo sus brazos, como un niño pequeño. Está seguro de que tiene ganas de llorar. No entiende por qué no lo hace.

Las manos de Eider empiezan a recorrer la espalda del otro muchacho, lentamente, en caricias suaves. Se deja llevar.

– No digas nada, no hace falta. Estoy aquí para ti. Solo para ti– susurra muy bajito.

No quiere hablar más, no quiere agobiarle, no quiere perturbar la calma. Lo único que quiere en ese momento es consolar a su amigo, en silencio, abrazados. Le siente real, le siente incluso más real que cualquier persona de su día a día. Está como hechizado mientras le acaricia, contemplándole. No puede apartar la mirada de aquel chico, como si fuese un ser fantástico, maravilloso. La calidez y el cariño le inundan, renuevan toda su energía. Le adora. Adora estar con él, le da igual cómo.

El sol le deslumbra, potente, dorado, a finales de octubre. Un sol radiante pero frío, que anuncia la llegada del invierno. Eider se incorpora en la cama. Lo último que recuerda es haberse dormido abrazado a Febo. Ahora entre sus brazos está la almohada. La emoción pura le llena. Se levanta con cuidado, como si temiese regresar al mundo real, flotando en una nube.

Se mira al espejo, y sonríe a su reflejo. Ha llorado mientras soñaba. Ha estado llorando por un chico que es un producto de su imaginación. Un chico que le importa más que su vida y más que cualquier otra cosa en el mundo. No quiere pensarlo, no quiere. Quizá sea un mecanismo de su mente para serenarse, para traerle de vuelta del abismo, para ser feliz. Si lo es funciona. No le importa lo más mínimo.

Se mira otra vez, y entonces lo nota. No se odia. El espejo le devuelve una mirada de ojos grandes y dorados, brillantes, vivos, felices, emocionados, entusiasmados. No entiende por qué. No entiende por qué al reconocerse, siente que ha sido así siempre. Siempre él. Siempre Ério. Es inexplicable, pero ya no siente que es un impostor. Se siente real, vivo, honesto.

Él es quien le devuelve la mirada desde el espejo. Su yo verdadero. Aquel niño risueño que se escondía en algún lugar dentro de él, encerrado en una habitación negra por la gente que le odiaba. Aquel a quien ha estado buscando todos esos años. Esa sonrisa, ese brillo en el fondo de los ojos.

Y por primera vez en toda su vida, por lo menos en lo que recuerda, le gusta lo que ve. Le gustan sus ojos. Le gusta que sus pestañas sean largas. Le gusta su nariz, le gusta su piel, le gustan sus labios. Le encanta su melena desordenada de recién levantado y la sonrisa que se refleja en el cristal. Es hipnótico. Lleva un rato allí parado, únicamente mirándose, explorando sus facciones, disfrutando merecidamente de esa sensación.

Desayuna por una vez con sus madres. Paula y Marta le observan sin decir nada, sonriendo. Ellas lo notan casi antes que él. No entienden la razón, están muy lejos de averiguarlo, pero aprecian el cambio. Está entusiasmado, sonriente, feliz, como si el mundo fuera de color de rosa. Sus ojos tienen otro brillo, uno incluso diferente al de cuando estaba *bien*. Sus movimientos son seguros, sus palabras cristalinas, resuenan como el tintineo de un cascabel. No hay miedo en su voz, no hay inseguridad. No vacila al hablar con ellas y darles los buenos días. Solo oír a su hijo así de contento las emociona.

Es un mundo nuevo. Se deja mimar por ellas siendo consciente de que es quien desea ser, de que nada le puede parar, de que la vida le sonríe.

[11/11]

– Quiero salir de fiesta– dice, ansioso, cuando Ana descuelga el teléfono.

El invierno ha empezado. Bueno, en realidad no, apenas ha empezado noviembre. Pero Eider ya lo siente como invierno. La niebla se agolpa sobre las calles de Madrid por la mañana, suave, húmeda y sucia de hollín. Hace frío, el frío seco que augura nieve. Ojalá nevase. Es la temporada de sentarse con una manta y chocolate, de ver películas, de ir al cine, de leer hasta tarde los sábados y de comer pizza con la familia. De disfrutar de la tranquilidad del mundo, del frío, de la noche y de esa calidez del hogar. De sentirse a resguardo bajo las mantas y edredones mientras las tormentas arrecian fuera, contra las ventanas. Para él el invierno significa abrazos y mimos, caricias, cariño. Lo adora.

Pero además significa amigos. Fuego. Hogueras e historias antiguas. Brujas, aquelarres y tradiciones ancestrales. *Samheim* y *Yule*. Necesita sentirlo, necesita celebrarlo en vez de soñar con ello. Quiere, por primera vez en su adolescencia, montar una fiesta. No muy grande, no muy ruidosa, pero una fiesta. Empezar a bailar cuando caiga el sol y terminar cuando salga por el Este. Emborracharse, decir tonterías, contar cuentos, dejarse mimar, cocinar para todos, y sentarse al frío de la tarde. Momentos que luego pueda recordar con cariño. Hacerse fotos, y el ridículo, entre los árboles desnudos y los pastos verdes. Dormir en comuna, junto a las brasas. O velar por todos mientras cuenta sus secretos, embriagado, en la oscuridad de la noche.

– Bueno, podemos pensarlo para el puente...– empieza a proponer la chica.

– Sí ¿te dejan venir al País Vasco? – corta él.

– Ahora te llamo– dice, colgándole. Eider nota su sonrisa a través de la línea.

Baja las escaleras hacia el salón. Paula está recostada en el sofá, indolente, disfrutando de la mañana, contemplativa. El momento perfecto para atacar, piensa el chico.

– ¡Ama!– grita. Ella se asusta y se gira a mirarle. Eider se ríe.

– ¿Qué quieres?– contesta con cara de pocos amigos.

– Ama, ¿puedo ir con mis amigos a la casa del pueblo en el puente?

Paula sonrío. Por fin algo de iniciativa. Por fin empieza a tener planes a corto plazo. Por fin piensa en divertirse en vez de en sobrevivir. Pero se va a hacer de rogar. Quiere verle intentarlo. Quiere que se entusiasme.

– Jo, hijo. Está muy lejos ¿cómo vas a ir?– dice, fingiendo pereza.

– Pues no sé. Nos podéis llevar mami y tú. Así vais de visita...– intenta ponerle ojitos a su madre. Sabe que tiene un don especial para conmovérlas, aunque no hace falta, porque su madre ya sabe que va a decir que sí. Pero quiere seguir cotilleando. Todo esto es tan nuevo para ella como para su hijo.

– Bueno... Habrá que hablarlo con mami. Además, ¿dónde nos quedamos nosotras? No querrás que durmamos en el mismo sitio que vosotros...

Eider sonrío. Puede sonar raro, pero le daría igual. Sería extraño para sus amigos, seguro. Pero sus madres son demasiado importantes para él. No pondría ninguna pega a que se quedasen allí.

– A mí no me importa... Pero lo mismo os aburrís con nuestras cosas de adolescentes– sonrío, pícaro. Su madre suelta una carcajada. Lleva razón en parte, aunque le encantaría chismorrear con los chavales.

– Va, dime quién va y lo hablo luego con Marta– cede Paula. La sonrisa que se dibuja en los labios de su hijo no tiene precio. Ha valido la pena. Se tira a abrazarla, como loco.

– Gracias, ama– dice dándole un beso en la mejilla.

– ¡Eh! ¡Dímelo!

– Vale... No sé. No tengo muchos amigos– una sombra le cruza por el rostro a Paula. Eider parece no darse cuenta– Había pensado en ir con Ana, y que se viniesen Ali y Unai. No hace falta más.

Paula le mira, con una mezcla de tristeza y ternura. Ha elegido bien. Lo mejor que podía hacer. Qué bien que tiene las cosas claras.

Ério... Eider le sujeta entre sus brazos como si se fuese a desintegrar de un momento a otro. Las lágrimas han empezado a correr por las mejillas cinceladas de Febo. Es tan frágil. Tan delicado. El corazón le late a toda prisa. Nota cómo se sonroja.

En parte, el chico se siente culpable de encontrar atractivo a alguien en la situación de su amigo. Pero no puede evitarlo. Lleva tanto tiempo esperándole. Tanto tiempo deseando encontrarle otra vez. Y llega así, indefenso, despojado de toda la seguridad de antaño, de todo el poder que parecía que tenía cuando eran niños. Como desnudo. Con las emociones a flor de piel ¿Por qué encuentra tan bella la tristeza de un amigo? ¿Por qué piensa en sus lágrimas como gotas de cristal perfecto, esculpido por el mejor tallista del mundo? No parece correcto.

Quizá es esa sencillez. Quizá es el impulso protector que le impele a abrazarle como si se fuese a acabar el mundo. Quizá es simplemente, el anhelo reprimido durante años. Sin embargo, las lágrimas silenciosas también se deslizan por sus mejillas. El corazón se le encoge.

Febo está en *shock*. Y Eider tiene que cuidarle. Tiene que ser su ancla. Tiene que ser fuerte, seguro, decidido. Tiene que ser sensible pero firme, su hermano mayor, su confidente, su hombro en el que llorar. No es consciente del todo, pero *tener* que serlo le confiere, de hecho, la cualidad de serlo. No lo nota, pero se ha vuelto más fuerte, más seguro y más decidido, en ambos lados. Sus pensamientos están siempre con Febo, aun cuando camina por el mundo de la vigilia.

El mero hecho de ser el cáliz que recoge las lágrimas de alguien tan importante en su vida le ha dado sentido. Le ha hecho sentir útil. Le ha hecho aceptar que es válido para las personas que más le importan. Y eso le ha bastado.

Poco a poco se da cuenta, con cada caricia y cada susurro, con cada lágrima que seca y cada una que derrama. Todo da igual si no está ahí donde le necesiten. Y todo saldrá bien si confía en quienes le aman.

Febo se va a curar. Y van a volver a jugar en la hierba, y a hablar, y a bailar juntos. Van a disfrutar juntos de sueños perfectos, de un mundo imposible y de las noches de verano sin luna. Es su deseo. Es el motor de su existencia.

[11/11]

Los campos de Castilla, amarillos y agostados de secar al sol durante interminables días de verano, pasan como un borrón tras la ventana del coche. Es pronto, y el sol se eleva desde oriente sobre la carretera. La cabeza de Ana reposa suavemente sobre el costado de Eider.

Paula piensa que hacen buena pareja. Le da un poco de pena la chica, pero le estará siempre eternamente agradecida por haber acogido a su hijo, y por no guardarle rencor. Parece que le quiere de verdad.

Eider mira por la ventanilla, melancólico y nostálgico, deseando ver tora vez las colinas verdes y las ladreas escarpadas cubiertas de nubes.

Ana se despierta, poco a poco, pero decide quedarse en esa postura. Siente la respiración calmada del chico, su calor. Huele a frambuesas.

Por fin llegan, después de sueños intermitentes y alguna parada, pasado el mediodía. La casa es grande, encalada de blanco, y lejos del resto de caseríos, desperdigados por la

ladera. Alicia y Unai no han llegado todavía. Cansadas del viaje, Paula y Marta entran a tumbarse un rato.

– Bueno... – Ana parece sorprendentemente nerviosa.

Eider sonríe, y a la chica se le van los nervios.

– ¿Te apetece explorar el bosque?– pregunta él.

[13/11]

Lentamente se adentran en un bosquecillo de [robles], húmedo, oscuro, acogedor. Una suave bruma lo envuelve todo. Las ramas rotas y las hojas viejas crujen, débiles, bajo sus pasos. A medida que avanzan, los sonidos del exterior empiezan a sonar más y más amortiguados. solo se oye el silencio del viento entre las ramas y el aullido de la niebla. Ella se siente perdida fuera del asfalto y el cemento de la ciudad, siente algo parecido al miedo, a la inquietud por lo desconocido en un lugar tan ancestral. Él camina seguro, sin premura y sin vacilar. No teme al barro ni a las ramas ni a las hojas que caen de vez en cuando, muertas y marchitas, sobre ellos.

Eider nota unos dedos entrelazarse con los suyos. Le deja hacer. La nota nerviosa por primera vez desde que la conoce. Su mano está caliente, y tiembla. Es suave, y sus dedos son finos y largos, algo huesudos.

Ninguno de los dos habla. Son conscientes de lo que sienten.

Ana ya ha decidido hace tiempo que quiere estar con él a toda costa, de la manera que sea. Eider ha decidido que es incapaz de apartarla de sí, y que no quiere hacerlo. Que, a su manera, la quiere y la necesita.

Poco a poco, todo se va oscureciendo. Lentamente anochece. La figura recortada de Eider en el contraluz del ocaso es casi divina, piensa Ana. Desea en secreto que todo se vuelva negro a su alrededor. Desea atreverse a tocarle, a besarle, a estar con él eternamente en ese bosque que le da miedo y le fascina a partes iguales. *Mysterium tremendum et fascinans*.

Se sientan en las raíces enormes de un árbol que bien podría tener mil años. Él se recuesta contra el tronco, nudoso y cubierto de musgo verde profundo, como los ojos del chico de sus sueños. Ella se apoya en su pecho, sin pensar, sin temer, dejando que le lata desbocado el corazón, dejándose llevar.

Mudos observan extasiados la puesta de sol, y los rayos solitarios que se cuelan, como perdidos, entre las hojas de árboles viejos, que ya vivían cuando nacieron sus abuelos, y de los nuevos, que son jóvenes y sueñan como ellos.

Suspira, sin darse cuenta.

– Creo que eres el amor de mi vida– suelta sin pensar.

Y cuando lo piensa, se siente bien, muy bien. La adrenalina le corre por las venas. Pero se calma en seguida, y la sensación se reduce a un cosquilleo. Disfruta del momento, que se le hace eterno, encapsulado en el tiempo como en una esfera de cristal. Siente su pecho bajo su melena. Su respiración un poco más agitada. Sus latidos nerviosos.

Eider la escucha nervioso. No entiende cómo reaccionar. Así que es sincero.

– Yo también te quiero. Gracias por todo.

Se inclina lentamente, acariciando la melena que reposa contra su pecho. Y sus labios acarician la frente de la muchacha que le acaba de jurar amor eterno por segunda vez en tres meses.

[14/11]

Salen tranquilos del bosque, rendidos de cansancio, con las mejillas arreboladas y el ánimo por las nubes. Las sonrisas sinceras se dibujan en sus rostros, y sus manos siguen entrelazadas sin vergüenza. El sol ha muerto ya hace rato tras las montañas del oeste, pero su luz todavía permanece, como una estela y un recuerdo del pasado, sobre el cielo del ocaso, dorada, roja, un corte del pasado, que mana la sangre del rey de los astros y tiñe las nubes. Por el este ya se acerca la comitiva de estrellas con el Lucero del Alba a la cabeza, anunciando a la luna llena de principios de noviembre.

En el caserío ya se han encendido las luces, que invitan a acogerse de las brumas y el frío de la noche inminente, y humea la lumbre en el hogar, y a su fuego, el chocolate.

Allí están ya Alicia y Unai. Ella, como siempre, alta, soberbia y sonriente, con los cabellos cortos, rojos como el fuego. Él, más cambiado de lo que lo recordaba Eider, bajito, poca cosa, alegre y tímido, con una trenza larga y azul que llega hasta el suelo.

– ¡Hola chicos!

Ellos sonrían al saludo de Eider y le abrazan, fijándose en la mano que entrelaza con Ana.

– Hola...

– Chicos, esta es Ana. La mejor amiga que he hecho en Madrid

[14/11]

Ambos le estrechan la mano, un poco reacios. Ana está incómoda, no siente que la acoojan bien.

Entran en el caserío, donde la lumbre crepita sobre una chimenea de piedra vieja y negra del hollín de los años. Huele a madera, a pizza, a tierra y a humo. A Eider le recuerda a la infancia, a veranos frescos y tormentas, a inviernos de castañas al fuego y truenos. A Ana la pillan por sorpresa. El aroma la transporta a un lugar indeterminado, borroso, que no sabe definir y donde nunca ha estado. Le recuerda a días de lluvia y a tardes de sábado lejos de casa, y la llena de nostalgia, casi al borde de las lágrimas.

En un silencio extraño, tenso para ella, tímido para él, se sientan los cuatro a una mesa maciza de madera de haya, muy vieja, con golpes y muescas del uso. Sobre ella, unas pizzas y algunas bebidas. Paula y Marta ya se han ido.

[14/11]

Hace casi dos horas que pasó la medianoche, y la luna llena ya declina en el horizonte donde se alzan las montañas. El silencio envuelve el valle y la propia casa, y solo se oye entre las respiraciones de los adolescentes el crepitar de las últimas brasas en la chimenea, rojas y candentes en la penumbra.

Todavía no duermen, pero se disponen a ello. Unai apoya la cabeza en el hueco del cuello de Alicia. Sus pies tocan los de Eider debajo de las mantas. Él, a su vez, sujeta sobre su pecho a Ana, que le mira fijamente.

La conversación es casi tácita, sin palabras, velada y en susurros, privada. A la luz de los rescoldos del fuego las mejillas del chico parecen sonrosadas. Los ojos marrones de la chica tienen un brillo divertido y pícaro, y por la forma en que sonrío, parece que está vacilando al muchacho. Hace gestos sutiles con la mano y los dedos, movimientos circulares sobre los hombros de Eider, y él se pone un poco nervioso y más rojo. Ana hace una pregunta, y él se ríe.

– No lo sé. Son monos, ¿verdad? Aunque luego parezca que nunca están de acuerdo.

– Mira cómo se abrazan. Jo, tu amigo es adorable, la verdad...

Eider suelta una risita, y Ana le da un puñetazo flojito.

– No te rías anda. Lo digo en serio.

– ¿Te gusta?

Ella le fulmina con la mirada.

– Es mono– responde, sin querer añadir nada más.

[15/11]

Ana descansa sobre su pecho. Respira profundamente, dormida sobre él. Eider no puede dormir. Está demasiado excitado, demasiado nervioso. La anticipación le corroe por dentro, y tiene calor. Intenta cerrar los ojos, pero solo puede imaginar una escena tras otra con un chico borroso de ojos verdes y una sonrisa adorable. El peso sobre su cuerpo no ayuda.

Le desea de una manera casi enfermiza. Necesita tenerle entre sus brazos, necesita acariciarle, necesita dejarse llevar.

Poco a poco el cansancio le rinde.

Se ve de pronto en el mismo lugar de sus sueños, pero es diferente. Brumoso, incorpóreo. No es igual. Es un sueño normal. Eider se siente con el control total de aquel mundo, sin restricciones, sin dolor, sin obligaciones.

Y sin miedo ni vergüenza. Febo está allí frente a él, aunque no es en realidad Febo. En ese momento, al muchacho le da igual. Empiezan a jugar, revolcándose en la hierba, riendo a carcajadas. Las melenas se les enredan en los dedos, sus respiraciones se entrecortan. Jadeando, Eider le inmoviliza contra el suelo y le empieza a hacer cosquillas. Ek otro chico se retuerce casi llorando de la risa, pero consigue soltarse.

La brisa acaricia las flores en aquel prado eterno, y la melena de Febo ondea como un estandarte cuando consigue tener a Eider a su merced contra el césped verde. Las

mejillas están rojas y sofocadas, cubiertas de pecas, y sus ojos reflejan el deseo de los del otro chico, candente y pasional. La respiración se les entrecorta, el corazón se les acelera y les recorre un escalofrío por todo el cuerpo. La sonrisa en los labios de Febo es pícaro y sugerente cuando empieza a hacer caricias y cosquillas al otro chico, que se funde de placer. Poco a poco, le quita la camiseta, y Eider siente la brisa fría sobre su piel erizada. Se deja hacer.

Febo juega con él, provocándole, pero echa a correr cuando Eider ya no puede más. Él le persigue, tropezando por la hierba y tirándolo con él. Intenta agarrarle gateando, pero no lo consigue, y se lanza hacia él, saltando como una gacela. Acaban ambos rodando sobre flores blancas y doradas, con los rostros muy juntos, extasiados, cansados, jadeando y terriblemente excitados.

Febo huele a frambuesas, como su champú. Y sus ojos son cambiantes como un remolino. No es real, no es él, pero Eider ni siquiera se para a pensarlo, solo es capaz de dejarse llevar. De abrazar el cuerpo del chico, de acariciarle, de hundirle los dedos en la melena y de besarle suavemente, con todo el cariño que le inspira la visión. Sabe dulce. El otro chico corresponde y termina de desnudarlo mientras se funden en uno solo. El placer es lo más intenso que ha sentido nunca Eider, y le recorre cada fibra de su ser, despertándolo de golpe.

El cielo clarea en la lejanía, y Ana sigue roncando sobre su pecho. Nota la piel muy sensible, erizada, y todavía se siente terriblemente excitado. El recuerdo del sueño sigue fresco en sus recuerdos, y no cree que lo vaya a perder pronto.

En ese momento solo espera que pueda hacerlo realidad.

[17/11]

La vuelta es tranquila, un poco triste, gris y apagada. Eider está muy contento, pero no quiere aceptar que ha acabado y que va a tener que enfrentarse otra vez al mundo real. Esta vez es él quien se recuesta en el regazo de Ana, en una posición rara y que a primera vista parece incómoda, por lo menos para ir en el coche. Ella le acaricia suavemente la frente y los mechones que le caen por la cara, distraída. A él le hace cosquillas, y siente algo extraño pero placentero cuando los dedos le rozan entre las cejas.

No piensa en nada realmente. Quiere disfrutar de ese momento. En ese coche va la mitad de las personas que más le importan en el mundo. Sonríe medio dormido al oír a sus madres cantar algo que suena por la radio, sin cortarse. Ana se le une, y su voz es, como siempre, maravillosa. En otro momento habría pensado que algo tan feliz no puede durar, y, aunque seguramente estuviese en lo cierto, esta vez ni se le pasa por la cabeza. Está curándose lentamente de sus inseguridades y de sus miedos, a base de cariño, de aceptarse, de haberse reunido con sus sueños de la infancia y de que alguien más allá de su familia le quiera.

Llegan a casa. No sabe si se ha quedado dormido o qué ha pasado, pero se le ha hecho corto el viaje. Muy corto. No quiere despedirse de Ana. Se da cuenta cuando la abraza antes de que se marche.

En otro momento no se habría atrevido, pero ahora las palabras salen solas. No se plantea si está bien o la está haciendo daño. En el fondo es un poco egoísta, pero actúa por impulso, llevado por sus emociones. Si no lo dice, no va a dormir bien. No le cuesta nada.

– Ana– susurra– ¿Quieres quedarte a dormir?

No responde. No hace falta. La respuesta es rotunda en su sonrisa.

– Uhh... ¿No me estarás tirando los tejos, verdad?– se burla.

– Bah, si es un cobarde. No se atrevería– entra al trapo Paula.

– Ama, ¿se puede quedar Ana a dormir?

Paula sonríe. El mismo tipo de sonrisa que Ana.

– Ahórrate los vaciles porfa...

– Vale hijo, qué susceptible, por Dios. Por mí bien. No creo que tu madre diga nada.

– ¿Qué tengo que decir?

– Tu hijo, que quiere más fiesta.

– Bueno... Vale. Pero porque mañana es fiesta.

Entran todos en la casa. Ana, aunque intenta ocultarlo, está nerviosa, excitada y emocionada. En su mente empiezan a cruzar imágenes sin sentido de Eider en la cama con ella, imaginando situaciones de todo tipo, besos, abrazos, paseos nocturnos bajo la luz de la luna... Muchos deseos se agolpan uno encima de otro, tantos que la acaban saturando, y no se da cuenta de que Eider la ha tomado de la mano y la ha guiado hasta su habitación.

En el pasillo de la planta de arriba, sobre las tablas de madera, ambos se quedan parados un momento, indecisos, tratando de aunar el valor para hacer la propuesta que se ha pasado por sus mentes. Y no lo aúnan. Uno, porque cree que pedirle que duerma en su cama llama a confusión, da esperanzas, y está él mismo confuso. Otra porque cree que es pedirle demasiado, abusar de la confianza y el cariño que le ha demostrado.

Eider prepara la habitación de invitados para la muchacha, dudando mientras saca las sábanas, azul cielo, y las coloca con delicadeza sobre el colchón. Ana no le quita la mirada de encima, intentando ser valiente y atreverse, pero calla.

La voz de Marta les llama para cenar desde el piso de abajo, y los despierta de su ensueño. Tímidos de pronto, bajan ambos las escaleras, muy juntos sin darse cuenta. Eider huele a frambuesas y a dulzura. Ana a chocolate y azahar.

Se sientan a la mesa, uno enfrente del otro. Huele a tortilla.

Ana está nerviosa, tiene vergüenza y calla, todo de golpe. Eider sonríe.

– Cómo vais a dormir, cariño– pregunta Marta mientras sirve la tortilla en los platos.

– Cómo van a dormir Marta... Pues juntos, como en todas las fiestas de pijama– sonríe, burlona, Paula.

Eider se sonroja. Su madre ha dado voz a los pensamientos y los deseos que ambos han tenido antes.

– No... He preparado la habitación de invitados para Ana.

Ella se desinfla, y agacha la cabeza. En silencio, termina la cena mientras escucha la conversación de las madres y el hijo. Es normal, él no está enamorado de ella. Sería incómodo que durmiesen en la misma cama ¿Y anoche? Se pregunta. Anoche durmió sobre él. Y no pareció importarle. Una cama es diferente. Debe de ser eso. Era demasiado imaginar, demasiado soñar. Mejor, así no se hace ilusiones. Aunque no tiene esperanzas de que nada pase con el chico, y lo iba a disfrutar de todas maneras. A lo mejor se atreve. Si, tiene que atreverse. Va a ir a su habitación antes de que se acueste y se lo va a pedir. Porque no tiene nada que perder.

Eider nota como Ana está apagada. Intuye por qué. Ella también quiere dormir con él. Quizá deba hacerlo. Él quiere, tiene muchas ganas. Necesita que alguien le abrace mientras duerme, necesita sentir el calor de un ser querido entre las sábanas cuando despierte. Quizá siente algo. Bueno, si que siente, pero no cree que sea eso. Ana no le atrae. Eso lo sabe seguro. Pero a lo mejor... No sabe. Está confuso.

Suben a la planta de arriba a acostarse. Eider abre la cama y se sienta, pensativo. No sabe qué hacer ¿Va a buscarla? Sus pensamientos se interrumpen cuando Ana toca suavemente a la puerta del chico.

– Pasa.

– Eider... ¿Qué haces ahí sentado?

– Estaba pensando... No sabía si debía ir a buscarte.

– ¿Buscarme para qué?

– Para dormir contigo.

Ella sonríe.

– Ya he venido yo ¿Quieres que durmamos juntos?

– Sí. Si no te molesta, claro...

Ella se sienta a su lado y le da un codazo.

– Eider, no digas tonterías. Te iba a obligar si no me dejabas– dice riéndose.

Ana le abraza suavemente, de lado. La cama no es muy grande, pero ambos caben en ella juntos. Se acurrucan entre las sábanas, compartiendo la almohada, con los ojos muy abiertos. Ambos han decidido tácitamente dormir cara a cara. Eider la abraza, y apoya la cabeza en el hueco de su hombro. A Ana la recorre un escalofrío.

– Te quiero– le confiesa por tercera vez, en un susurro a la luz de la luna que se cuela por la ventana.

– Yo también

No sabe si atreverse. Vuelve a estar en el mismo dilema que cuando se paró delante de la puerta blanca de la habitación del chico. Así que le echa valor, y, antes de caer dormida,

posa un beso muy suave sobre la nariz del chico de sus sueños, que ya entrecierra los ojos, somnoliento, abrazado a su lado, ambas respiraciones acompasadas, ambos corazones latiendo al mismo tempo.

Y justo cuando ya no sabe si es realidad o sueño, Ana nota, con rubor y un escalofrío de placer, cómo un par de labios pequeños y húmedos acarician tiernamente la piel de su cuello.

[18/11]

Eider se despierta primero, con la luz del sol entrando a raudales por la ventana, dorada y brillante, arrancando destellos cobrizos a la melena de Ana, que se funde con la suya propia. Los ojos de la muchacha están cerrados suavemente, y en sus labios se esboza una sonrisa leve, sucinta, pero apreciable. Siente sus mejillas calentarse, y no sabe si es por el sol el rubor. Es la primera vez que duerme con una chica.

Ella se despierta lentamente, estirando mucho los brazos sin hacer ruido. Lo primero que ve son los ojos dorados al contraluz de la mañana, observándola, clavándose en los suyos, y la melena dorada reluciente. Sonríe. Todo le parece un sueño, envuelto en una atmósfera brumosa y cambiante.

– Buenos días... ¿Qué tal has dormido?

– Das un poco de calor. Quién me lo iba a decir...

El chico enrojece, ahora está seguro.

– Lo...

– Anda, no seas tonto. Era broma.

Ana le abraza suavemente, y le da un beso en la mejilla.

– He dormido genial. Gracias.

Bajan las escaleras y se sientan a desayunar juntos. Eider solo se eirve un vaso de agua, como de costumbre. Paula y Marta ya están allí, con sendas tazas de café humeante. Al chico le da asco. No sabe qué les gusta de ese brebaje amargo, que llama a confusión pareciéndose al chocolate. Les saludan, alegres. Paula deja entrever una sonrisa burlona. Aunque no preguntan ni hacen ningún comentario, ambas saben que han dormido juntos, pero no acaban de entener su relación ¿Están juntos? ¿Sólo son amigos? Quizá no lo saben ni ellos, piensan ambas. Y están en lo cierto.

– Ana, cariño, ¿tú desayunas?

– Sí, pero no os preocupéis, tomo lo que haya.

– Nada, nada, no te cortes. Tenemos casi de todo.

– Bueno, pues un café, si puede ser. Solo.

Eider hace una mueca, y Ana le mira con curiosidad. Paula se ríe.

– Es que le da asco el café. Compadécele un poco, se pierde uno de los mayores placeres de la vida adulta.

– Ama, por favor. Está asqueroso. No os gusta, lo que pasa es que os gusta fardar de sofisticación.

Todas se ríen.

– Anda, anda, tenías que hacer como tu... como Ana, y probarlo. Mira que valiente, hasta solo lo toma. Que eres u flojo.

– Sí sí, lo que digáis.

Mientras se enzarza con su madre en una discusión sobre el café, Ana le cambia el vaso por su taza sin que se dé cuenta. Airado, Eider la toma sin reparar en ello, y da un gran trago de café.

Las carcajadas de la chica son burbujeantes, quizá incluso demasiado fuertes. Eider primero mira a la taza con incredulidad, y su expresión pasa de esta al asco, y luego a la furia. Después nota que todas se están riendo otra vez.

– Sois mala gente.

Eider camina tranquilo por la acera. Ana le acompaña. Van a clase.

Últimamente no se separan casi para nada. La gente habla, pero no les importa. El chico se lleva más o menos bien con los amigos de su amiga, pero no mantienen mucha relación. Ella sigue quedando con ellos a veces, pero realmente le interesa más ver a Eider.

Algunos días incluso le acompaña al conservatorio y se queda, sentada en el suelo, con un libro, haciendo como que lee. Lo finge porque le da cierta vergüenza admitir que le encanta ver a Eider bailar. Ya no es solo atracción sexual, es la misma belleza de sus movimientos, la pasión, la emoción que les imprime. Simplemente le fascina observarle mientras hace los que más le gusta en el mundo, se siente cómplice cuando le contempla, desconectado del mundo real, viajando a algún lugar más allá.

Se nota que está feliz, que ha perdido el miedo que tenía. Alegre, vivaz, risueño. Es genial, es precioso. Sus sonrisas cuando ella está triste. Sus abrazos. Todo se ha vuelto más seguro, con determinación. Quizá esa estabilidad conciliadora que ha empezado a adquirir el chico es lo que la atrapa.

[12/11] *Las audiciones para el Ballet Real son a finales de Diciembre*

Es una mañana fría y acuosa de diciembre, poco antes de Nochebuena. Eider está haciendo las maletas cuando su madre le llama.

Paula tiene una sonrisa de oreja a oreja, y Marta le abraza ¿Qué ha pasado? Le tiende un sobre. Un sobre timbrado, de papel más grueso de lo normal. Del Teatro Real.

Del Teatro Real.

Es la carta que lleva esperando dos semanas.

– Ábrela ¡Venga!– le anima Paula.

Rasga el sello, vacilante, con las manos temblorosas. Por favor. Por favor.

Lo único que le sale mientras la carta se le escurre de las manos, es llorar. De emoción.

[15/11]

Sus madres le abrazan muy fuerte, muy unidas. Ya se empiezan a tranquilizar. Todo vuelve a ir bien, todo va viento en popa. La vida se arregla, su hijo es feliz, y las lágrimas les corren a ambas por las mejillas. Por fin el destino les depara algo bello, por fin todo se compensa con justicia. Por fin podrán recordar los días amargos con una sonrisa.

Salen a comer. Nada muy extravagante, un pequeño restaurante en el centro de Madrid. Eider está como en una nube, con una sonrisa perpetua, rebosante de alegría. Y, con mucho sueño, llegan a casa, después de haber paseado por las calles viejas que han pisado los poetas y los escritores, los pintores, los reyes, los caballeros y las damas, y condes y duques y marqueses, y gente feliz y gente triste, y enamorados y gente sola. Han visto las luces y los mercadillos navideños, y los árboles de navidad, y han disfrutado del ambiente festivo y del chocolate con churros.

Eider se siente a punto de llorar de felicidad. Se siente pequeño, adorable, un niño al que sus madres miman. Se siente como hace mucho tiempo que no se sentía.

Tarde, cuando ya ha caído la noche cerrada y los créditos de la película corren por la pantalla después de una noche de mimos y película, se levanta y sube las escaleras hacia su habitación, y acurrucándose en las sábanas blancas, mira el dibujo con una sonrisa antes de dormirse.

Corre hacia él como si le fuera la vida en ello, y le abraza con todas sus fuerzas. A Febo le pillan por sorpresa. Eider sonrío, y se atreve. Febo huele a tierra mojada y a azahar. Su esencia le embriaga, le vuelve loco, y está eufórico. Suavemente, posa sus labios sobre el cuello del otro chico. Una y otra vez. Él se ríe. Le hace cosquillas.

– Estás contento ¿Qué ha pasado?

Eider se separa un poco de él y le mira a los ojos. Le contempla entero. Quiere besarle, quiere acariciarle. Pero no es tan valiente, aunque se promete que un día lo será.

– Me han aceptado ¡Me han aceptado!

[13/11]

La sonrisa de Eider es más grande y más amplia que nunca. Irradia felicidad y euforia, está excitado, quiere explotar de emoción. Febo simplemente se derrite mientras le sostiene la mirada. Al bucear en sus ojos de miel se pierde, no sabe por qué, ni dónde. Sus mejillas se tiñen de un color suave, rosa y morado. Las pecas le inundan la cara, pequeñas y dulces. Está nervioso y tiembla. Se siente pequeño en comparación, su aroma a frambuesas le marea.

Ério le agarra suavemente de las caderas. Lleva soñando con este momento desde la primera noche que soñó con él. Recorre la figura del otro chico suavemente y le toma de un hombro suave y aterciopelado, la piel bronceada, la clavícula se advierte, solo insinuada, bajo los pliegues de tela. Le vuelve loco, y se siente extrañamente seguro, ligero, poderoso, guapo y atractivo. Piensa que nada le puede salir mal. Sabe que nada le puede salir mal.

Febo nota como los dedos de Eider se entrelazan con los suyos, y siente cosquillas, y escalofríos, y el corazón se le desboca, y la respiración se le entrecorta. La mirada del otro chico le calma al instante. No entiende bien lo que siente, no entiende bien lo que le está pasando. No comprende lo que le quieren decir esos ojos de miel, no entiende por qué el olor a frambuesas le pierde, no entiende el calor que le nace del pecho.

Eider se empieza a mover y a arrastrar al muchacho con él, muy lento, casi con parsimonia, abrazándolo de la manera más tierna que sabe. Quiere besarle. La idea simplemente le atormenta. Necesita sentirle aún más cerca, necesita más. Poco a poco el baile se vuelve frenético a medida que el deseo del chico rubio aumenta. Todo se vuelve borroso y solo está él. Solo está Febo. Solo está su sonrisa y su voz en el oído. Solo está la ternura que pende, como el hilo rojo del Destino, de sus miradas.

Febo no entiende, no llega a percibir, no se acerca siquiera a la idea de que Ério, su sueño, su mejor amigo, su ancla, está perdidamente enamorado de él. Que lo ha estado desde la infancia. Que además lo desea casi con demencia, que necesita tocarle, que necesita besarle, que necesita recorrer con sus labios cada pulgada de su piel.

Eider sí se da cuenta. Nota que en su mirada y en su gesto hay cariño, hay alegría, hay amistad. Pero no hay deseo. O él no lo ve. O no ha despertado.

Y para. Se siente incapaz de arrastrarlo en su obsesión, de hacer algo que le asuste. Se desinfla. Ya no está seguro, ya no se siente poderoso.

No se atreve a buscar sus labios, no se atreve a acercarse demasiado, no se atreve.

Sonríe con ternura, y le abraza. Y hunde los dedos en su melena castaña, y respira su perfume de azahar. Y le mordisquea el cuello, haciéndole cosquillas. Y se derrite con su risa, que burbujea, inocente, dulce. Le adora. Le ama.

[19/11]

Es el 20 de enero, y fuera nieva furiosamente. Las calles del pueblo amanecen blancas entre la ventisca, y Ana se acurruca, abrazada a Eider, bajo las mantas. Las campanas repican en la iglesia, dando las siete de la mañana. Ana se sobresalta.

– ¡Eider! Levántate, levántate, que va a salir en nada.

Eider se levanta desorientado. Bostezando y con los ojos entrecerrados mira a su amiga, como preguntándole qué pasa.

– Es muy pronto... ¿Qué pasa?

Entonces se acuerda. Están en la casa del pueblo de Ana. En su habitación, en su cama. Han dormido juntos después de una noche de fiesta alocada en la discoteca. No se

acuerda ni de cómo ha llegado allí ni de la mitad de la noche. Lo único que recuerda es que bailó demasiado. Le duelen las piernas como nunca, y la cabeza le da vueltas.

– Tonto, son las *alborás*. Obviamente van a ser pronto. Vamos corre, que va a salir San Sebastián, y después, Jarramplas.

Ana está emocionada. Le hace mucha ilusión haber conseguido venir este año, y además, con Eider. Llevaba sin venir a las fiestas mucho tiempo, desde que era niña, aunque todavía le queda algún amigo en el pueblo. Quiere sentir la adrenalina de las carreras, correr junto a él y enseñarle todo lo que sabe. Quiere jugar con él en la nieve, emborracharse por la noche y bailar, y que él baile con ella. Quiere destacar con él, quiere ser la estrella. Quiere que la miren.

Eider entra al baño y se viste apresuradamente. La ropa no le gusta mucho, pero Ana le ha dicho que van a correr y que algún resbalón va a pegar, así que se embute en unos pantalones de montaña de su madre, unas botas, un anorak y un gorro.

– Ya estoy– grita saliendo del baño. Baja al saloncito que hay junto a la entrada, donde arde una lumbre, crepitando, roja. Fuera todavía es de noche, y el chico maldice por lo bajo. Aún así, no hay nadie en casa.

Ana baja, haciendo mucho ruido, las escaleras. Lleva unas botas que parecen exageradas para su estatura, y un abrigo marrón con borreguito, de los que le encanta acariciar al chico. Se ríe mientras baja.

– ¿Qué te has puesto? parece que vas al taller. Te dije que vinieses con ropa para correr, pero vaya, estamos de fiesta...

– Bueno, qué quieres que le haga, es lo que tenía por casa...

– Va, va, no te enfades. Mira, toma, por lo menos esta bufanda te pega un poco– sigue riéndose, mientras le tiende una bufanda de lana gruesa y blanca.

El chico hace un mohín pero se la enrolla al cuello. Es suave y calentita, y huele a Ana. A chocolate y azahar.

– Venga, vamos, que llegamos tarde.

La chica le toma de la mano, y casi corriendo, atraviesan la puerta, sin preocuparse por echar la llave. Calle abajo ya se dirige la multitud, hollando la nieve, que ya más que blanca es amarilla y gris. A Eider le sorprende el fervor de los paisanos por la fiesta. Las aceras están cubiertas de nabos, y el hedor flota en el aire. No cree que vaya acostumbrarse. Ana le lleva cogido de la mano enguantada, guiándole, y tan somnolienta como él, pero se nota su entusiasmo en sus palabras. Las fachadas están cubiertas de redes, y al chico le resulta curiosa la visión del pueblo, totalmente preparado para la fiesta.

– De ese balcón tiraron a mi madre cuando era un bebé– dice Ana riéndose cuando llegan a la plaza, señalando una casa vieja– Mi abuela me ha contado que la tenía en brazos y se colapsó la estructura de la gente que había encima, así que la tiró.

Eider la mira como asustado, esperándose un drama familiar, pero ella parece tomárselo a guasa.

– Bah, no me mires así, anda. La cogió una vecina al vuelo y no le pasó nada a nadie. Pero es gracioso. Lo que pasa es que antes la gente tenía mucho miedo de Jarramplas y se encerraba en casa y lo veía desde el balcón. A mi abuela le daba mucho miedo.

– ¿Pero no se supone que vamos a tirarle nabos? ¿Por qué antes se asustaban?

– Pues no lo sé, la verdad. A lo mejor eran solo los niños, pero no te preocupes. Ahora, te aviso, cuidado. Que te puedes llevar navazos del fuego cruzado, y no quiero que te desfiguren esa carita.

– Ana...

– ¿Qué?– se ríe ella– Es verdad. Y Jarramplas está en su derecho de tirarte las cachiporras.

– ¿Las qué?

– Las cachiporras. Los palos con los que toca el tambor.

– Baquetas.

– Cachiporras. Que yo no voy a tu pueblo y le digo a la gente cómo se habla en euskera.

– Bueno, vale... ¿Y qué pasa si me las tira?– pregunta mientras van llegando a la puerta de la iglesia.

– Pues que te da. Y si consigues cogerla, me la das. Que está mal visto que las cojan los forasteros.

La fuente de la plaza corre, fría, casi helada, y el pilón está lleno de musgo y trozos de nabos. Hay bastante gente, pero según Ana, es poca. Dice que a la tarde habrá más.

Son cerca de las ocho cuando se abre la puerta de la iglesia, y todos pasan dentro, hacinados. Eider piensa que van a dar misa, pero [Pujas y esas cosas]

La ceremonia termina, y Eider mira, deshubicado, a Ana. Ella está radiante de alegría y de emoción. Joder cómo lo vive, la verdad. Está eufórica, deseando enseñárselo todo. Salen – casi que Ana arrastra al chico– junto con la multitud, fuera de la iglesia, donde ya se ha congregado aún más gente. La pequeña plaza está a reventar y ya se ven unas cuantas manos con los nabos en ristre. El párroco cierra la iglesia de un portazo casi ritual, y el pueblo entero brama. Ahora empieza la fiesta.

Unos chavales se acercan a la puerta, y empiezan a aporrear y a cantar. Según las informaciones de Ana, son los *Kintos* de ese año.

De repente, un petardo. Eider se sobresalta. Un mayordomo sale de la iglesia, y el clamor parece retumbar entre las montañas del Valle del Jerte. Los chavales se apartan de la puerta y agarran los nabos más grandes que ven. Eider no sabe muy bien por qué siente ese nerviosismo y esa anticipación, pero está casi tan ansioso como Ana porque salga. La mira, de reojo, y se vuelve a fijar en ella. En sus manos, un nabo casi tan grande como su cabeza ¿Cómo se le ocurre? Esta chica es una kamikaze. Y, sin sorpresa ya, admite que le encanta.

Por fin se ha decidido a coger un nabo. Apenas puede cruzar palabra con Ana, el volumen de la marabunta es ensordecedor. Se siente bastante agobiado, la gente los empuja hacia delante.

Otro cohete. El ambiente se empieza a caldear.

– No hay mucha gente, pocos forasteros– dice Ana, obviando el hecho de que, tanto Eider como ella son *forasteros*.

Él se ríe por no llorar, y suelta un gritito cuando Ana le agarra de la mano y le arrastra literalmente hasta la primera fila.

Y, entonces, el tercer cohete.

Y el pueblo brama.

La puerta de la iglesia se abre lentamente. Con paso solemne, salen dos mayordomos con la careta entre las manos, alta, roja y negra, con los cuernos y penachos de crin de caballo ondeando a la fría mañana del 20 de enero. Detrás sale Jarramplas, y el pueblo le saluda cuando se arrodilla.

Como si se tratase de un rey, le colocan la careta. La tensión se puede cortar en el ambiente. Hasta que el cura no cierre la puerta de la iglesia no se pueden tirar nabos, pero todo el mundo apunta. Jarramplas se yergue, y los mayordomos vuelven dentro.

Y con un golpe fuerte, la puerta se cierra.

Eider se asusta un poco. Una lluvia de nabos furiosa, iracunda, se abalanza sobre Jarramplas en apenas un segundo. La misma Ana parece una ametralladora. Ya lleva tres. No sabe qué hacer, así que hace lo que todos.

El nabo da en la puerta, y siente cierta decepción. Prueba con otro. Antes de darse cuenta, se mueve con la multitud, tirando nabo tras nabo, casi sin apuntar. Jarramplas es ágil, y el traje de retales ondea, multicolor, por la plaza. Eider está absorto, eufórico, enfrascado en tirar nabos. No se ha dado cuenta de que Jarramplas se le ha encarado. En un segundo, toda la gente a su alrededor desaparece. Ellos, veteranos todos, saben cómo se mueve el demonio. El chico no. Y corre, riéndose, con la adrenalina por las nubes, hacia una callejuela. Y Jarramplas le sigue, furioso, embistiendo como un toro. La gente corre detrás de él tirando nabos.

Y hace un quiebro. Las crines se vuelven abruptamente hacia la marabunta, que le arrincona contra una pared. Jarramplas toca el tamboril, y deja que su pueblo le apedree. Eider lo pierde de vista, la multitud le ha engullido. Pero Ana lo ha visto todo. Ha visto a su chico corriendo, valiente, delante de todo el pueblo, y ahora no sabe de dónde procede su excitación. Le agarra de la mano.

– Tú y yo a primera línea.

Jadea, y está toda roja. Jarramplas se ha metido en la fuente, y mucha gente ha dejado los nabos para silbar y aplaudir. Eider se sorprende al ver la reverencia con la que la gente trata a la persona que acaban de ametrallar a nabazos.

Y vuelve la persecución, pero ahora de la mano de Ana. Es visible ya el cansancio de Jarramplas, que para cada pocas calles y se deja dar. Alguien le parte un cuerno, y la

multitud ovaciona. Tiempo de descanso. Lo meten en una casa, y todo el mundo aprovecha para comentar las jugadas y descansar un poco. Ana está cansada y se sienta en el bordillo de una acera con Eider. Algunos amigos del pueblo se les unen. El chico todavía no los conoce. Ana habla con algunos de ellos y le presenta como «su mejor amigo».

- Ya verás. 20 euros a que le cogemos una cachiporra.
- *Búah*. Venga– dice uno de los chicos, dándole la mano a su amiga.
- Pues ya sabes, nene. A coger una cachiporra.

Ana le lleva hasta casa, sonriente y orgullosa, con su cachiporra casi en alto, como enarbolando una bandera. Se ha llevado algún nabazo, pero los veinte euros y el palitroque lo valen. Además que ver a Eider en acción es de las cosas más sugerentes que le ha visto hacer. De hecho está un poco preocupada. Quizá está forzando todo demasiado. No quiere incomodarle, pero es como si el chaval tuviese un imán para ella. Escapa fuera de su entendimiento cómo puede atraerla tanto, pero no le da más vueltas.

Entran en casa, sucios y mojados, con mucho frío. Pero están contentos. La adrenalina y la emoción del momento todavía les embarga y el frenesí de la fiesta sigue acelerándoles es pulso.

- ¿Te duchas primero, o voy yo, nene?
- Como quieras. Estoy muerto– dice jadeando mientras se quita las botas, dejando escapar un suspiro de satisfacción.
- Vale, voy yo.

Ana sube las escaleras, observándole aún de reojo. Eider se estira a lo largo del sofá que hay frente a la chimenea, respirando fuerte con los labios entreabiertos y la mirada perdida. Se le nota muy cansado, y la imaginación de Ana vuela.

Se toma su tiempo bajo la cascada de agua casi hirviendo, relajándose con los ojos cerrados, planeando la noche y soñando despierta. Cuando sale del baño, dejando una nube de vapor tras de sí, Eider ya espera en la habitación de al lado, con la ropa preparada.

Él se ducha rápido. Se calza las mismas botas que antes, pero ahora se enfunda en unos vaqueros calentitos y un jersey muy gordo, que le queda un poco grande. La visión es casi cómica, y Ana se ríe al verle.

[]

Aún en sueños, Eider se nota medio borracho. Se asusta un poco, pero no le da mayor importancia.

Se sienta a descansar un poco bajo el sauce, esperando en cualquier momento a Febo, pero él no aparece por ninguna parte. Empieza a pensar que no va a venir, pero el mareo no le deja pensar bien. Cierra los ojos. Le duele la cabeza.

Febo piensa que está triste cuando le ve allí sentado, con la cabeza gacha, así que corre a abrazarle, y Eider pega un brinco, asustado.

– ¡Joder!

– Ay, lo siento...– se ríe.

Eider le abraza, saludándolo. Febo tiene las mejillas arreboladas y cubiertas de pecas, y el aroma a azahar es incluso más intenso que otras veces. Se tambalean, y piensa que quizá él también va borracho.

– ¡Ério, es mi cumple!– dice, arrastrando las palabras. Sí, definitivamente, va un poco borracho.

Sonríe, y Eider piensa que es precioso. El chico se sienta a su lado. Están muy juntos, y Febo reposa suavemente la cabeza sobre el hombro del rubio. El corazón le late rápido, y quiere pasar así toda la noche. Sintiendo es cosquilleo en el pecho, escuchando la respiración de Eider.

– Me han preparado una fiesta en la playa. Con hogueras, y hemos bailado. Ha sido genial.

– Jo qué guay ¿Quieres bailar?

Febo sonríe. Eider se levanta, no sin esfuerzo, y le toma de las manos. Y se ponen a saltar como locos por el campo de flores, riéndose maniáticamente sin poder parar, hasta que quedan exhaustos sobre la hierba. Jadeando, se miran a los ojos durante mucho rato, acercándose poco a poco, atraídos ambos por una fuerza magnética y poderosa. Eider no puede pensar, es incapaz de procesar ni de meditar nada. No tiene filtros, no tiene miedos, no tiene vergüenza. Le va a besar. Es el único pensamiento que ocupa su mente, el de esos labios rojos acariciando los suyos propios ¿A qué sabrán? ¿A naranjas? A lo mejor a limón o a mandarinas. Necesita averiguarlo, necesita probarlos. Necesita saber qué textura tienen, le vuelve loco la idea de besar a Febo. No se cree que sea real. No se cree que vaya a suceder.

– Y luego he estado hablando con Diana.

Eider vuelve en sí. Y se queda quieto, muy cerca de los labios del chico, con el corazón acelerado, el rubor en las mejillas y la respiración entrecortada. Ha visto el brillo en sus ojos. O cree que lo ha visto. No lo sabe. Está inseguro otra vez. Vuelve a tener vergüenza y no sabe por qué. Recuerda que él mismo está abrazado a Ana bajo las sábanas de su cama. Y ya no se atreve a besarle. No confía en Diana. Aunque no sabe quién es. Bueno, no es que no confíe. Es que está celoso, aunque no quiera admitirlo. Quizá, si su relación con Febo fuese normal no lo estaría, y entendería que tuviese otros intereses y otros amigos. Pero por Dios. Es un sueño. Su sueño ¿No puede, ni en sueños, tener sus deseos? A veces parece demasiado real. Ojalá lo fuera, pero es imposible. Aún así, ¿es demasiado pedir a sus sueños que se lancen a tus brazos? Joder, no es mucho pedir. Ya es bastante difícil admitirse a sí mismo que está enamorado de un chico que solo existe en su cabeza, como para que ese chico encima no le preste total atención y le deje tirado.

– Qué bien...

Febo le empieza a hablar, muy contento sobre lo que ha hablado con Diana. Eider no le escucha, simplemente se queda observando su expresión, admirándola, pero no le

interesa nada de lo que dice. Solo piensa en sí mismo, y no se da cuenta de que Febo nota su desinterés y se siente mal. Simplemente Eider no se da cuenta de que él es el sueño de ese chico en otro mundo, y que Febo le necesita a él tanto como él le necesita. La diferencia es que Febo cree firmemente que Eider existe, y le busca, aunque jamás le encontrará, mientras que Eider está seguro de que Febo solo es una creación de su mente.

– Eider cariño, ven. Es importante.

– Voy... – grita el chico desde la otra punta de la casa, preguntándose que querrá su madre.

Marta y Paula están sentadas en la cocina, y parecen serias. Se empieza a poner un poco nervioso.

– Bueno, decid algo ¿Qué pasa?

Ellas se miran, y no es una mirada agradable. Están decidiendo quién da la mala noticia.

– Nene– se decide Paula– A mami le han ofrecido un ascenso...

– Bueno, muy bien, ¿no?

– En Londres, cariño. Tendríamos que irnos a Londres.

Se le cae el mundo encima ¿Otra vez lo mismo? ¿Otra vez a mudarse? Vuelta a empezar. Un instituto nuevo. Gente nueva, golpes nuevos. Y miedos antiguos ¿Qué va a decir Ana? ¿Y el ballet? ¿Y el teatro, y todo lo demás? No puede ser. Esto no puede estar volviendo a pasar. Está casi en estado de shock. Y se queda callado, con la mirada perdida en la mesa blanca, enfrente de sus madres.

– No... No por favor mami... No puedo...

Sus madres le miran con pena, preocupadas. Marta le coge de la mano, con suavidad, como si temiese que se rompiera. Le acaricia.

– Eider, cariño, tienes casi 18 años. No hace falta que vengas. No te preocupes. Aquí ya estás bien, nadie te acosa, tienes amigos, y seguro que Ana cuida de ti. Además, tienes la compañía de teatro. Es tu sueño. No te podemos hacer renunciar a él.

– Te puedes quedar aquí. Cuando se termine el curso ya veremos qué pasa.

Eider llora, maldice y se derrumba. Ellas lo abrazan y lo acarician mientras se desahoga. Le dejan solo. Algún día iba a pasar.

– ¿Cúando?– consigue articular.

Ya se han ido. Apenas hace unos minutos, pero siente que la casa está muerta, vacía, silenciosa, y que él es un fantasma que deambula entre los pasillos. Es un tipo diferente de dolor al que ha soportado otras veces. En realidad no es dolor. Es echar de menos. Es tristeza, pero sin odio ni sin rabia. Melancolía y nostalgia.

No es capaz de enfrentarse todo aquello solo. Ana llega apenas unos minutos después para consolarle. Le abraza fuerte.

– He traído helado.

– ¿Eso no es cuando te dejan?

– Bueno. Si no quieres me lo como yo sola.

La carcajada llena por un momento la atmósfera vacía de la casa, aunque sea entre lágrimas. Ella sonrío y le acaricia. Le da mucha pena verlo así, pero sabe que pasará, y que con ella a su lado no le va a pasar nada.

Se recuestan en el sofá, y Eider empieza a ronronear mientras Ana le recorre la melena con los dedos. Hoy no es capaz de pensar en si hace bien o si hace mal. En el fondo sabe que su relación con Ana es algo extraño, pero no tiene fuerzas para ahondar ni reflexionar. Solo quiere dejarse llevar. Y que le mimen.

Ponen una película, que en el fondo no les interesa. Eider solo quiere calmarse y hacerse a la idea de que sus madres ya no están. Ana solo quiere que ese momento sea eterno, porque se estremece mientras le acaricia entre sus brazos. No hablan mucho. No hay mucho de que hablar, todo está dicho, y, aunque no es un momento feliz, todo está bien.

– ¿Te quedas a dormir?

Ana le mira. Pensaba que el chico se había quedado frito. En sus ojos dorados ve la necesidad y la desesperación, junto con el cariño y un brillo extraño. No puede decir que no. Aunque no haya avisado a nadie. Aunque la regañen. Sería imposible negarse.

Cuando la noche ya se ha asentado sobre Madrid y el cielo contaminado brilla a la luz de las farolas, ambos se acurrucan bajo las sábanas blancas, ya conocidas para ambos. Eider ha parado de llorar, pero sigue mimoso. A Ana le hipnotiza el aroma de frambuesas y los brillos de su melena. Sus ojos siguen abiertos, y se encuentran con los de ella. Y sabe que no la va a parar. Que puede hacer lo que quiera. Que el chico confía en ella, que no la teme, que no tiene miedo de nada. Y por un momento, Ana recuerda las ensoñaciones que ha tenido tantas veces, los momentos que ha imaginado con él.

Pero no sería justo. Ni honesto. Cierra los ojos y le abraza suavemente, atrayéndolo contra sí. Sus labios rozan la frente de Eider, en un gesto casi maternal. Le acaricia el hombro y la espalda, siente las escápulas. Está tentada de seguir acariciando al notar cómo él se estremece bajo su tacto. El calor emana del cuerpo del chico, y ella siente flaquear su voluntad. Su mano sigue bajando por la camiseta y roza la cadera y la goma del pantalón. Un trueno a lo lejos. Y el relámpago ha iluminado la escena, y los ojos cerrados del chico, casi angelical, calmado, tranquilo, respirando pesadamente ¿Qué está haciendo? Sería abusar de él. Sería casi violarle, traicionar su confianza, si dormido él, Ana siguiese. Siente vergüenza. Culpa, y un poco de asco de ella misma. Aparta la mano de la cadera del chico. No. Quizá otra vez. A lo mejor cuando todo haya pasado...

No. Está presionándole demasiado. No.

Le descubre tirado en el suelo, en el camino de su casa, desmayado, cubierto de barro y de marcas de golpes. Le han vuelto a dar una paliza. Cuando parecía que todo había acabado ¿Por qué? ¿En serio esta volviendo a pasar todo esto?

Le abraza, y el chico grita de dolor. Tiene algo roto. Casi seguro. Es brutal. Las lágrimas le brotan de los ojos incluso antes de que ella misma se dé cuenta. El odio y la rabia le encienden las mejillas ¿cómo se puede ser tan vil, tan rastrero y tan odioso?

Ana ayuda a Eider a levantarse, y le carga a duras penas hasta su casa. Se queda con él. Le mima, pero el chico no responde. Está ido, roto, dolido. Le cura las heridas, pero los moretones no se pueden borrar. Duerme con él, sin tocarle, casi. Esta vez no se abrazan. No es un momento bello ni feliz, y la furia de Ana se va acrecentando a pasos agigantados a cada gemido y cada grito que deja escapar el chico de esos labios preciosos que han roto sin compasión.

Y jura venganza. Aunque él la necesita, pues ya no le queda nadie, Ana jura venganza.

[13/11]

El dolor es más de lo que jamás ha soportado. Le duele todo el cuerpo, de la cabeza a los pies, pasando por las puntas de los dedos. Sabe que los moretones le cubren de arriba abajo, excepto la cara. Duelen hasta las lágrimas mientras se deslizan por sus mejillas. Tiene los ojos cerrados, tiene los puños apretados. Está acurrucado, hecho una bola bajo el sauce, muriéndose por dentro ¿Por qué incluso en sus sueños, en su único lugar para huir, en el único sitio que es libre, tiene que doler, tiene que sufrir?

No nota cómo febo corre hacia él, asustado, gritando. No nota cómo las lágrimas caen sin que ni siquiera intente impedirlo, de sus ojos verdes veteados de oro. No nota cómo le llama, sus oídos ya no pueden escuchar nada que no sean los gritos y los insultos, y sus propios gemidos de dolor.

Febo está horrorizado. No sabe qué hacer. Tiembla y tiritita, sufre.

Lentamente, le abre la camisa, con vergüenza, casi con miedo. Y aún más lágrimas caen sobre el pecho del muchacho que tiene debajo, cubierto de manchas negras, azules y amarillas. Siente rabia, siente el dolor de que alguien le haya hecho eso a Ério. No puede pensar no puede hacer nada. Le acaricia, primero con un dedo, tímido. Siente cosquillas en el pecho, siente cómo se sonroja. Las pecas se agolpan sobre sus mejillas.

Eider siente algo a parte del dolor. Siente cosquillas en el pecho. Y algo húmedo. Los labios de Febo se posan sobre sus clavículas primero, y luego le abraza. Sabe que es él. Huele a azahar.

Le ama.

Abre los ojos, y el dorado choca con sus ojos verdes y con sus mejillas sonrosadas.

– Febo...– susurra.

Despierta, cubierto en sudor frío y lágrimas, y el dolor le atormenta, más real que nunca.

[16/11]

¿Por qué todo es tan injusto? ¿Por qué no puede existir ese chico de verdad? ¿Por qué no puede abrazarlo como lo ha hecho en sus sueños? Se derrite de la ternura, casi literalmente. No llora solo por el dolor de las heridas. No. Casi le causa más daño el haberse enamorado de él, sentir algo tan fuerte y tener que enfrentarse cada mañana no solo a un mundo que lo vapulea de manera cruel, sino también a la frialdad de la cama, al vacío donde debería estar él, a su inexistencia.

Se levanta sin ganas y se sirve un vaso de agua. La casa está fría, muerta, en un silencio ensordecedor, terrible, recordándole que está solo, y que solo le queda Ana. Echa mucho de menos a Paula y a Marta. No puede evitar recordar las noches entre sus caricias y las películas. Por qué tuvo que acceder a quedarse allí. Debió haber peleado en su momento, y huir con ellas. Huir. Siempre había estado huyendo. Qué le habría costado huir otra vez.

Llaman a la puerta. Es ella. Sonríe como siempre, aunque la sonrisa es triste y apenada. Ya solo quedan rastros de la jovialidad que tuvo una vez. Eider se odia especialmente por eso. No sólo se precipita al abismo, sino que se las ha apañado para arrastrar tras de sí también a Ana, inocente de todos los males que él ha cometido.

Ella no tiene moretones por todo el cuerpo, pero está destrozada. Sabe que su rendimiento ha bajado, que ya no tiene planes de futuro, que no habla con los que otrora fueran sus amigos, que tiene problemas con su familia. Que su vida se ha ido a la mierda. Por su culpa.

Pero es lo único que le queda. Es la única a la que puede aferrarse. Está ahí siempre. Le va a buscar temprano por la mañana y van a clase. Sin sentido, pero mantener la rutina le ayuda, de alguna manera, a sostenerse, aunque todo se vuelve repetitivo. Siente que está en automático. Que se va desligando, poco a poco, de su identidad, del control de su cuerpo, del mundo real.

Ana se queda con él todas las tardes. Comen juntos. Duermen juntos siestas interminables. Ha intentado ocultarle los golpes pero ha llegado un punto en el que se acumulan y ha sido incapaz. Sabe que no se queda a dormir con él porque piensa que la va a rechazar y por que ya tiene demasiados problemas con su familia. Llegados a este punto, Eider no sabe qué siente, ni cómo actuar, ni nada. Está más confundido que en toda su vida.

Le ha conseguido acorralar, como siempre, al final. No puede escapar de él. Quizá ya ha dejado de intentarlo. Ya solo queda él. Nadie más quiere ayudarlo. Nadie más se acerca siquiera a él. Le tienen miedo y le odian, pero no se atreven a nada. En el fondo, es peligroso. Eider le tiene tanto miedo que no puede ni reaccionar. Ni siquiera puede visualizar su cara ni escuchar sus palabras, ni decir su nombre. Para él es una sombra.

No entiende lo que le grita, lo que escupe. Ni quiere entenderlo. Quizá sea la única persona que el muchacho conoce que está más sola en el mundo que él mismo. En otro tiempo le habría dado pena, pero, siendo realistas, lo único que puede sentir frente a él es un miedo atroz y profundo. Y cuando las escenas le atormentan, el odio más visceral que nunca ha sentido, y una rabia tan profunda como los abismos a los que se precipita poco a poco.

Y entonces, se ceba con él. El tormento es indescriptible, cruel, doloroso y meditado. Parece disfrutar con todo aquello, ajeno a la repugnancia de lo que hace, en un trance maniático pero muy cuerdo. No siente ni asco ni pena ni remordimiento por el chico, hecho un ovillo medio desnudo, llorando desconsolado, a sus pies. Muy en el fondo, alguien le recuerda que todo eso es horrible y que está mal. Y lo acalla con otro golpe al chico.

Ya no recuerda por qué lo hace. Solo que le hace sentir mejor que cualquier otra cosa en el mundo. Tener la vida de ese engendro en sus manos es lo mejor que le ha pasado en la vida. No quiere admitirlo, pero, sencillamente, es lo único que le queda. No ha contemplado la idea de que podría haber sido su amigo, únicamente si se hubiese preocupado un poco de entenderle. Que no estaría ahí. No concibe que quizá todo empezó simplemente por envidia.

Pero ya no hay vuelta atrás y ya no hay un motivo más allá que hacerle la vida imposible. No hay posibilidad de redención porque ya no es un medio para descargar sus frustraciones o sus inseguridades, ni para destacar, ni para nada. Es un fin. El único fin.

Y eso es, de hecho, más triste y más trágico que todos los problemas de Eider. Pero, ¿cómo va siquiera a acercarse a una reflexión así, que quizá sería mínimamente reconfortante, si cada centímetro de piel que cubre algún torso de tela le arde con furia y le provoca un dolor insoportable. Le han anulado. La sombra que se cierne sobre él no lo sabe, pero es culpable de asesinato.

Si lo supiese, lo único que le importaría sería a quién pegar después.

Es un asesino porque, no sabe cuándo, pero esa paliza es un punto de inflexión para Eider. Sabe que se va a suicidar, que no aguanta más. No se atreve, pero la sola idea de soportar otra paliza así simplemente le supera. Lo único que tiene que hacer es deshacerse de todo el mundo que todavía le quiere. No puede arrastrar a nadie. Solo quiere dejar de existir.

[15/11]

Las lágrimas brillan a la luz de las estrellas, claras mientras se deslizan sin control por las mejillas sonrosadas de Eider, que llora desconsolado, sentado en el suelo mientras se abraza las rodillas. El dolor le consume por dentro y le impide pensar. Sin duda está en su peor momento, está seguro de que una noche morirá sin remedio a causa de los golpes y las heridas, o que lo matarán de una paliza en ese mundo hostil que le aguarda tras las puertas del sueño.

Ya no espera nada, ya no siente nada más que dolor incandescente y desesperación y desidia, insondables y terribles. Cada día vive deseando únicamente refugiarse en el sueño que es su único lugar seguro, viendo los ojos de febo clavados en los suyos.

Pero cada día es peor. Es incapaz de soportarlo. No puede sostenerle la mirada y dejar que le acaricie. No es capaz de aguantar sus palabras de ánimo.

Simplemente es demasiado. Es demasiado real y a la vez no existe.

No soporta no poder despertar y contemplarle a su lado en la cama, bañado por los rayos del mismo sol que alumbra el mundo.

– Ério, estoy aquí. Te voy a ayudar. No te preocupes, no te va a pasar nada.

Explota.

Le mira con rabia, con odio, con furia. Luego se arrepiente, pero no hay vuelta atrás. Tiene que dejarlo marchar, tiene que ser fuerte. Tiene que dejarse ir a sí mismo, tiene que acabar con su sufrimiento. Sabe que siempre amará al chico de ojos verdes que aparece solo en sus sueños. Sabe que no es real, que no existe. Y eso le causa más dolor incluso que los golpes y los insultos.

– Estoy bien, Febo. Tranquilo– intenta calmarse.

– Nene, no estás bien. He visto los golpes...

– No sé de qué golpes hablas. Ya vale, por favor, me agobias.

– Ério...

– Febo, déjame en paz.

– Yo solo quiero ayudar...

– Febo, no puedes ayudarme. No existes.

La expresión de febo se desencaja. Las lágrimas le brotan de los ojos sin previo aviso, y el dolor que muestran es real. Eider se siente realmente mal. Parece que está haciendo daño a alguien real. Y si... No. Tiene que acabar con todo. Inmolarse junto con sus sueños, sus anhelos y sus deseos.

– Ério...

– ¡Eres un puto sueño!

Y todo desaparece envuelto en una niebla oscura y negra cuando el sonido de su voz deja de resonar en aquel bendito mundo.

[16/11]

Se despierta sin fuerzas, cubierto de lágrimas y odiando el sol que arranca destellos dorados a su melena. Ya no le queda nada. Solo los abrazos de una chica bajita con los ojos castaños de la que no se puede deshacer por más que lo intente. Todo lo demás ha terminado.

No tiene sentido seguir existiendo, solo para sufrir y para hacer que otros sufran. Ana ya no se separa de su lado, no le deja un segundo solo. Y se nota. Cada vez duerme menos, tiene más problemas, está menos alegre, menos optimista. Le ha arruinado la vida. Se odia a sí mismo.

Y cada vez que se aparta de él un segundo, su mundo se convierte en el infierno.

[12/11]

La lluvia golpea con fuerza los cristales y el tejado de la casa que a Eider le parece ahora una cárcel. Esa casa en la que un día vivió sus mejores momentos, en la que ha soñado amar, en la que ha deseado besar y vivir eternamente. La lluvia amortigua el sonido desgarrado de sus lágrimas desprendiéndose de aquellos ojos como dos soles que han visto mejores días, y ahora, enrojecidos y apagados, se preparan para morir.

¿Por qué no existe? ¿Por qué tiene que ser un sueño? ¿Por qué? ¿Quién le odia tanto?

Ya no le quedan fuerzas para nada, ni para moverse, ni para bailar, ni para soñar. Los moratones le cubren el cuerpo hasta en aquel mundo perfecto en el que solía encontrarse con el chico que más ha querido en su vida, aquel mundo que ahora es un páramo de cenizas y nieve bajo una noche sin luna. Ya no es capaz de soportar su reflejo, ya no es capaz de ver su belleza como antes, bajo las capas de dolor y cicatrices. No es capaz ni siquiera de sentir preocupación por lo que deja atrás. Solo una tristeza insondable y profunda, como el más profundo de los abismos bajo los mares le embarga por completo. Y la nostalgia de tiempos pasados y el dolor.

Nada más.

Desea con todas sus fuerzas agarrarse a algo, pero todos sus clavos ardiendo se han fundido o han desaparecido en las tinieblas. Ni Paula ni Marta están aquí para consolarle, ni le pueden mimar, ni le pueden abrazar cuando se siente desamparado. Ana tampoco puede ayudarle ya, está muy lejos, fuera de la tormenta, gritando, intentando hacerse oír a través del estruendo. Sigue yendo a verle cada tarde. Sigue intentando llegar a él, pero Eider ya no es Eider, es una sombra, un cadáver vacío de toda alma, un recuerdo automático que un fantasma observa, sin voluntad, sin poder hablar o moverse.

Febo ya no aparece en sus sueños. Eso le ha terminado de consumir, de minar la poca voluntad que le quedaba, la única fuerza, la única ilusión. Y no va a parecer nunca más. Él le ha desterrado para siempre de su mente, él tiene la culpa. Él tiene la culpa de haber expulsado de su vida a todos quienes merecían la pena, a aquellos que le tendieron la mano en los momentos más difíciles. Él tiene la culpa de todo. Solo él. Solo él.

Ana está acurrucada en su regazo, llorando. Él no es capaz de entenderlo. Le ha vuelto a quitar la camisa, le ha vuelto a abrazar, le ha vuelto a mimar, le ha vuelto a intentar curar cada golpe, como cada tarde. Le ha vuelto a destrozar por dentro. Se ha vuelto a destrozar como cada día. Ella no puede pensar en otra cosa que no sea en Eider. No es capaz de guardar la entereza y estar tranquila. No es capaz de no intentar, sin éxito, curarle. Tiene que luchar, tiene que luchar por él, tiene que apoyarle, tiene que salvarle.

Pero cada vez tiene menos fuerza. Cada vez se siente más y más impotente. Cada vez se acerca más a la tormenta, sin importarle lo que le pase. Cada vez se enamora más y más de Eider. Cada día, cada tarde, cada semana. Va cayendo lentamente en una espiral de tristeza y de terror al contemplar al chico que adora. Al recordar cómo ha sido. Al recordar su sonrisa y parecerle algo tan distante como las estrellas.

Y cómo, pese a la decadencia y a estar cubierto de heridas y a sufrir el odio de un mundo cruel, cada día que pasa, cada momento que Eider se acerca más y más al acantilado, le parece más hermoso. No guapo ni atractivo. Es como la belleza de las tragedias y de las nubes oscuras, de un bosque entre las nieblas. Cómo la ternura y la desidia se mezclan en su pecho, cómo sus moretones le cubren como a un héroe, cómo las lágrimas se

deslizan sin sollozos y sin vergüenza, como su corazón parece al descubierto, sangrante, cansado. Se odia. Es horrible ¿Cómo se atreve en pensar eso de Eider? ¿Cómo puede, en ese momento, pensar en su belleza?

¿En qué momento ha tocado fondo de esta manera? ¿Cómo ha conseguido hecizarla de esta manera?

La respuesta acude antes incluso que la pregunta. Y Ana se da cuenta de que es el final.

Como despertando del sopor, lentamente, vacilante, temblando, entre lágrimas todavía, le acaricia el cuello y le hunde los dedos en la melena desaliñada, acariciando suavemente, con ternura, con tristeza. Y acercándose a sus labios, que todavía conservan un recuerdo al olor de frambuesas, le besa por primera vez en toda su vida.

Le acaricia sin pasión, sin prisa, sin esperanza. Él responde sin brusquedad, y se separa de ella. Y se rompe completamente. Los sollozos escapan otra vez de su garganta y la abraza muy fuerte.

– Ana, estoy enamorado. Estoy enamorado de un chico.

» De un chico que solo aparece en mis sueños.

La voz está cascada, ronca, perdida como nunca antes ha estado. Es la voz de un fantasma.

La chica le abraza, sin decir nada. No hay nada que decir. No hay nada que hacer.

Llenan la bañera de agua muy caliente, con olor a frambuesas. Las cuchillas relucen sobre la mesita, plateadas como la luna y las estrellas, afiladas como las espinas de una rosa. El vapor envuelve la habitación en su manto blanco y opaco mientras se desnudan, El calor los agobia y los sofoca. Ana contempla al chico con el que ha soñado más veces de las que quiere admitir frente a ella. Sus músculos se intuyen, suaves y dulces, debajo de una piel que en tiempos fue clara, y ahora está cubierta de manchas moradas, golpes y sombras amarillas de palizas viejas. Las clavículas se marcan profundamente bajo la curva de su cuello [pecho plano?], y la melena le cae despreocupadamente sobre el rostro casi angelical. Sus piernas son largas y algún que otro pelo reluce, dorado, bajo la luz mortecina del baño. Y entre ambas, lo mismo que entre las suyas.

Eider no es capaz ni siquiera de sonrojarse, solo de abrazar a su amiga. A la única que le queda. A su compañera de viaje, a la única chica a la que ha deseado amar. Y sigue llorando, enterrando sus lágrimas en su melena castaña.

Ella no le intenta calmar. No tiene sentido.

La bañera empieza a rebosar. No les importa.

Lentamente se sumergen en ella. Se lavan entre ambos, y se acarician. Quieren sentir el tacto de otra persona por última vez. No el de otra persona. El suyo. No lo hacen por placer o por desesperación. En ese último momento, lo hacen por amor. Sencillamente por amor. Puro. Simple.

Eider besa a Ana. Toma su rostro entre sus manos mojadas, la acaricia, la atrae hacia sí suavemente, con cariño, con ternura, con tristeza. Huele a rosas y a jazmín. Sabe amargo.

Como el agua de azahar. Y, llorando, se da cuenta de que es la primera vez que besa a alguien.

Por un instante el tiempo parece congelado. En ese momento, ambos saben que nada es definitivo. Que pueden salir de esa bañera. Que pueden volver al mundo, aunque sea cruel, feo y a veces terrible. Aunque sea injusto, son conscientes de que pueden elegir. De que pueden subir a la habitación del chico y decidir afrontarlo juntos. Que nadie se lo va a impedir. Que su Destino no está escrito.

Que son libres.

El pie de Eider está fuera de la bañera, sobre el suelo inundado. Vacila. Sabe que si sale va a sufrir.

Cruza la mirada con Ana. Con esos ojos de chocolate que le han acompañado hasta el final.

No va a ser capaz.

Su otro pie cae fuera de la bañera.

Temblando, guarda las cuchillas en un cajón.

Vuelve a sentarse en la bañera. Vuelve a abrazar a Ana.

– Toma– dice ella. Le tiende algo. Un cuchillo pequeño. La hoja es blanca y mate. En el pomo hay una rosa.– No olvidemos este día. Vida antes que muerte.

De la muñeca del chico brota, suavemente, la sangre. De la muñeca de la chica se desliza, gota a gota, tiñendo el agua.

Eider y Ana se miran, los ojos como platos.

La suya es azul como la tinta.

Y la de ella brilla, plateada, como las estrellas en una noche sin luna.

Eider no lo sabe, pero en el momento en el que él, dormido entre los brazos de Ana, con la herida todavía fresca en la muñeca, reúne el valor necesario para declararse al amor de su vida, Febo se hunde en un mar soñado y oscuro, y de la herida de su muñeca mana también sangre azul como la tinta, y violeta.

Febo lo sabe, y se lo oculta, porque ha partido a un mundo que nadie conoce solo para buscarle, solo para encontrarle, solo para amarle fuera de aquel mundo de ensueño en el que se han encontrado dos almas unidas por fuerzas más poderosas incluso que las del Destino.

Pero las lágrimas le delatan. Eider lo sostiene contra su pecho, acurrucado bajo el Sauce, calmándole, besándole, acariciándole, pero Febo no es capaz de parar.

Y con todo el valor que le queda, los labios finos de Eider se juntan, sin aviso, sin premura, sin temor, sobre los rojos de Febo, que responde cerrando sus ojos de chocolate, dejándose llevar, sumergiéndose en el aroma a frambuesas y azahar que envuelve sus sueños. Y no hacen falta palabras, y se aman tiernamente, dulces, suaves y

lentos, disfrutando del amor más sincero de sus vidas que, en realidad, ya han tocado a su fin.

Pues en el fondo de un mar que ya no existe se hunde el cadáver de un muchacho castaño, abrazado a una chica de melena plateada, el corazón destrozado y la muñeca sangrando.

Y en una cama de sábanas blancas, en la planta alta de una casa de la periferia de Madrid, una noche de luna llena, el cadáver de un chico rubio yace desnudo entre los brazos de una muchacha por cuyas venas corre la sangre de plata que marca a aquellos que sueñan.

Especiales

El vapor inunda la habitación, caliente y húmedo, sofocante. A través de la bruma, Eider aprecia su figura en el espejo empañado. Las gotas de agua caliente le caen por las espaldas, destensando los nudos en los músculos doloridos. Se deja sumergir en el placer, con los ojos cerrados. Por primera vez en mucho tiempo no tiene miedo. Cierra los ojos y se zambulle en el agua jabonosa, que huele a frambuesas.

Ve sus ojos verdes y dorados como si estuviese allí con él. Acaricia su melena, sus dedos se hunden profundo en sus mechones castaños, suaves como la seda. Su respiración se agita, sus mejillas se arrebolan. Puede sentir el aliento de Febo cosquilleándole en la nariz. Un escalofrío de placer lo recorre entero cuando siente cómo los labios del chico de sus sueños acarician los suyos.

Emerge del agua caliente boqueando, cansado, somnoliento.

Se mira al espejo. La melena le cae chorreando, por la cara, del color del trigo tostado. Las mejillas sonrosadas del calor y la excitación. Jadea entrecortadamente, mientras contempla su imagen reflejada, anhelando el roce con la piel de Febo, deseando sus labios y hundirse en su melena. Jamás se ha sentido así, jamás llegó a pensar que fuese tan electrizante. Nunca se imaginó que necesitaría con tanta fuerza que alguien cada palmo de su piel, que alguien le atraería tanto.

Ana no puede conciliar el sueño. Siente la respiración pesada de Eider, el calor de su pecho y las cosquillas que le hace su melena en el cuello. No puede más. Un escalofrío la recorre de arriba a abajo cuando el chico se mueve en sueños y sus labios le rozan el hombro. Fuera llueve furiosamente, y los truenos retumban por toda la casa. La luz de las farolas los baña a ambos entre las sábanas. Ella no puede apartar la vista de él. De sus facciones angelicales, de sus labios.

Sabe que no va a ser capaz de contenerse. Lleva demasiado tiempo guardando las distancias, negando su deseo. Y él cada vez se acerca más, la toca más, la necesita más. Ana nota que, con cada día que pasa los ojos de Eider se cruzan más con los suyos, que él la busca, que quiere que le mime. Nota como él se estremece con su tacto. Está confundida. En la oscuridad de la noche, y con el chico abrazado a ella como si le fuese la vida en ello, lo único que se le ocurre es que de verdad esté empezando a gustarle. Y la fantasía vela la realidad.

Eider la mira con ese brillo magnético en el fondo de sus ojos dorados, con la cabeza sobre la almohada. Su piel suave brilla bajo una luz extraña, y su melena destella como el oro. Le acaricia sin miedo, sin remordimiento. Siente un cosquilleo placentero en las yemas de los dedos. Y deja de contenerse.

Se lanza, pasional, con lujuria, casi furiosa, sobre la imagen del chico de sus sueños. Le besa acaloradamente, e imagina que sabe a frambuesas, y el aroma le inunda. Se vuelve loca. Le arranca las sábanas de encima, y empieza a acariciarle, besando cada parte de su piel, descubriéndole entero.

De la historia segunda

Los cortes en la muñeca de Eider son apenas una fina línea plateada, reluciente bajo el sol de primavera, mientras corre por el campus, como el rayo, sin mirar hacia delante. Llega tarde, y como hayan cerrado la puerta... No entra. Y como no entre, se queda sin plaza. Socorro. Que alguien le ayude.

Y sucede lo que tenía que suceder. Choca con alguien que acaba de doblar una esquina sin que le haya dado tiempo a apartarse. Y ambos caen de golpe sobre las losas del suelo. Se ha dado un buen golpe. Alguien corre hacia ellos, y Eider levanta la mirada. Una chica con una melena larguísima y casi blanca corre hacia ellos.

– ¡Dante!– la muchacha se arrodilla ante el chico, y aparta, malhumorada, a Eider– ¿Estás bien?

– Sí... Más o menos... Qué golpe, por Dios.

La voz del chaval al que aún no ha visto la cara, evoca a Eider algo... que no consigue recordar. No sabe lo que es, pero le suena muy familiar, muy cercana. Como si ya la hubiese escuchado antes. Y es que el chico tiene una voz peculiar: aguda, melodiosa y dulce. De hecho, parece que canta mientras habla, y sus palabras tienen un timbre y unos tonos muy característicos.

– Perdón– dice levantándose– Iba con mucha prisa...

– Y tanto. A ver si miras por dónde vas, chulo de mierda.

– Diana, no te pases tampoco...

– Me paso lo que quiera. Este se cree que la universidad es suya, mírale.

Eider está a punto de contestar de malas maneras a la chica. Le ha caído mal. Su nombre le suena de algo. A saber. Justo cuando está abriendo la boca, el otro chico se levanta y le tiende una mano, amistoso. Sonríe, casi inocente, con unos labios finos y rojos. Su rostro, de piel levemente bronceada y cubierto de pecas está enmarcado por una media melena brillante de color cobrizo, y sus ojos le miran, conciliadores, de un verde profundo casi negro circundados de avellana. El déjà vu es cada vez más intenso, y Eider se empieza a resquebrajar allí mismo. Está viendo un fantasma. Temblando, alarga la mano. Nervioso se la estrecha. Y un escalofrío lo recorre.

Tiene miedo, miedo verdadero. Es él. El chico de sus sueños. Febo.

Y corre. El otro chico se queda extrañado, mirándole desde la lejanía, sin entenderlo. El caso es que le parece extrañamente familiar.

– Vámonos– dice Diana– No llegamos a clase.

Y siguen hacia adelante, tras los pasos de Eider, sin recordar que son fantasmas de otro mundo.

– Era él Ana. Estoy seguro. Era él.

– Y, entonces, ¿por qué huiste?

– Vamos a ver. He encontrado a un chico que se me aparecía en sueños hace tres años. Que casi había olvidado. Es como si hubiese visto un fantasma...

– Pero, te gusta, ¿no?

Eider le mira, sin entenderla del todo. Todo le da vueltas, el mundo se desmorona a su alrededor y es incapaz de entenderlo ¿Por qué parece Ana tan tranquila? La última vez que sintió algo remotamente parecido fue aquella noche en la que intentaron suicidar. Se toca el corte instintivamente. Aquella vez la sangre que manó de sus venas era azul.

– Ana, ¿me has escuchado? Era igual. Igual que en mis sueños. Me gustaba porque era un chico de 17 años, gay, trans, sin amigos a parte de ti, y la mayoría de mi adolescencia la pasé cubierto de moratones. Era una vía de escape. Los sueños son una vía de escape. Pero no se materializan exactamente iguales nunca. Porque son eso, ilusiones.

– Eider. El mundo no siempre es tan racional. O sí, y es una coincidencia. Después de todo, somos siete mil millones de personas. Alguna tenía que haber que se pareciese a tus sueños, vaya.

– Joder, y ¿casualmente estudia en Madrid? ¿y en tu facultad, para más inri?

– Bueno. Yo que sé. A lo mejor no es casualidad. A lo mejor llevas soñando con ese chico desde pequeño y ese chico ha soñado contigo. Sería mono– sonrío– un poco empalagoso, pero mono. A lo mejor estábais destinados a encontraros...

– Ana, joder, deja de decir gilipolleces...

– Por cierto, ¿has dicho que estudiaba en mi facultad?

Eider se muerde la lengua. Joder, por qué habrá dicho nada. Se la va a liar, ya la está viendo sonreír. No puede ser...

– No me mires así. No voy a hacer nada... O sí. Quién sabe.

– Dante, tío. Te quiero presentar a un *amigo* mío algún día. Te va a caer de puta madre– suelta Ana, como si tal cosa, sonriendo, pícara.

– Amigo o *amigo*– contesta el chico. La verdad que no fue difícil encontrarle, solo había un chico que se llamase así en la facultad. En el grado de Filología Inglesa. Aburrido, la verdad, pero qué le iba a hacer. Así que se metió específicamente en una asignatura de

segunda lengua que también cursaba el chaval, y obviamente consiguió hacerse su amiga. Fácil.

Y no había duda de que era el chico del que le había hablado Eider. Era totalmente su tipo. El de ambos, en el fondo, aunque Ana ya le tenía pillado el gusto al rubio

De Martín

Me hallaba ya perdido en la floresta, muy profundo en el bosque, vagando entre árboles que nunca había visto, más densos que nunca, y verdes, casi negros, por senderos extraños de los que jamás había escuchado hablar. Estaba cerca, lo presentía. Notaba algo extraño en el ambiente. Es difícil de explicar con palabras, pues era incluso difícil notarlo, en primer lugar. Sentí primero algo así como un cosquilleo por la piel, como las gotas de la humedad cuando llueve, la arena de la playa cuando el viento la levanta, o cuando la piel se te pone de gallina, todo ello, a la vez, muy sutil, por todo el cuerpo. Me sentía ligero, rápido, veloz, y había perdido la noción del tiempo, pues parecían haber transcurrido horas desde el Ocaso, pero la luz que se colaba entre las ramas no parecía disminuir.

Estaba en la frontera. Quizá ya había cruzado, aunque no había visto la Puerta. Sin embargo, ya tenía una cosa clara después de todos aquellos años: todo era real. Todo era verdad. Todas aquellas historias que contaba mi bisabuela. Los cuentos que solo recordaba mi familia, esos pequeños cambios, esas explicaciones veladas que había descubierto Febo entre las palabras de las viejas historias. Tantos años investigando, tanto tiempo que decían que había perdido. Por fin daban sus frutos. Por fin estaba un paso más cerca de encontrarlos.

Porque yo, último de mi sangre, morada, que corría por mis venas, era el único que creía firmemente que ni mi bisabuela ni mi tío estaban muertos. Yo era el único que creía que habían marchado al Otro Mundo.

Y ya lo sentía cerca. Aquel lugar de historias medio olvidadas en el que ya nadie creía, estaba a un paso.

Y entonces, sin previo aviso, ante mí se abrió un claro, sobre el que caía al mismo tiempo la luz del sol y las estrellas. Y en su centro, más vieja que el propio mundo, de piedra gris y ajada, recorrida por las grietas y sosteniendo la hiedra y el musgo verdes, la Puerta. Aquella puerta sin nombre de las historias, aquella frontera entre dos mundos, el pasaje que permite, según las leyendas, cruzar al País de las Hadas o incluso viajar a otros tiempos.

Dudé, mientras observaba aquello, todavía incrédulo, nervioso y emocionado. Tras aquel umbral extraño no había nada, en apariencia, diferente. Solo noté una leve variación, en los brillos y los colores de las hojas de los árboles. La luz. La luz estaba cambiada. Es imposible de describir, pero era más cálida, de otro color ligeramente distinto, había que fijarse para notarlo, como si hubiese una película de vidrio colgada entre la piedra.

Y di los siete pasos que me separaban de la entrada. Y cuando me hallé ante ella, di otros dos: uno en el umbral, en el mundo en el que había nacido, y otro, sobre la hierba verde y dorada, en el País de las Hadas, en el que el sol, enorme y rojo, teñía de color sangre el cielo del Ocaso.

Y cuando me volví para echar un último vistazo al lugar que me había visto nacer, descubrí que no había puerta alguna, ni vuelta atrás.

Ante mí se intuía un sendero entre los árboles, que se internaba hacia el Ocaso. Tenía miedo, pero la emoción y la curiosidad superaban cualquier instinto en aquel momento. Me interné entre los árboles, con pasos vacilantes, mirando todo a mi alrededor, y no distinguía ni los árboles, que parecían todos antiguos, ni las flores, ni los olores.

Entonces me topé con él. A la sombra de un árbol grande y picudo, descansando, indolente, joven y tan hermoso como cuentan las leyendas. La larga melena plateada le caía hasta pasados los hombros, ceñida con una diadema de plata blanca y un azabache engarzado. La piel era blanca como las estrellas, surcada de estrías brillantes, y los ojos negros con vetas de mercurio.

En la mano derecha, Aël, la Justicia, sostenía una espada corta, fina y blanca. En la izquierda, una rosa blanca recién cortada.